PROTAGONISTAS DE AMERICA

HERNANDO DE SOTO

Concepción Bravo

1492-1992

Nace en Barcarrota (Badajoz) en el año 1500. Marcha a América en 1514 y participa en la conquista de Nicaragua, donde interviene en la fundación de varias ciudades. En 1532 se encuentra en Perú luchando al lado de Pizarro, obteniendo cuantiosas riquezas como botín. Consigue la capitulación para la conquista de Florida, y marcha allí en 1538 con el título de Adelantado de Florida y Gobernador de la isla de Cuba. Tras una desastrosa campaña que diezma las filas españolas, Soto alcanza el Mississippi, pero muere allí en el año 1542. Le sucede en el mando de la empresa Moscoso de Alvarado, que en 1543 descenderá por el río hasta el golfo de México en navíos construidos por sus propios hombres. Soto es el prototipo del caballero actuando en la empresa del descubrimiento y colonización de América.

epublibre
X ANIVERSARIO

Concepción Bravo

HERNANDO DE SOTO

Protagonistas de América - 46

ePub r1.0
Titivillus 24.02.2024

Título original: *Hernando de Soto*
Concepción Bravo, 1987
Ilustración: Gallego
Diseño de cubierta: Batlle-Martí

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

HERNANDO DE SOTO

INTRODUCCIÓN

En el año de 1500, cuando en la mente de los cosmógrafos y geógrafos empieza configurarse una nueva idea de la forma y dimensiones de la tierra; cuando todavía no se había imaginado el nuevo continente, cuyas costas estaban viendo, y apenas perfilando en sus cartas, los pilotos y navegantes que empezaban a seguir la ruta abierta por Cristóbal Colón; cuando la monarquía española se consolida en un Estado moderno, diseñado de acuerdo con el pensamiento y los ideales políticos del Rey Fernando el Católico, nacían dos hombres destinados a contribuir decisivamente en la cristalización de esta imagen del mundo y de ese Estado, en sus auténticas dimensiones.

En la ciudad flamenca de Gante, venía al mundo el que será Rey de las Españas y ceñirá la Corona Imperial de Alemania. Su destino, marcado por la historia, lo cumplirá en una coyuntura trazada por los nuevos horizontes mentales de la Europa moderna en los que la apertura de nuevos horizontes geográficos, más allá de su frontera atlántica, constituyen uno de sus factores más decisivos.

En la villa de Jerez de Badajoz, antiguo bastión de la vieja frontera extremeña, defendida antaño por los caballeros templarios, nacía Hernado de Soto, uno de aquellos hombres excepcionales que con su Rey configuraron una nueva generación, heredera de las glorias de la última caballería medieval y trasunto moderno de los héroes arcaicos que no asentaron en el mito o la leyenda, las raíces de su existencia.

Hombres todos ellos de su tiempo, pero que supieron vivirlo de un modo excepcional, que impulsaron su existencia de acuerdo con el principio que Carlyle define como fundamento de lo heroico: la fidelidad a su propio destino. Hombres que respondieron a lo que para Ortega y Gasset significa ser héroe: querer ser uno mismo, negándose a repetir los gestos de la costumbre y la tradición, o aquello que sus instintos biológicos lo fuerzan a hacer.

Hernando de Soto, como tantos de aquellos hombres de su tiempo —los que constituyen lo que Francisco Morales Padrón considera la primera generación de conquistadores que pertenece realmente a la América que ellos mismos están construyendo—, procedía de la clase social castellana, de hidalgos de escasa hacienda, pero de limpio linaje *que no les tocaba raza de judío converso, ni de moro, ni de villano.* Así pudo probarlo en su expediente de ingreso en la Orden de Santiago, instruido en el año de 1538.

Su padre, Francisco Méndez de Soto, procedía de solar conocido, en tierras burgalesas de la Bureba, del que sus abuelos se habían trasladado a los de la frontera extremeña, donde engrosaron aquel grupo de los caballeros de cuantía, con capital suficiente para que sus rentas le permitieran mantener un caballo, y cuya condición los obligaba a servir a sus expensas en la defensa constante de aquella frontera. Frontera que se había cerrado ya hacía tiempo contra el moro, pero

que permanecía abierta a las luchas con la vecina nación portuguesa, alentando el espíritu guerrero de sus hombres; aunque también se abriera, en ocasiones, para unir los linajes de ambos pueblos; la madre de Hernando, doña Leonor Arias Tinoco, era de linaje oriundo de Portugal, y ya a finales del siglo XV, uno de los más ilustres de Extremadura.

En su entorno familiar y en el estrecho círculo de la vida de aquella pequeña ciudad, la infancia de Hernando de Soto, segundo de los hijos de aquella casa de hidalgos, tuvo que transcurrir en el conocimiento de referencias muy directas sobre la empresa indiana, porque de Jerez de Badajoz, o de los Caballeros, salieron en la primera década del siglo varios de los primeros pobladores de La Española, que muy pronto engrasaron las expediciones dirigidas a la Tierra Firme. Uno de ellos era Vasco Nuñez de Balboa, cuyas andanzas en el Darién, culminadas en el éxito del descubrimiento de la mar del Sur, encendían la imaginación de sus paisanos.

Nada sabemos de la infancia de Hernando de Soto, porque en la historiografía de su tiempo, su figura queda desdibujada, y aunque la mención de su nombre y de sus hechos se consigna en los documentos que autentifican las empresas en que tomó parte como subordinado de Pedrarias, o de Pizarro, no se consigna en ellas referencia alguna a sus orígenes primeros. Después, cuando él mismo alcanzó su propio protagonismo como jefe de una hueste, no tuvo ningún secretario que trasladara el relato de aquella empresa, ni él mismo tuvo tiempo ni oportunidad para referirla, porque la muerte no lo esperó hasta un final, que se adelantó a sus esperanzas.

Su figura no inspiró la pluma de ningún biógrafo que recogiera esos datos de la cotidianeidad que escapa a la referencia minuciosa y pormenorizada de su acción como res-

ponsable de su última aventura, infortunada y truncada, que sí conocemos, en cambio, en todo su desarrollo.

La Relación de la expedición a la Florida sí fue recogida por varios de sus componentes; pero en ninguno de ellos se advierte la intención de recoger los hechos del Adelantado Hernando de Soto, que la alentó en cada una de sus jornadas; y aunque en ellas cobra relevancia indudable la personalidad del jefe, cuya acción es justamente destacada, hay un mayor interés por señalar la peripecia de toda la hueste y las incidencias de un viaje del que se recuerdan más las penalidades que los éxitos conseguidos.

Quizá por esta razón su contemporáneo Fernández de Oviedo, que lo conoció bien, encuentra más la ocasión para la crítica al hacerlo responsable exclusivo de, un fracaso que, después de su muerte, Soto no pudo evitar. Lo tacha de Gobernador mal gobernado, dispensador de vidas ajenas de cuyo nombre no quedó acuerdo ni memoria, aunque esa memoria aflora en la propia obra del cronista con mayor frecuencia de la que él mismo quisiera.

Y perduró, en su mismo tiempo, con fuerza y vigor suficiente para que años después de su aventura, ya en los albores del siglo XVII, el gran humanista mestizo, el inca Garcilaso de la Vega, recogiera su recuerdo y el de su conducta generosa para con sus hombres en aquella jornada en la que *hicieron muy grandes hazañas asi españoles como indios.*

La figura y la personalidad de Soto se alza, así, en la prosa de la *Historia del Adelantado Hernando de Soto, Gobernador y Capitán General del reino de la Florida, y de otros heroicos caballeros españoles e indios, escrita por el inca Garcilaso de la Vega, Capitán de Su Majestad, natural de la gran ciudad del Cuzco, cabeza de los reinos y provincias del Perú.*

Aunque no sea en realidad una historia del Adelantado, sino el escueto relato de los hechos que llevó a cabo en los últimos cuatro años de su vida. Ni siquiera la referencia a su lugar de nacimiento es exacta, porque lo hace natural del pequeño lugar de Barcarrota, próximo a su verdadera villa natal de Jerez. Es éste un extremo del que queda suficiente referencia documental en su mencionado expediente de ingreso en la orden de Santiago.

Pero Garcilaso perfila algo de suma importancia que el autor de la *Historia General y Natural de las Indias* insiste en querer hurtar a este personaje que parece quedar minimizado en la nómina de los grandes hombres de su tiempo: su auténtica personalidad que dibuja al hilo de los recuerdos que sus informantes, soldados de Soto, guardan de él.

En su afán por rebatir, aunque sin mencionarlos, la postura de crítica negativa de Fernández de Oviedo y de fray Bartolomé de las Casas, Garcilaso se esfuerza por destacar lo que de heroico tuvieran unas hazañas que le pareció indigno que quedasen en perpetuo olvido. Exalta así la figura de Hernando de Soto, *movido de generosa envidia y celo magnánimo de las hazañas nuevamente hechas en México por el marqués del Valle don Hernando Cortés y en el Perú por el marqués don Francisco Pizarro y el adelantado don Diego de Almagro, las cuales él vio y ayudó a hacer. Empero, como en su ánimo libre y generoso no cupiese ser súbdito, ni fuese inferior a los ya nombrados en valor y esfuerzo para la guerra ni en prudencia y discreción para la paz, dejó aquellas hazañas, aunque tan grandes, y emprendió estotras para él mayores, pues en ellas perdía la vida y la hacienda que en las otras había ganado. De donde, por haber sido así hechas casi todas las conquistas principales del nuevo mundo, algunos, no sin falta de malicia y con sobra de envidia, se han movido a decir que a costa de locos,*

necios y porfiados, sin haber puesto otro caudal mayor, ha comprado España el señorío de todo el nuevo mundo, y no miran que son hijos de ella, y que el mayor ser y caudal que siempre hubo y tiene fue producirlos y criarlos tales que hayan sido para ganar el mundo nuevo y hacerse temer del viejo.

Y lo exalta tiñendo sus observaciones con el estilo que en su formación de humanista requería la referencia a la figura de un héroe; porque los héroes descuellan por su excelencia física, y en el mundo clásico la superioridad del espíritu iba siempre aparejada a la superioridad del cuerpo.

Pero en realidad ese hombre que él nos pinta como *más que mediano de cuerpo, y de buen aire, alegre de rostro, diestro en ambas sillas, una de las mejores lanzas que al nuevo mundo han pasado, y pocas tan buenas...* era, según nos dice su antiguo compañero de armas Pedro Pizarro, en la única referencia directa a su apariencia física que dieran de él sus contemporáneos, *hombre pequeño, diestro en la guerra de los indios, valiente y afable con los soldados.*

Al igual que afirma Mario Hernández Sánchez-Barba, refiriéndose a Hernán Cortés, no es retórica la denominación de *héroe*, para Hernando de Soto. Porque en él advertimos todos los rasgos que caracterizan el ideal heroico en la literatura que lo contempla desde la antigüedad clásica al Romanticismo.

Sobre la base del espíritu caballeresco que, sin duda, aprendió de sus mayores reflejado en su indestructible sentido de la lealtad, en el niño que abandonó las tierras extremeñas va fraguando y cuajando el hombre que se hizo en las Indias en el ejemplo de otros como él, para ser después la fuerza motriz que impulsara a muchos en esa misma línea de acción.

Buscó una vida arriesgada, y la empeñó toda ella en la pelea, sacrificando sus afectos personales al ideal por el que luchó, llevando hasta el límite su esperanza en su propio éxito. Aunque no lo consiguiera; porque en la acción heroica no es lo más importante el éxito o el fracaso, como ha dicho Carlos García Gual al referirse a los héroes griegos: *Lo que en cualquier caso define al héroe, no es el triunfo final ni el final feliz, sino el arrojo heroico, la voluntad de aventura, el desprecio al peligro, la apuesta por el honor, el apetito de la gloria, la superioridad en la acción.*

Y todo esto lo cumplió ampliamente desde sus años mozos en Tierra Firme Hernando de Soto, que no por eso dejó de sentirse atrapado y limitado por sus defectos, porque como advierte Fernando Savater, *ni siquiera los que mejor sentido supieron dar a sus acciones se libran de una cierta mácula de sin sentido.*

Hernando de Soto no es un personaje desaforado; parece saber dominar los impulsos negativos que se achacan a los hombres de su estilo: la rapacidad y la lujuria. Amante del riesgo, y buen guerrero, destaca más en las referencias a sus hechos por la habilidad y sutileza para la persuasión, que por la fuerza, aunque a veces llega a ser brutal en sus acciones. Porque su vida y su propia muerte estuvieron inscritas en la violencia de unas circunstancias que imponían esa exigencia.

El destino de Hernando de Soto, un destino al que se mantuvo siempre fiel, se inició en aquella familia hidalga de Jerez, donde no cabía la fortuna para un segundón. Su destino lo empujó a formar parte —porque las circunstancias lo favorecieron— de la magna expedición que en el momento crítico de su adolescencia, organizaba en el año de 1513, el recién nombrado gobernador de Tierra Firme, D. Pedro Arias de Ávila. En ella, como antes en la de Ovando, y todavía en la

de Francisco Pizarro, no van miembros de las casas más nobles de Castilla, sino que predominan los hidalgos como él, que esperan encontrar al otro lado del Atlántico, con terca voluntad, su fama y su fortuna.

Será, precisamente, la suya propia, muchos años más tarde, una de las primeras empresas que atraigan el interés de lo más lucido de las familias más ilustres.

Acuella de Pedrarias bullía con el entusiasmo y las ilusiones de muchos de los jóvenes que figuraban entre los 1.500 hombres que colmaban los navíos, iniciando para ellos una vida esperanzada, el día de Martes Santo, 11 de abril del año de gracia de 1514.

UN PROTEGIDO DE PEDRARIAS

Tierra Firme, la tierra de promisión que esperaban encontrar los componentes de aquella expedición vio quebrarse muy pronto las esperanzas de muchos de ellos.

Sólo se ofrecía a sus ojos —en la Castilla del Oro que soñaran como un nuevo paraíso—, una villa que derramaba en una de las riberas del río Darién, en su encuentro con el mar, poco más de cien casas de madera, con techos pajizos, que albergaban a los quinientos quince vecinos de aquel asentamiento llamado Santa María la Antigua del Darién.

Una multitud de indígenas contemplaba, por su parte, el espectáculo de la arribada al puerto cercano de los veintidós navíos, de los que empezaban a saltar a tierra aquellos centenares de hombres y mujeres a cuyo servicio tendrían que atender de ahora en adelante. Sus esfuerzos se iban a multiplicar para que la pequeña villa pudiera acoger a una población que desbordaba la capacidad de alojamiento de un número tan crecido de personas.

Pero en aquellos momentos sólo tenían ojos para observar con curiosidad y admiración a unas gentes cuyo aspecto les resultaba totalmente nuevo. El lujó de los vestidos de los hi-

dalgos del séquito del nuevo Gobernador contrastaba con el porte descuidado de los antiguos pobladores, avezados ya a las rudas condiciones de la vida en una tierra tropical, en la que ellos habían abierto una nueva frontera que dejaba muy lejos sus antiguos modos de vida en la península.

Para éstos, también, el espectáculo resultaba sugestivo. Significaba retroceder, por un momento, a viejas sensaciones, ya olvidadas por muchos de ellos y, posiblemente, desconocidas para algunos que nunca habían asistido a un despliegue semejante al del brillante desfile que se desarrollaba ante sus ojos, de acuerdo con el más rígido y estricto protocolo, digno de la mismísima Corte de Castilla.

El viejo Gobernador avanza solemne, dando la mano a una Doña Isabel de Bobadilla que luce sus elegantes galas cortesanas, para dirigirse a los integrantes del cabildo de Santa María, presidido por Vasco Núñez de Balboa, vestidos éstos con las ropas sencillas de unos colonos que se han visto sorprendidos en sus tareas cotidianas. El obispo, los oficiales Reales, las damas y los caballeros del séquito, todos los recién llegados que engruesan la increíble comitiva, los vecinos de la villa, los indios admirados de lo que ven, son los testigos silenciosos de aquel encuentro de dos hombres que confrontan sus respectivas posiciones en una tierra, cuyas fronteras empiezan a abrirse hacia la mar del Sur.

Los dos van a verse envueltos en el juego hábil de una política que se mueve sobre unas sospechas mutuas, agazapadas tras las cortesías y la gentileza de un experto hombre de mundo, y los deseos de acatar las provisiones Reales de un conquistador, ducho en los problemas de la tierra que ve amenazados sus proyectos de futuras empresas, y que teme que se le niegue el reconocimiento a sus méritos indudables.

Al ritmo de los nuevos acontecimientos, la villa se convierte en ciudad, sede de una gobernación y de un obispado, pero en los primeros momentos de la llegada de aquella pequeña corte adquiere más el aspecto de un campamento en el que se trabaja con actividad febril.

Durante un mes, todos los esfuerzos pudieron concentrarse en la construcción de los edificios necesarios para albergar a la numerosa colonia, porque, a pesar de que una buena parte de los víveres que habían llegado en los navíos de la expedición se echaron a perder a causa del calor y la humedad, todavía quedaban reservas suficientes para atender a la subsistencia de todos. Pero muy pronto la escasez de alimentos y las duras condiciones de la vida en un clima tropical al que difícilmente se adaptaban los recién llegados, empezaron a dejarse sentir.

Una epidemia mortal se abatió sobre la ciudad, que crecía, sembrando el desaliento y aniquilando cualquier esperanza de conseguir fortuna y ventura entre los que pudieron sobrevivir a aquellos días dramáticos.

Aquella tierra ponía realmente a prueba la fuerza, el vigor y la salud de quienes pretendían asentarse en ella para dominarla, y despertaba entre todos un sentimiento de insolidaridad. Los más afortunados, los que superaron esa prueba, tendrían que enfrentarse después a las secuelas que dejaba en todos ellos ese sentimiento de hostilidad y mutua desconfianza, y el recuerdo de las angustias vividas en esos primeros tiempos se mantenía, aun después de haberse visto sometidos a los riesgos y peligros de sus empresas posteriores. Así lo escribe Pascual de Andagoya, uno de aquellos capitanes que bajo las órdenes de Pedrarias ampliaron el horizonte de Castilla del Oro, en la Tierra Firme, abriendo la ruta del fabuloso Perú: *El pueblo era pequeño, tenían pocos mantenimientos*

de la tierra. Desembarcados los mantenimientos que iban en la armada, que repartieron por todos (y las harinas y lo demás iba ya corrompido de la mar, que ayudaban a la mala disposición de la tierra, que montuosa y anegadiza, poblada de muy pocos indios) comenzó a caer la gente mala en tanta manera que unos no podían curar a otros y ansí en un mes murieron setecientos hombres, de hambre y de enfermedad de modorra. Pesóles tanto a los que allá estaban de nuestra ida que ninguna caridad hacían a nadie.

Ciertamente, la actitud de Pedrarias Dávila no contribuía a suavizar las tensiones entre los viejos y los nuevos pobladores españoles de aquel asentamiento en el que los conflictos aumentaban cada día.

El Gobernador había dispuesto que, de manera inmediata a su llegada, Vasco Núñez y sus oficiales rindieran cuentas de su anterior actuación al frente de la pequeña colonia, haciendo uso de las prerrogativas que le conferían las provisiones recibidas del Rey Católico y aplicando una norma que era ya de mera rutina en el gobierno de las tierras de las Indias. Pero al margen de estas actuaciones públicas que no suponían ningún tipo de agravio para los funcionarios que habían de verse sometidos a ellas, Pedrarias ordenó llevar a cabo una pesquisa secreta sobre la conducta del descubridor de la mar del Sur, recabando testimonios de personas que por unas u otras razones mantenían con él una actitud de franca enemistad y lo acusaban de antiguos delitos cometidos en los tiempos de su llegada a Tierra Firme.

El ambiente se envenenaba, enconando viejas rencillas que envolvían a toda la población, angustiada por la sombra de la enfermedad, y sobrecogida, además, por la imponente explosión de una Naturaleza que parecía querer derrumbarse sobre los hombres. El sonido estruendoso de los truenos, en

ininterrumpidas y terribles tormentas que descargaban sus rayos mortíferos y destructores, parecía completar el cuadro tenebroso que refleja en sus escritos el cronista Gonzalo Fernández de Oviedo, un hombre que llegó a conocer en sus prolongadas estancias en la tierra tropical el rigor de esas fuerzas desatadas: *Y a la verdad, era cosa temerosa y espantable los rayos y truenos que había en aquella tierra, y que yo oi aquel mesmo año de catorce que llego la armada, y los que fuimos con el gobernador Padrarias Dávila, porque quemaban bohíos y mataban hombres; y a mí y a otros acaesció estar durmiendo en la cama, y del terrible sonido del rayo e trueno, caer de la cama abajo en tierra.*

Una plaga de langosta, que parecía oscurecer el cielo, vino a agravar aún más la situación, al destruir las cosechas de los cuidados maizales, y el desánimo cundía entre la población atemorizada. Muchos huyeron de la tierra intentando el regreso a España, hasta el punto de que *en espacio de siete u ocho meses eran más los muertes e idos, que los que quedaron en la tierra; y en aquellos que vinieron había tanto descontento que ninguno estaba de su voluntad, y aun el gobernador, y obispo, y oficiales desampararan la tierra, si con buena color e sin vergüenza lo pudieron hacer.*

Este era el ambiente que rodeaba la primera experiencia en las Indias al joven Hernando de Soto, suavizada, quizá, por el entorno más protector que podía brindar la casa del Gobernador en la que sus servicios como paje o escudero de las damas parecían cuadrar con su edad.

El que apenas era un adolescente, empezaría a cuajar en joven soldado, al que con apenas veinte años de edad, encomendarían sus superiores empresas que entrañaban riesgo y responsabilidad.

Su aprendizaje fue duro, sin duda, porque duras fueron las circunstancias en que le tocó vivir sus años mozos, y en las que hubo de asumir un papel de simple espectador. Él había ido a las Indias para forjarse como uno más de aquellos hombres, cuyo ejemplo quería seguir, y el de su paisano Vasco Núñez de Balboa, con el que sin duda tuvo oportunidad de establecer una cordial relación, era capaz de despertar la admiración y estimular los sueños de gloria de cualquier joven de su edad.

Poco mayor que él mismo es Pascual de Andagoya, que participa ya activamente en las primeras expediciones organizadas por Pedrarias en su afán por consolidar su autoridad de Gobernador, que muy pronto vio amenazada con la limitación que suponía el nombramiento otorgado a Núñez de Balboa, de Adelantado de la mar del Sur y Gobernador de la tierra de Panamá; aunque estos cargos debería ejercerlos el extremeño sometiéndose a la jurisdicción del poderoso Lugarteniente General de la Tierra Firme. Llegaban estos títulos en el mes de marzo de 1515, cuando ya algunos grupos de soldados recorrían las tierras del istmo en expediciones que buscaban las soñadas riquezas del oro de la tierra y que tuvieron como consecuencia fatal de la rapiña demostrada por los españoles levantar contra ellos los ánimos de todos los caciques indígenas. Las cabalgadas iban llegando a Santa María la Antigua conduciendo como botín más apreciado, a falta de oro abundante, que no encontraron, colleras de indígenas capturados como esclavos.

El joven Andagoya veía cómo todas estas gentes que se traían, *que fue mucha cantidad, llegados al Darién los echaban a las minas de oro, que había en la tierra buenas, y como venían de tan luengo camino trabajados y quebrantados de tan grandes cargas que traían, y la tierra era diferente de la suya,*

y no sana, murianse todos. En todas estas jornadas nunca procuraron hacer ajustes de paz, ni de poblar: solamente era traer indios y oro al Darien, y acabarse allí.

De toda esta desdichada experiencia, que tuvo poco de colonizadora, se confirmó, no obstante, que eran las costas de la mar del Sur las que más expectativas de éxito ofrecían para futuros establecimientos. De ellas llegó uno de los capitanes, Gaspar de Morales, con un rico botín de perlas entre las que destacaba por su tamaño y belleza la que años después inmortalizaran los pinceles de Tiziano en un retrato de la Emperatriz Isabel. Es la *Peregrina*, que despertó la admiración de todos; y ninguna tan hermosa fue encontrada en los viveros de aquella Isla Rica de las Perlas cuyo camino más corto se buscaba sin cesar en la intrincada geografía del istmo, defendida por unos habitantes que querían ver lejos de sus tierras a los violentos y rapaces caballeros del Darién.

Santa María la Antigua no estaba bien situada para emprender ese camino; era preciso remontar las costas para encontrar un buen puerto que sirviera de puerta de entrada a una ruta terrestre más practicable. Pedrarias Dávila perseguía esta idea cuando, tras los fracasos de tantas cabalgadas, decidió dirigir, él mismo, una expedición que, en principio, tenía como finalidad someter a los caciques que se habían enfrentado a sus capitanes y que se habían atrevido a arrasar un pequeño destacamento de españoles, en esa ruta hacia el Poniente de las costas de la mar del Norte. La falta de prudencia, y de una verdadera visión de la empresa colonizadora que esos capitanes habían demostrado, lo empujaban a asumir personalmente la dirección de esta expedición a la que llevó a toda la gente de guerra de que disponía en esos momentos, en Santa María.

Terminaba el mes de noviembre de 1515 y aunque no queda constancia alguna de ello, es muy probable que Hernando de Soto hiciera sus primeras armas en este momento, porque las crónicas insisten en la necesidad en que se veía el gobernador de contar con todos los hombres hábiles, sobre todo cuando a pocos días de navegación encontró un puerto en el que decidió establecer un fuerte, como núcleo de una nueva fundación estable y bien protegida, en cuyas cercanías se habían encontrado indicios de minas de oro.

El puerto de Acla ofrecía las ventajas no sólo de su oportunidad estratégica y de su riqueza mineral; era un territorio prácticamente despoblado a causa de antiguas guerras tribales entre sus habitantes, que escasos y exhaustos no osaron ofrecer resistencia a los nuevos ocupantes.

Pero la quebrantada salud del anciano gobernador, lo obligó a un inmediato regreso al Darién, no sin disponer antes que su Alcalde Mayor, el licenciado Gaspar de Espinosa, continuara la exploración de la ruta fácil hacia las costas del otro mar, siguiendo un itinerario, ya abierto, por otra cabalgada anterior.

Una afortunada exploración marítima comandada por los capitanes Hernán Ponce de León y Bartolomé Hurtado —antiguo conocedor del territorio como Alguacil Mayor de Vasco Núñez de Balboa— reconoció, en este tiempo —mientras Espinosa recorría el interior de la tierra de la península de Azuero— el litoral pacífico de las actuales repúblicas de Costa Rica y Nicaragua. Pedrarias invocará más tarde este descubrimiento hecho por su gente en un largo contencioso que tuvo, como veremos, importantes consecuencias en la conquista de aquellas regiones.

En la ciudad de Acla, entre tanto, había quedado solamente un pequeño grupo después que el gobernador regresara a

Santa María, poco después de la salida de Gaspar de Espinosa. Posiblemente Hernando de Soto fue uno de los pocos que permanecieron en la reducida escolta que acompañó a Pedrarias en su vuelta al Darién. Fue uno de los hombres de su casa durante tres años, en los cuales, ninguna mención a su nombre queda consignada en las crónicas o en los documentos de la época. Es en 1519 cuando figura ya en éstas como integrante destacado en acciones importantes. En este intermedio, un periodo oscuro, controvertido, incompletamente documentado en muchos de los sucesos que durante él tuvieron lugar, el joven Hernando vivió las inquietudes de la turbulenta colonia, alterada por los graves enfrentamientos de Pedrarias con Balboa, y las intrigas y conspiraciones que culminaron dramáticamente en un juicio celebrado en Ada en enero de 1519 y que condujo al patíbulo al descubridor del mar del Sur.

Podemos adivinar, en un texto de Fernández de Oviedo, la presencia del sobrecogido muchacho, que se convertía en hombre, junto al inconmovible y duro Gobernador de Castilla del Oro, contemplando a corta distancia la ejecución del audaz Balboa y sus leales. *Desde una casa que estaba a diez o doce pasos de donde los degollaban, como cameros, uno a par de otro, estaba Pedrarias mirándolos por entre las cañas de la pared de la casa o buhio.*

Soto aprendía, así, las lecciones de aquel inquieto e inseguro modo de vivir en una tierra a la que, en opinión del obispo Quevedo, *no querría ir el Anticristo, y en la que dos años consumían la vida de los hombres tanto como cuarenta en Castilla.* Su adiestramiento en alguna de las cabalgadas hacia el interior lo capacitaban para desempeñar después misiones arriesgadas, para moverse con agilidad en las aguas de los ríos turbulentos manejando con habilidad las ligeras canoas

que llegaron a constituir un modo de movilización tan imprescindible como los caballos, y mucho más usual.

No es de extrañar que a los diecinueve años fuera ya considerado como un hombre hábil y experto en las emboscadas, y prudente en las acciones, que le ganaban la confianza del Gobernador, del que siempre estuvo cerca y del que llegó a conocer, y aun adivinar, sus violentas reacciones. Fue una confianza bien ganada, y demostrada sin reservas muchas veces, que sólo se debilitó en los últimos meses de la vida agitada, siempre activa, del intrigante y ambicioso Pedrarias Dávila. ¡Buen maestro para un capitán que tendría que actuar muchas veces con la prudencia y la astucia de un buen conocedor de las intenciones de sus compañeros y los intereses que los movían!

La relación familiar de Soto con la casa y familia de Pedrarias sentarán, por otra parte, las bases para que, andando el tiempo, y cuando fuera ya el afortunado capitán enriquecido en el Perú, pidiera y le fuera otorgada la mano de una de las hijas del gobernador, Isabel, que había acompañado a sus padres y a una de sus hermanas en estos años de estancia en el Darién, hasta que las tres mujeres regresaron a España en 1520.

Por estas fechas, ya Hernando de Soto gozaba de reputación bien ganada como soldado, a las órdenes de Gaspar de Espinosa.

Fue éste un personaje que desde su condición de letrado y su cargo de Alcalde Mayor, consiguió gozar de un poder casi ilimitado, jugando hábilmente con los intereses y ambiciones de unos hombres que en aquella geografía nueva se veían sometidos a la tensión de dar rienda suelta a sus ansias de moverse libremente, al impulso de esas ambiciones que no respetaban las libertades de los otros.

Era algo más que una lucha por la supervivencia. Se trataba de conseguir un prestigio que casi siempre se asentaba por igual en el respeto que infundía la superación del riesgo en la lucha y la obtención de unas riquezas conseguidas, no importaba de qué modo. Fernández de Oviedo, que no se vio ciertamente libre de muchas de las faltas que denuncia en sus compañeros —y que según Ballesteros Gaibrois buscaba también en sus actividades jerarquía, honor y función, pero sin exceso de responsabilidad—, dice que Espinosa *se hizo rico con los trabajos e sudores del Adelantado Vasco Nuñez de Balboa que él hizo degollar, e con sus navíos.*

Y en efecto, seguía todavía clavada en la infamante picota de Acla la cabeza de éste, cuando el licenciado que quería acreditar su rango de capitán, ganado en las violentas luchas con los indígenas del istmo, obtenía de Pedrarias la comisión para llevar a cabo la empresa que por su mala fortuna, las envidias de muchos y las arteras gestiones del propio Espinosa no pudiera culminar el infortunado Balboa.

Se trataba de poner en marcha una bien organizada expedición para conquistar las tierras de Panamá y explorar las verdaderas características de las costas del Pacífico, más allá de la cercana y bien conocida isla de las Perlas, en el golfo de San Miguel. Solamente algunos indicios de ellas se tenían por la apresurada navegación de Ponce y Hurtado.

El mismo Pedrarias, libre ya de las presencia del que fuera Adelantado de aquellas provincias, quería darse la satisfacción de tomar por su propia persona posesión solemne de las tierras y las aguas que Balboa había descubierto mucho tiempo antes, y le urgía hacerlo, porque al Darién habían llegado noticias de que su relevo en el cargo de lugarteniente y gobernador de Castilla del Oro era inminente.

El 27 de enero de 1519, los escribanos levantaban acta de esta actuación en la costa continental de la que Pedrarias había declarado que *toda la tierra nueva, e costa delta, e toda Tierra Firme a Castilla del Oro e todo lo a ella anejo y perteneciente, e todo lo descubierto e la que se descubriere de aquí adelante, ese ba de ser de la Corona Real de Castilla.* Dos días más tarde, la ceremonia se repetía en la isla de las Perlas, y desde aquí, tras una breve estancia en amigable convivencia con el cacique y sus principales continuaba la navegación por las costas del golfo para buscar un lugar apropiado donde establecer una nueva fundación.

Espinosa, entre tanto, con el grueso de la gente que quedó en Acla había emprendido, también, el camino hacia aquellas tierras siguiendo una ruta más septentrional y más larga para intentar someter a los caciques alzados del istmo. Hernando de Soto empezaba en este viaje su verdadera carrera de las Indias, en compañía de capitanes ya experimentados en la estrategia de las luchas y emboscadas contra los indígenas; entre ellos, el recio y taciturno Francisco Pizarro, que había militado bajo las órdenes de Balboa.

La increíble vitalidad del viejo Pedrarias no daba tregua a sus capitanes. En el mes de abril de este año de 1519 lo encontramos en Acla solicitando del Rey Carlos que conceda mercedes y dicte disposiciones para que lo ya poblado *e lo que de aquí adelante se poblara e hiciere en este viaje en estos reinos, se sostenga.* Nada parece escapar a sus previsiones y proyectos de fundar que parecen estar ya madurados en las tierras de Panamá.

El asiento de una nueva ciudad lo tiene decidido desde que visitara la tierra, en enero, y en el mes de julio, está de nuevo en ella, declarando que *ha asentado y fundado* en esta provincia, aunque el acta fundacional se levante el día 15 de

agosto, festividad de Nuestra Señora de la Asunción. Pero la naciente Panamá que se levanta desde hace meses, necesita de bastimentos para los vecinos. Por eso dicta sus instrucciones al licenciado Espinosa para que con 115 hombres, —sólo tres de a caballo, porque estos animales escasean en la tierra — emprenda una expedición siguiendo las costa de la mar, en dos navíos, con el fin de buscarlos en las tierras de los caciques que ya conocen de viajes anteriores.

Lleva Espinosa la orden expresa de procurar el menor daño posible a los indígenas, pero es preciso que consigan lo más elemental para la subsistencia de los nuevos pobladores que quedan en una ciudad con pocos recursos. Necesitan, sobre todo, maíz, vasijas para agua y piedras de moler.

La misión fue larga y difícil. Espinosa enviaba pequeños grupos al interior de la tierra y hacía envíos de maíz a Panamá en uno de los barcos; y a pesar de que a su regreso, el 19 de octubre, Hernando de Soto, *que se halló presente en todo* y otros de sus compañeros declararon formalmente ante escribano que no se mató e hirió a ningún indio, la realidad fue muy otra.

Porque la población de los numerosos cacicatos en que se dividía la extensa región recorrida —tierras de la península de Azuero y las de Veragua— opusieron en muchas ocasiones una tenaz resistencia a las exigencias de los castellanos que no tenían ningún escrúpulo en capturar como esclavos a aquellos que se oponían, en una lucha feroz, a prestar su contribución en vivieres, bastimentos y, sobre todo, el ansiado botín de las ricas piezas de oro que constituían los adornos y atributos de poder de los caciques y señores principales, y que se almacenaban a la muerte de cada uno de ellos como ricas ofrendas en los enterramientos suntuosos.

Desde los barcos, Espinosa envió un destacamento al interior, siguiendo el curso de los ríos que bajan de la serranía, en el corazón del istmo; Francisco Pizarro era el capitán que dirigía el grupo. La meta era el bien poblado territorio del más belicoso de los señores, Urraca, que hostigaba a todos sus vecinos impidiéndoles, si acaso mostraban su buena disposición para ello, la alianza con los cristianos.

La lucha con la geografía no era menos dura que la que los enfrentaba a los hombres y los obligaba a utilizar los mismos métodos con que contaban los indígenas. Se hicieron hábiles remeros; el manejo de las canoas no tenía ya secretos para ellos, y para Hernando de Soto esta experiencia adquirida en su juventud vigorosa resultará de un valor inestimable cuando tuviera muchos años después que organizar la movilización de todo un ejército numeroso valiéndose de este medio de transporte.

Pero también aprendió que la táctica en el trato con los naturales de la tierra debía consistir, sobre todo, en la búsqueda de una alianza más que en el ataque gratuito e injustificado, aunque no rehusara la lucha, si fuere precisa, demostrando en ella el arrojo y la valentía del soldado, no exenta de la prudencia de un hábil estratega. En las tierras de Panamá se convirtió en un auténtico baquiano al que recurrían sus superiores cuando se proyectaba una descubierta de reconocimiento en medio de las poblaciones bien defendidas por su entorno, o si era necesario, en esas pequeñas avanzadas, retroceder a pedir ayuda al grueso de la tropa en retaguardia.

El instinto certero de Soto, su audacia y su buena fortuna en estas comisiones, le granjearon pronto un renombre que se advierte en la mención que merece en las actas levantadas, en las que su testimonio consta como garantía de auten-

ticidad de los hechos que consignan. Se ganó la confianza y el respeto de Espinosa y Pizarro, que lo llevará consigo en las empresas más arriesgadas que proyectará en los meses siguientes.

En la nueva ciudad de Panamá empieza a consolidarse una sociedad de características muy peculiares.

Es cierto que Pedrarias repartió tierras y solares, y distribuyó en encomiendas, colocadas bajo la tutela de cuatrocientos vecinos, a los indígenas de las tierras circundantes. Pero el escaso número de éstos, y la diversidad de servicios que se vieron obligados a desempeñar, entre los que no era el menor el laboreo de las minas, hizo que muchos murieran, y, como dice Andagoya, *en breve tiempo no quedó Señor ni indio en toda la tierra.*

La escasez de mano de obra impulsaba entonces a los vecinos a organizar la conquista del istmo constituyendo a sus expensas pequeñas bandas igualitarias integradas por soldados que proyectaban cabalgadas y entradas al interior de la tierra, en busca de esclavos. Se trataba de verdaderas compañías o sociedades comerciales que traficaban por igual con víveres, bastimentos o vidas humanas.

En las tierras no muy lejanas del cacique de Natá, a unas 30 leguas al oriente de Panamá, Espinosa había dejado un retén de gente para controlar aquella zona, rica en pesquerías y salinas de caza abundante, de buenas tierras labrantías y con numerosa población. Así surgió la villa de Santiago, que sólo sería considerada formalmente como tal en 1522. Pero en ella permanecía hasta un grupo de 40 españoles a las órdenes de un capitán de Pedrarias, Compañón, que muy pronto suscribiría con Hernán Ponce de León y Hernando de Soto una sociedad *de hermandad* y comunidad de bienes para explotar las riquezas que brindaba aquella tierra y que eran

bien apreciadas por los vecinos de Panamá. No obstante, la responsabilidad de defender el territorio era lo que justificaba su presencia en él, y, con frecuencia, tuvieron que hacer frente a los ataques de pueblos vecinos.

Una feroz acometida del cacique Urraca puso en peligro la supervivencia del grupo y fue Hernando de Soto el elegido por Compañón para dirigirse a Panamá, por los intrincados vericuetos de ríos y caminos para pedir socorro urgente.

La dificultad de la misión impulsó a Compañón a enviar otro mensajero tras de Soto, pero la agilidad y la fortaleza física del joven extremeño le habían permitido llegar rápidamente a la ciudad desde donde se envió un barco con refuerzos para aquel pequeño grupo al que encontraron al borde del desastre, cercado por los guerreros de Urraca, y sin otro medio de sostenerse que las raíces de los árboles de su pequeño reducto.

Cuando Urraca advirtió la llegada de este auxilio, consistente en pocos hombres, levantó el cerco y dio lugar a que la ofensiva española fuera realmente violenta cuando a los pocos días aparecía Pedrarias, que siguiendo el camino por tierra, conducía un pequeño ejército de 150 hombres provistos de algunas piezas de artillería.

Es Francisco Pizarro, una vez más, el capitán de las vanguardias de Pedrarias, y uña vez más, Soto es llamado para formar en su equipo. El buen entendimiento de ambos, perfectamente coordinado en sus acciones, va a ser decisivo en la formación militar de Hernando de Soto.

En las duras campañas contra Urraca vio culminada su primera y secreta aspiración desde que desembarcara apenas seis años antes en el Darién, siendo casi un niño: El antiguo protegido de Pedrarias conseguía que el viejo Gobernador lo distinguiera con el nombramiento de capitán. Un nombre y

un título que, como afirma Fernández de Oviedo, era *uno de las principales haciendas o aparejos para ganar*, en aquella tierra. Su aprendizaje había sido cono, pero intenso, en aquel mundo en que el paso de un año consumía la vida, pero también brindaba a los hombres tanta experiencia como cuarenta años en Castilla.

EL JOVEN CAPITÁN EN LA CONQUISTA DE NICARAGUA

La villa de Santiago de Natá abre la frontera hacia las tierras del interior del istmo hasta Veragua, en las que los españoles irrumpen para intervenir en las luchas internas en que se debaten sus habitantes: grupos belicosos, de lenguas diferentes entre sí, que pelean hasta el agotamiento de sus guerreros y a veces hasta el exterminio casi total.

Los supervivientes apenas tienen fuerzas para oponerse a las incursiones de los españoles, que capturan entre ellos los esclavos que necesitan. Sólo Urraca mantiene su oposición decidida en una auténtica guerra de desgaste, que, ciertamente, no le impidió mantenerse libre de una servidumbre que no podía tolerar su coraje de viejo guerrero.

Panamá, entre tanto, se convertía en la puerta de salida a las rutas de la mar del Sur. Al oriente y al levante empezaban a dirigirse ya pequeñas armadas que iniciaban nuevos caminos de expansión a los habitantes emprendedores de una ciudad que veía sus horizontes abiertos hacia ese mar, cuyas costas, más allá de las tierras del istmo, se ofrecían como metas de nuevas empresas.

Pedrarias ya tenía indicios de ellas, después que Espinosa hubiera enviado aquella avanzada que remontó hacia el norte el litoral de las tierras cuyo interior él explorara en los inicios del año 1516.

Y se confirmó la existencia de tierras ricas y bien pobladas hacia el norte cuando, bien a su pesar, hubo de autorizar, en enero de 1522, la salida desde la isla de las Perlas de una expedición autorizada directamente desde la Corte, y dirigida por el Capitán Gil González Dávila, Contador Real de La Española que debía reconocer estas costas septentrionales, al margen de su control y de su jurisdicción como gobernador de Castilla del Oro.

Pero en Panamá se está implantando un nuevo modo de organizar las expediciones, que permitía a Pedrarias un cierto nivel de participación en ésta, al margen de su condición de Gobernador.

Las empresas marítimas, por lo elevado de sus costes, requieren una complicada organización financiera. Ya no se trata de cabalgadas al interior de la tierra, que si bien requerían del esfuerzo económico de sus integrantes, para proveerse del equipo necesario, no suponen grandes desembolsos, aunque a veces éstos signifiquen un serio endeudamiento para ellos.

Las armadas para emprender navegaciones, que ya se sabe que son largas, requieren una proyección cuidadosamente estudiada, y no son los soldados que las integran, y mucho menos los marineros que las conducen, personas que pueden disponer de medios económicos suficientes para financiarlas. Surgen entonces los armadores como una nueva clase de ciudadanos en los asentamientos de Tierra Firme, sobre todo, en la ya importante Panamá adonde Pedrarias ha trasladado la capitalidad de su gobernación.

Entre los armadores, que frecuentemente son también mercaderes, y que proveen de todo lo necesario a los capitanes de huestes, no faltan los funcionarios de la Corona. Por estas fechas no se han implantado, todavía, las prohibiciones que más adelante les impedirán este tipo de actividades.

De momento, forman parte de las compañías de armadores e intervienen activamente en su gestión. Son ellos, precisamente, los que se comprometen con los capitanes en el pago de unas cantidades establecidas, o de unos porcentajes de los beneficios que puedan proporcionar las empresas, de los que se deduce, previamente, la quinta parte, que se reserva la Corona.

En esta ocasión, Gil González venció sutilmente las últimas reticencias de Pedrarias, ofreciéndole la posibilidad de aportar una pequeña contribución en pesos de oro, que le daría derecho a una parte de los beneficios finales. El gobernador era un gran aficionado al juego y a las ganancias fáciles, y parece que apostó, sin gran riesgo, por una empresa dudosa.

Se trataba de proseguir en la búsqueda del ansiado estrecho que, de existir, habría abierto una comunicación fácil entre los mares del Norte y del Sur, el Atlántico y el Pacífico, por el que se trazara la ruta de la Especieria hacia el Maluco. Los intentos de localizarlo desde el Atlántico habían fracasado, y aunque no se abandonara esta posibilidad, podía resultar prometedora la exploración de las costas occidentales de unas tierras cuya extensión ya se sabía que era de la de un verdadero continente.

Gil González Dávila, secundado por un piloto, antiguo compañero de Niñez de Balboa, experto conocedor de las costas de Tierra Firme, Andrés Niño, dirigió esa empresa, que, no exenta de dificultades y peligros, tuvo como resulta-

do positivo el reconocimiento de las tierras cuyas costas habían sido sólo avistadas por el navío de Espinosa.

Gil González se internó en el territorio de un cacique llamado Nicoya, que además de recibir amistosamente a los españoles, y ofrecerles un rico presente de oro, les dio noticias que alentaban sus esperanzas de encontrar el paso marítimo que buscaban. Más allá, no muy lejos, hacia el norte, había un gran lago, como un mar, donde reinaba el gran señor Nicarao.

Merecía la pena acercarse a aquel lago para comprobar su extensión y sus características y para conocer las riquezas de aquel rey y la fertilidad de aquella tierra. Hacia allí condujo a sus hombres Gil González, que encontró a Nicarao tan bien dispuesto a recibirlo como estuviera Nicoya. Los religiosos que formaban parte de aquel grupo de cien hombres, tuvieron oportunidad de ejercer el ministerio que justificaba su presencia en la expedición.

Los pacíficos indígenas de las riberas del lago donde reinaba Nicarao, quedaron fascinados con la predicación de la doctrina cristiana y fueron muchos los que pidieron ser bautizados, siguiendo el ejemplo de su señor. Parecía que la evangelización empezaba a dar sus frutos y justificaba una futura conquista efectiva del territorio, que fue recorrido hasta seis leguas más al noroeste. Los caciques recibían y agasajaban a los cristianos proveyéndolos de servidores y ofreciéndoles joyas de magnífica factura, aunque de oro de pocos quilates.

Pero inopinadamente, un cacique que había mostrado el mismo interés que los demás, atacó de manera violenta a los confiados españoles que apenas tuvieron tiempo para rechazar la ofensiva de cuatro mil guerreros. Gil González organizó apresuradamente a sus hombres, y los cuatro caballos y

cuatro escopeteros que tenía jugaron un papel decisivo para conseguir liberarse de un cerco numeroso hasta poner en huida a sus atacantes.

Sin embargo, consciente del escaso número de sus efectivos, malparados muchos de sus hombres por las heridas de las flechas de los indígenas, decidió poner rumbo a la costa donde lo esperaba el piloto Niño y regresar a Panamá. Llegó a la ciudad en junio de 1523.

Llevaba no sólo cien mil pesos de oro en joyas, que satisfacían ampliamente el desembolso de los armadores de la empresa; también confiaba en el éxito de la misión que le encomendaba la Corona. Él había observado en el gran lago variaciones en el flujo y reflujo de sus aguas que lo inclinaban a pensar en una comunicación directa con el Atlántico, y conocía, además, la existencia del lago más pequeño y septentrional de Managua, que comunicaba a través de un corto río con el de las tierras de Nicarao, y que podría también tener una salida a la mar del Sur, más allá de donde habían llegado los navíos de Andrés Niño.

La tierra fértil, la población numerosa y bien organizada, justificaban su petición de una nueva gobernación al norte de Castilla del Oro.

Con menos fortuna había regresado Pascual de Andagoya de una malograda exploración de la ruta de Levante, que tan sólo se amplió hasta unas cincuenta leguas, pero que pronto sería proseguida en otros viajes que buscaban las tierras del Perú.

Panamá se convertía en la puerta de la mar del Sur, y Pedrarias no estaba dispuesto a ceder a advenedizos una fortuna que podía empezar a tentar a muchos, con las noticias que trajera Gil González. Dejó que éste marchara con la parte que le correspondió del botín, y con el *quinto* que correspon-

día a la Corona, sabiendo que iba a pedir la gobernación de la tierra nueva. Pero invocando el primer descubrimiento de aquella ruta por sus propios capitanes, y alegando que su jurisdicción comprendía hasta aquellos límites, decidió organizar una bien dotada expedición de conquista.

En esta ocasión sería él quien llevara el control de la Compañía de armadores porque era él quien decidía el proyecto de la empresa como gobernador de Castilla del Oro.

Participaron en la fundación los armadores y mercaderes de Panamá, y algunos de los más prestigiosos de la ciudad, como Francisco Pizarro, Diego de Almagro y Hernando de Luque, que habían constituido una sociedad de comunidad de bienes. También se contó con la contribución de gente de La Española.

Era de especial importancia para el éxito de la empresa, la elección del jefe de la expedición y de sus capitanes; y en Panamá había muchos y muy experimentados hombres de armas, algunos de la entera confianza de Pedrarias, que posiblemente habría preferido decidir con absoluta independencia sobre este aspecto. Pero hubo de plegarse a las exigencias de los armadores de la compañía, que le impusieron la designación del capitán Francisco Hernández de Córdoba para el mando superior de la hueste de soldados.

En el nombramiento de los capitanes, el gobernador tuvo mayor libertad de decisión y eligió entre sus más fieles a aquellos experimentados que habían mantenido la seguridad de las tierras de Natá: Francisco Compañón y su fiel Hernando de Soto, que al igual que Pizarro y Almagro habían formado una sociedad, junto con Hernán Ponce de León, figuraron como los primeros de la lista, al lado de Sebastián de Belalcázar.

Soto figura ya con esta categoría en los documentos que consignan los derechos a percibir por los soldados y los asociados a la Compañía. Su fortuna y su prestigio habían crecido en Natá, hasta el punto de que había podido adquirir un caballo y tenía un esclavo negro, que formaban parte de su equipo, por cuya contribución y la de su persona tendría derecho a cobrar *mil pesos de buen oro, fundido y marcado de a 450 maravedises cada peso, sin sacar ningún quinto ni derechos para Su Majestad.*

El joven capitán aporta su persona de valor y audacia acreditada, necesaria en una acción conquistadora; pero iba, también, comisionado por Pedrarias para actuar como hábil negociador en operaciones de trueque con los indígenas de la región, que se sabía que poseían grandes riquezas en piezas de orfebrería. Llevaba mercaderías del gobernador para conseguir, a cambio de ellas, un beneficio suplementario que el avaricioso anciano buscaba en cualquier ocasión. Al mismo tiempo realizaría este tipo de operaciones como integrante de su propia sociedad con Hernán Ponce y Francisco Compañón.

En los últimos días de 1523, ya estaba la armada dispuesta para salir rumbo al poniente *con gente bastante para poblar aquella tierra.* Y el día 1 de mayo, ya estaban los cristianos instalados en el pueblo de Icoatega, en la región oriental del actual departamento nicaragüense de Chinandega.

Debemos pensar que sus asentamientos, a pesar de los recelos que pudiera despertar en la población indígena el rápido regreso de gente semejante a la que ellos habían rechazado hacía apenas un año, debió ser muy difícil, y que las relaciones de blancos e indios debieron establecerse en términos más o menos amistosos. Para esa fecha ya habían conseguido los españoles una buena cantidad de oro, que llegaba sin pro-

blemas a Panamá, en uno de los carabelones de la armada, el día 10 de mayo.

Entre las diferentes partidas de piezas de orfebrería, Hernando de Soto enviaba varias *patenas, áquilas, hachas y cascabeles, rescatados por él para Pedrarias* y algunas otras piezas de oro bajo, consignadas por su cuenta, a nombre de Hernán Ponce. Soto cumplió con el gobernador, como su eficaz agente, y velaba, además, porque su autoridad no fuera discutida entre la hueste.

La actividad se centró en cumplir el aspecto más importante de las instrucciones que se daban a los jefes de hueste en empresas de conquista: fundar y poblar.

Y en un año, ya Francisco Hernández había establecido tres ciudades en las tierras de Nicaragua, densamente pobladas, y labradas con primor. La de Granada se asentó en una comarca ocupada por ocho mil vecinos naturales de la tierra, a orillas del gran lago de agua dulce. Hasta allí habían trasladado, desde la costa, desmontado en piezas, un pequeño bergantín con el que se reconoció el contorno de aquel verdadero mar interior para tratar de encontrar su salida al Atlántico.

Más al norte, y en una geografía acogedora para aquellos hombres que recordaban los rigores de la del Darién, se fundó la Nueva Ciudad de León. El espectáculo imponente de las bocas llameantes del volcán que domina la región no los intimida y sólo ven en ella las grandes huertas y arboledas que cultivan sus numerosos habitantes. Era gente pacífica, hábiles tejedores de ropas de algodón, magníficos orfebres y dóciles servidores que escuchaban con atención las prédicas de los religiosos, que bautizaban, sin cesar, a miles de nuevos cristianos.

No fue de ellos de donde surgieron las recios problemas que poco después tuvieron como fatal consecuencia la pérdida de aquel casi increíble paraíso. La exploración del territorio, hasta una distancia de unas ochenta leguas de León, confirmaba las posibilidades de implantar en todo él una magnífica obra colonizadora. Pero también confirmaba las sospechas de Pedrarias respecto a las intenciones de Gil González de ser él quien intentara conseguir la gobernación de aquella tierra.

Hernando de Soto ocupaba un lugar relevante entre los capitanes de Hernández de Córdoba. Fue de los que se establecieron como vecinos de la ciudad de León, donde se construyó una fortaleza y la mejor iglesia que jamás se hiciera en ninguna de las fundaciones de Castilla del Oro.

Durante el primer año de vida de lo que sería durante algún tiempo próspera ciudad, Hernando de Soto ostentó por nombramiento de Francisco Hernández —que estableció su residencia en Granada— el cargo de Alcalde Mayor. Alcanzaba, así, el más alto rango en aquella comunidad de españoles y la responsabilidad de velar por el cumplimiento de la justicia.

Voces maliciosas se alzarían más tarde contra él, al prestar testimonio en una información solicitada por Pedrarias, reprochándole ineficacia en esas gestiones y *poca experiencia en cosas de judicatura*. Su carácter apasionado y poco razonable —*mal sufrido*, al decir de Belálcazar— se avenía más a la acción del soldado que a la mesura de los hombres de leyes.

Por esta razón jugó un papel más importante cuando se lanzó personalmente, a la cabeza de un buen grupo de jinetes, para confirmar las noticias que llegaban a la ciudad, de que más al norte de Nequepio corrían la tierra otros españoles que no eran los de Hernández.

Las sospechas de que Gil González Dávila intentaría regresar al escenario de su anterior incursión, parecía que no eran infundadas. El capitán Gabriel de Rojas, que se había adentrado en una misión de reconocimiento, había tropezado con él, inesperadamente.

El antiguo contador de La Española había conseguido ayuda para organizar otra armada y siguiendo los cálculos de su piloto Andrés Niño decidió regresar al interior de Nicaragua, pero desde las costas de la mar del Norte, por la región de Honduras.

No fueron los pobladores de la tierra los que plantearon a Hernández y su gente la oposición a su asentamiento y avance. Los intereses y las ambiciones de los propios conquistadores, que pretendían ampliar el límite de sus respectivas demarcaciones, sembraron entre ellos el recelo y la Violencia que los cristianos descargaban entre sí mismos.

Gil González había sido respetuoso, pero enérgico, con Rojas, que no se atrevió a oponérsele, quizá porque llevaba poca gente o porque encontró razonable la posición de su oponente. Fernández de Oviedo recogió la versión de esta entrevista dada por Gil González, que llegó a proponer a Rojas que se pasara a sus filas: *le dijo que él no tenía que hacer en aquella tierra, ni Pedrarias; que se tomase en buena hora a Francisco Hernández; e que por su persona del capitán Rojas, allí tenía toda la parte que él quisiese, pero que como capitán de Pedrarias a él ni a otro babia de consentir que anduviese por aquella tierra. E con algunas buenas palabras de cortesía el capitán Rojas se fue, e prometió de no tomar.*

Pero el joven Hernando de Soto velaba por los intereses de su viejo protector y no respetó el acuerdo. Aceptó la comisión de Hernández para ser él quien se dirigiera contra el que consideraba un intruso en aquellas tierras, y la aventura

le costó su primer gran fracaso, del que sacaría, no obstante, la experiencia necesaria para no caer después en emboscadas semejantes.

Avanzó desde León con su gente bien pertrechada, pero Gil González estaba informado por los indígenas del camino que venían siguiendo, y salió a su encuentro sorprendiendo desprevenido a Soto durante la noche, librando una escaramuza que costó la vida a algunos de sus hombres y en la que también se mataron algunos caballos. Gil González llevaba la ventaja de que le seguía un grupo más nutrido; Soto no podía esperar refuerzos para rehacerse y sólo pudo intentar resistir el empuje. Sufrió la humillación de verse preso y despojado, como sus hombres, de sus armas, y de algo que le pesaría más al interesado Pedrarias que denunciaba, después, la desleal acción de Gil González: un botín de ciento treinta mil pesos de oro que Soto había conseguido en su marcha.

Aquella tierra rica atraía a muchos. Sus noticias se divulgaban ya desde Tenochtitlan a Panamá y La Española. Empezaba a ser la palestra de serias confrontaciones por conseguir los indudables beneficios que reportaría su posesión y su gobierno.

Gil González no podía permitirse avanzar hasta León —que probablemente correspondiera a los límites de la demarcación fijada para Castilla del Oro— porque sabía que a sus espaldas tenía otro temible competidor. Y decidió abandonar a Soto y los suyos a su suerte, huyendo con su botín, tan fácilmente ganado, para enfrentarse a la seria oposición que representaba la presencia en la tierra cercana de las Honduras, de Cristóbal de Olid, uno de los capitanes de Hernán Cortés que éste había enviado desde México para tomar posesión de aquellas tierras. También Olid sabía que Gil González pretendía establecerse en ellas y que había entrado, preci-

samente, por el puerto de Caballos que él había reconocido en nombre de Cortés, pocos meses antes.

Pero la lejanía de los jefes, las promesas de las tierras extensas, los sueños de gloria y la ambición del mando tentaban a los capitanes que se adentraban en la geografía de las nuevas Indias. Muchos medían sus propias fuerzas y trataban de hacerse ver, a los ojos de sus hombres, como mejores jefes que los lejanos gobernadores. Capaces de apreciar el alcance de sus esfuerzos y los méritos de sus acciones, que podían ser generosamente compensadas. Ofrecían mayores oportunidades y brindaban una mayor confianza en el éxito de las empresas si podían actuar con absoluta libertad de decisión sin la cortapisa de plegarse a instrucciones ajenas. Era una situación de la que Hernán Cortés daba cuenta al Emperador con palabras donosas: *ya por acá, todos piensan, en viéndose ausentes con un cargo, que si no hacen befa, no portan penachos.*

Olid había caído en esa tentación, y se había declarado libre de sus compromisos con Cortés, empezando a actuar como verdadero gobernador de una demarcación que quería ampliar a costa de la que Gil González pretendía.

Nunca faltaron leales a los gobernadores que recibían noticias exactas de estas situaciones; y Cortés no era hombre que dejara pasar por alto intrigas o traiciones. Al tener conocimiento de lo que fraguaba Olid, decidió ir personalmente a castigarlo *conforme a justicia*, aunque ya había enviado por delante para resolver esta situación a su cuñado Francisco de las Casas.

La confrontación entre Olid y Francisco de las Casas, por una parte, y Gil Hernández, por otra, que terminó con la muerte del antiguo capitán de Cortés, y que alteró profundamente los ánimos de los indígenas de la rica tierra de Hondu-

ras, dejaba a Francisco Hernández de Córdoba en condiciones de moverse libremente por las de Nicaragua y aun de repetir el intento de avanzar en sus incursiones hacia los límites de las que Gil González seguía pretendiendo discutir a los hombres de Cortés.

De nuevo envió hacia ellos, en busca de minas en la región de Olancho, al honesto Gabriel de Rojas. Y en esta ocasión el oponente que encontró y con el que actuó de la misma forma respetuosa con que acatara meses atrás las enérgicas razones de Gil González, fue uno de los hombres de Cortés que se había establecido en la cercana ciudad de Trujillo, de Honduras, que fundara Cristóbal de Olid cuando aún actuaba en nombre del conquistador de Tenochtitlan.

Es él quien exculpa al joven capitán de Pedrarias de las solapadas acusaciones que Fernández de Oviedo vierte en su historia contra la honestidad y rectitud de conducta de Soto en unos acontecimientos que repiten la situación creada por la deslealtad de Cristóbal de Olid.

Porque también Francisco Hernández quiso lucir *penachos* a costa de la *befa* de su gobernador. Y no fue Soto quien lo alentara en sus proyectos de rebeldía para traicionarlo más tarde comunicando a Pedrarias las intenciones de su ambicioso lugarteniente, tal y como sugiere Oviedo.

Francisco Hernández cayó en la debilidad de sentirse tentado por los ofrecimientos que recibió desde La Española, de ver apoyadas sus pretensiones a ser reconocido como la autoridad legítima en Nicaragua.

Un intrigante bachiller, comisionado por los jueces de aquella isla, recorría la región incitando a los pobladores de los pequeños asentamientos fundados por Olid y Gil González —y a los miembros de la expedición de Rojas— a que se

colocaran bajo la jurisdicción de aquellos jueces. Y en este sentido escribió a Francisco Hernández de Córdoba.

La mediación del propio Cortés en la resolución del conflicto, no fue suficiente para disuadir al lugarteniente de Pedrarias, a pesar de que su oferta suponía un razonable respaldo a la posición de éste como representante del gobernador de Castilla del Oro: *escribí al dicho Francisco Hernández y a toda la gente que con él estaba en general, y particularmente a algunos de los capitanes de su compañía que yo conocía, reprendiéndoles la fealdad que en aquello hacían, y cómo aquel bachiller los había engañado, y certificándoles cuánto de ello seria vuestra majestad servido y otras cosas que me pareció convenía escribirlas para los apartar de aquel camino errado que llevaban. Y porque algunas de las causas que daban para abonar su propósito eran decir que estaban tan tejos de donde el dicho Pedro Arias de Dávila estaba, que para ser proveídos de las cosas necesarias recibían mucho trabajo y costa, y aun no podían ser proveídos y siempre estaban con mucha necesidad de las cosas y provisiones de España; y que por aquellos puertos que yo tenía poblados en nombre de vuestra majestad lo podían hacer más fácilmente; y que el dicho bachiller les había escrito que él dejaba toda aquella tierra poblada por los dichos jueces; e iba a volver luego con mucha gente y bastimentos. Le escribí que yo dejaría mandado en aquellos puertos que se les diesen todas las cosas que hubiesen menester porque allí enviasen, y que se tuviese con ellos toda contratación y buena amistad, pues los unos y los otros éramos y somos vasallos de vuestra majestad y estábamos en su real servicio, y que esto se había de entender, estando ellos en obediencia de su gobernador, como eran obligados, y no de otra manera; y porque me dijeron que de la cosa que al presente más necesidad tenían eran de herraje para los caballos y de herramientas para bus-*

car minas, les di dos acémilas mías cargadas de herraje y herramientas, y se las envié.

Por segunda vez, y utilizando como correo a un hombre de Gabriel Rojas *tomé otra vez a escribir al dicho Francisco Hernández, ofreciéndole todo lo que allí tuviese, de que él y su gente tuviesen necesidad, porque de ello crei vuestra majestad era muy servido, y encargándole todavía la obediencia de su gobernador. No sé lo que después acá ha sucedido, aunque supe per alguacil que yo envié y los que con él fueron, que estando todos juntos le había llegado una carta al dicho Gabriel de Rojas de Francisco Hernández, su capitán, en el que le rogaba que a mucha prisa se fuese a juntar con él, porque con la gente que con él había quedado había muchas discordia, y se le habían alzado dos capitanes, el uno que se decía Soto, y el otro Andrés Garabito; los cuales diz que se le habían alzado porque supieron la mudanza que él quería hacer contra su gobernador.*

Ningún doble juego ni torcidas intenciones se adivinan en esta interpretación de los hechos dada por un hombre que estaba al corriente de todo y en el centro del problema.

Hernando de Soto actuaba como el más leal de los hombres de Pedrarias, y era verdad que esa lealtad lo empujó a enfrentarse abiertamente a Francisco Hernández cuando éste, desatendiendo las razones de Cortés, quiso levantarse en la ciudad de Granada, amparado en su experiencia, en su prestigio y en el respeto que sentían por él muchos de los suyos.

Esa oposición le costó al impulsivo Hernando la pérdida inmediata de su libertad. La fortaleza de Granada se convirtió para él en prisión que podía haber sido su cadalso si su fiel amigo Compañón y Andrés Garabito no hubieran llegado desde León, con un reducido grupo de hombres, que secun-

daban su misma postura y que consiguieron burlar la guardia una noche para liberar al prisionero.

Su experiencia de las largas y duras marchas por las tierras de Natá, el conocimiento de las rutas más insospechadas adquirido en las largas cabalgadas por aquella región, su agilidad y su habilidad como jinetes, la fortaleza de los caballos, alentaba a aquellos pocos hombres en una empresa que ponía a prueba su audacia y su temple. Era preciso llegar hasta Panamá para dar a Pedrarias noticia de aquella situación. Y no disponían de un navío que los condujera en una travesía rápida y segura.

Se aventuraron en una marcha por tierra, sin dar tregua a los caballos, temerosos de ser perseguidos y alcanzados por los hombres de Francisco Hernández. Pronto tuvieron que abandonar los caballos, desherrados y agotados, pero ellos continuaban infatigables su viaje, en aquella geografía que a veces parecía intransitable. A trechos los cauces de los ríos de aguas turbulentas y agitadas ofrecían, apenas, un camino para aquellos jinetes transformados en avezados remeros que utilizaban ya con la misma seguridad que los indígenas las ligeras canoas que pudieron conseguir, a duras penas.

Pero al fin lograron su empeño, y en el límite de sus fuerzas, llegaron a Panamá, en los primeros días del mes de enero de 1526.

La reacción de Pedrarias, al igual que la de Cortés, fue dirigirse él personalmente para poner fin a la insurrección de su lugarteniente, y lo hizo de manera inmediata, no tanto, nos dice el cronista Herrera, por esta única razón, como por la desconfianza que le inspiraban las posibles intenciones que Hernán Cortés tuviera de avanzar él mismo hasta Nicaragua. Desconfianza que mantuvo cuando a su llegada tuvo todavía, tiempo de interceptar la correspondencia, que tras la

precipitada marcha de aquel a Tenochtitlan, en abril de 1526, mantenía Francisco Hernández con Pedro de Alvarado, otro de los conquistadores establecidos en los límites de la gobernación de Honduras.

La compañía de Hernando de Soto supuso para el viejo y enfermo Pedrarias una ayuda considerable y un apoyo decidido para el decaído ánimo del gobernador en aquel viaje organizado con toda la premura que exigían las circunstancias. Ni por un momento abandonó el capitán a su antiguo protector, y así lo testificaría en el juicio de residencia a que éste se vio sometido cuando tuvo que regresar —a fines de aquel mismo año de 1526, después de *hacer justicia* a Hernández de Córdoba— para entregar la gobernación de Panamá a su sucesor, recién nombrado para este cargo, Pedro de los Ríos.

Fue aquel un año especialmente duro para Pedrarias. Afectado por un fuerte ataque de gota y sufriendo las consecuencias de unas graves calenturas, inició su marcha hacia Nicaragua, dirigiéndose por tierra hasta Natá, para dar lugar a que los preparativos de la armada que debía llevar hasta Nicoya el grueso de su gente con las piezas de artillería, que consideraba necesarias, pudieran llevarse a cabo de manera conveniente. Soto ayudaba a su gobernador en el reclutamiento en Natá de toda la gente disponible, tanto peones como jinetes. Allí se les uniría su antiguo socio y compañero Hernán Ponce con el que compartirá su destino en sus futuras empresas.

Los preparativos de una expedición provista de los medios necesarios para abortar las intenciones de Hernández, requerían de una planificación cuidadosa, porque la seguridad de Nicaragua era vital para Pedrarias, que adivinaba que aquel territorio sería una posible compensación a la más que previsible pérdida de su gobernación de Panamá. Las gestiones de

sus enemigos en la Corte perseguían una sustitución inmediata proponiendo como nuevo gobernador a don Pedro de los Ríos.

Y la seguridad de Nicaragua corría serio peligro. En Natá se pudo confirmar, *por* noticias llegadas en un navío, que consiguió burlar la vigilancia de los leales a Hernández, que éste organizaba una fuerte resistencia. Y Pedrarias decidió adelantarse por mar al grueso de sus gentes.

Hernando de Soto fue uno de los acompañantes. El viaje de regreso a Nicaragua en una cómoda travesía marítima le proporcionaría la ocasión de reparar sus fuerzas, maltrechas por su reciente marcha en la que había revivido sus experiencias de hombre de a pie en las «entradas» del licenciado Espinosa. Esa misma marcha que ahora iniciaban tantos de los hombres de Pedrarias, que dejaba casi despoblada la región de Panamá, y que no tenían cabida en el navío del Gobernador.

Ambos grupos de la lucida expedición habían de reunirse en las costas de Nicoya, desde donde Pedrarias inmediatamente después de la llegada envió una pequeña avanzada hasta la ciudad de Granada. Algunos de sus vecinos, al conocer la presencia del Gobernador en su territorio, le habían hecho saber que Hernández mantenía su actitud sediciosa, alentado, al parecer, por la esperanza de contar, a pesar de todo, con la ayuda y el respaldo de Hernán Cortés, aunque éste, en estos mismos momentos, el mes de abril de 1526, se embarcaba en Honduras para emprender su precipitado regreso a Tenochtitlan. No obstante quedaba en la zona uno de sus más prestigiosos capitanes, Pedro de Alvarado, que abandonando momentáneamente sus campañas en lo que será la futura gobernación de Guatemala, había acudido a la tierra de Honduras, al llamado de Cortés, para que reanudara su

acción contra el traidor Cristóbal de Olid. Francisco Hernández buscó en Alvarado la ayuda que Cortés no le había brindado, y a la espera de su respuesta se hacía fuerte en la ciudad de Granada.

A Pedrarias le urgía tomar medidas inmediatas que impidieran el posible refuerzo del rebelde, pero una ofensiva eficaz sólo podía llevarla a cabo con el ejército que venía por tierra, y al que tenía que esperar en Nicoya. Se dicidió por enviar un pequeño grupo dirigido por uno de sus leales, Martín de Estete, que consiguió apresar por sorpresa a Francisco Hernández, mientras en Nicoya se procedía a la fabricación de lanzas y picas para proveer a la gente de a pie, que caminaba con rapidez, libre de la rémora de un bagaje pesado.

Hernando de Soto organizaba febrilmente, junto a Pedrarias, todo lo que aquel ejército iba a necesitar para en la tierra *tomar e sosegar al dicho Francisco Hernández, e para si se resistían, le pudiesen prender e tomar sin muerte de cristianos.*

La espera fue corta, y la marcha de Pedrarias a Granada, rápida y sin contratiempos. Martín Estete mantenía a Hernández preso en la fortaleza y el viejo gobernador actuó con la astucia que le caracterizaba, haciendo uso de los formalismos legales antes de proceder al castigo del rebelde, para dejar constancia de que se hacía justicia y no venganza. Se inició un juicio de residencia en espera de que se recabaran testimonios de la indudable traición de Hernández; y la evidencia de sus intenciones de alzarse quedó puesta de relieve al llegar una carta de Pedro de Alvarado, dirigida al prisionero, que Pedrarias consideró como una justificación más que suficiente para organizar una expedición de castigo contra el capitán de Hernán Cortés.

En esa carta, Alvarado comunicaba a Hernández que estaba a treinta leguas de la ciudad de León, con su gente, dispuesto a apoyar las pretensiones de Hernández de alzarse por Gobernador de Nicaragua. Las previsiones de Pedrarias al hacerse acompañar de un ejército bien pertrechado estaban justificadas, y tuvieron como resultado el ver la tierra libre de cualquier grupo que pusiera dificultades a su autoridad. Porque Alvarado, al tener noticias de que quien se dirigía a León, conduciendo preso a su presunto aliado, era el mismo Pedrarias en persona, emprendió su retirada de las tierras de Nicaragua dirigiéndose por tierra a México, a donde llegó en agosto de aquel mismo años.

Pedrarias tenía el campo libre, y razones de peso para juzgar y condenar a su lugarteniente por traidor. Pero no dejó caer el rigor de su temperamento iracundo sobre los que habían mostrado simpatías por Hernández. Aquella tierra tenía necesidad de pobladores y de gente ya conocedora de sus habitantes y de pus recursos. El gobernador podía mostrarse clemente.

Desde la ciudad de León empezó a afirmar su jurisdicción en la tierra de Nicaragua con nuevas fundaciones, una de ellas, en la costa de la mar del Norte, y con la explotación de minas de oro que se descubrieron, no lejos de la que ya se convertía en capital de aquella región: León de Nicaragua. En este asentamiento al que bautizó con el nombre de Buena Esperanza empezaron a extraerse cantidades apreciables de oro que auguraban una mayor riqueza para aquellas tierras nuevas. El gobernador dictaba ordenanzas y proveía de autoridades a las antiguas y a las nuevas villas y ciudades, reservando a Hernando de Soto, libre de obligaciones de gobierno, para que lo acompañara en su inminente regreso a Panamá, porque desde la costa del mar del Norte le llegaron noticias

de que su sucesor en esta gobernación, D. Pedro de los Ríos, ya estaba en aquella ciudad.

Pedrarias debía rendir cuentas ante el juez de residencia, nombrado al efecto, de su gestión como gobernador de Castilla del Oro, y abandonó Nicaragua, en donde dejó como su lugarteniente a Martín de Estete. A principios de 1527 estaba en Panamá, acompañado de un pequeño grupo de los de Nicaragua. Hernando de Soto figuraba entre estos, porque su testimonio en el juicio de residencia era de vital importancia para justificar todas las actuaciones que el primer gobernador de Castilla del Oro, y fundador de Panamá, había seguido desde aquel ya lejano año de 1514.

Pero el paréntesis de la estancia en Panamá fue corto para el joven capitán. Después de prestar sus declaraciones en favor de Pedrarias, como testigo de todos los sucesos de la conquista de Nicaragua, partió de nuevo para aquellas tierras. Su presencia en ellas, desde el mes de abril de 1527, consta en numerosos documentos, contradiciendo la afirmación del cronista Antonio de Herrera que lo hace aparecer por estas fechas en Castilla, actuando nada menos que como embajador del Emperador ante la Corte de Lisboa para negociar la libertad de tres miembros de la expedición de Magallanes-Elcano, capturados por los portugueses en las remotas islas de La Especiería.

No fue en Lisboa, sino en Nicaragua donde Soto actúa en este momento, de manera decisiva, en la consolidación de una nueva Gobernación en la región centroamericana, que el inquieto y ambiciosos Pedrarias pretendía conseguir para sí.

El litigio por la jurisdicción de las demarcaciones en aquellas tierras entraba en una fase de conflictos abiertos. La Corona enviaba como gobernador de Honduras a un nuevo hombre, el capitán Diego López de Salcedo, intentando con

esta medida poner fin a los problemas surgidos entre tantos conquistadores. Sin embargo, no se consiguió sino despertar nuevas ambiciones de uno y otros y provocar un levantamiento general de las poblaciones indígenas que amenazaron la seguridad de los nuevos pueblos de españoles.

López de Salcedo pretendía llevar los límites de su jurisdicción a las ciudades fundadas por Francisco Hernández, y se hizo reconocer como su gobernador por las autoridades dejadas en ellas por Pedrarias. Hernando de Soto, aun manteniendo su compromiso de lealtad a su viejo protector, al que informó discretamente de la nueva situación, secundó esa postura, reconociendo, también, la autoridad de Salcedo, que, inmediatamente, y aprovechando sus indudables cualidades, lo envió en misiones de pacificación hacia los límites septentrionales de Honduras.

Como antiguo vecino y fundador de la ciudad de León, Soto vería confirmados por Salcedo sus originales concesiones de solares y repartimientos de indios, que sentaron las bases para la obtención de una sólida fortuna que se acumulaba con los beneficios de sus expediciones punitivas a tierras de frontera. Los «rescates» y la captura de esclavos entre los indígenas hostiles empezaban a hacer de Hernando de Soto un hombre rico, además de un experto soldado. Y esta situación se afianzó cuando en el mes de marzo de 1528 llegó Pedrarias Dávila provisto de las Reales Cédulas que lo nombraban gobernador de Nicaragua, estableciendo la jurisdicción de la de López de Salcedo, en la de Honduras, lejos de las ciudades de León y Granada.

La sustitución de autoridades no estuvo exenta de juicios, reclamaciones y conspiraciones, que tuvieron, entre otras cosas, el efecto inmediato de provocar nuevos alzamientos in-

dígenas, apenas sofocados por la acción de los capitanes de Salcedo.

Era una situación que indirectamente beneficiaba los intereses del nuevo gobernador, que desde la ciudad de León, donde estableció su pequeña corte, dispuso entradas de castigo contra los rebeldes, que lo proveían de botines sustanciosos en oro y esclavos que enviaba a la ciudad de Panamá, donde escaseaba la mano de obra.

Su actividad incansable se orientó, también, a la exploración de territorios en busca de nuevas minas de oro, continuando de esta forma la política que hubiera iniciado tras el juicio y la muerte de Francisco Hernández. El prometedor indicio de las de Buena Esperanza se había esfumado al ser despobladas como consecuencia del levantamiento indígena.

Fue Hernando de Soto el comisionado para esta gestión, y el establecimiento de un nuevo poblado minero, también cercano a León, fue abandonado muy pronto porque los yacimiento resultaron ser pobres. Tuvo mejor fortuna en una misión similar el honrado Gabriel de Rojas que a costa de su propia seguridad mantuvo durante años la explotación de las más lejanas de Gracias a Dios y Espíritu Santo.

Tampoco se desatendió la búsqueda del paso entre los mares del Norte y del Sur. El curso del Desaguadero del gran lago fue explorado, aunque con resultados infructuosos, que por otra parte permitieron un mejor conocimiento de la tierra, a pesar del enfrentamiento continuo de los indígenas en toda la Gobernación. El sueño del paraíso de paz de Nicaragua se desvanecía. Sus pacíficos y laboriosos habitantes ya no aportaban los recursos necesarios el sostenimiento de las ciudades de españoles. Y para agravar la situación, las epidemias empezaban a causar entre ellos estragos más dramáticos que los de la guerra que mantenían sin tregua.

Y Soto alternaba su participación en las campañas con las estancias en León, donde Pedrarias continuaba su acción de gobierno, pero más atento a los asuntos de sus propias competencias, enfrentado en pleitos con los funcionarios Reales y haciendo numerosas y sustanciosas transacciones con esclavos y mercancías que tenían una fácil salida hacia Panamá.

Desde aquí llegaban noticias de los preparativos de una nueva empresa que suponía la continuación de aquellos proyectos de exploración hacia la ruta de Levante de la mar del Sur. Francisco Pizarro había conseguido en un largo y penoso viaje encontrar indicios de buena tierra en las costas de lo que ya se conocía como la tierra del Perú. Y su conquista iba a requerir de grandes esfuerzos económicos. Los recursos de Panamá no parecían suficientes, y los agentes de Almagro que se encargaban de la organización de la empresa acudieron a buscar esos recursos entre los pobladores de Nicaragua.

El insaciable Pedrarias pretendió adelantarse, con sus propios medios, a la salida de Almagro y Pizarro, pero su prestigio y autoridad estaban en entredicho, sometido a pleitos por cuestiones del gobierno municipal de León.

En esta ocasión, Hernando de Soto no estaba ya dispuesto a secundar las iniciativas de su antiguo protector. Podía, por fin, ser el árbitro de su propio destino, participar en aquella empresa con lo categoría que su rango y su experiencia de capitán le otorgaban. Y participar como socio de la Compañía aportando su persona y su fortuna, que ahora era mucho más cuantiosa que aquel caballo y aquel esclavo negro con los que contribuyó a la conquista de Nicaragua.

EL PERÚ COMO META

El de 1530 fue un año decisivo en la vida de muchos antiguos pobladores de las gobernaciones de Panamá y Nicaragua.

El sueño de la conquista del Perú despertaba en ellos, de nuevo, sus impulsos juveniles de hazañas y proezas en tierras desconocidas y prometedoras, no satisfechos del todo en los límites del istmo centroamericano.

El respeto que les inspiraba Francisco Pizarro como antiguo capitán, junto al que habían peleado muchos de ellos, los animaba a participar en aquella empresa que al fin había conseguido prestigiar el tesón inquebrantable del viejo soldado.

Hernando de Soto, como otros muchos, vio abrirse, ante él, un horizonte más amplio que el de la vida de una pequeña ciudad, ahogada en pleitos y rencillas. Aunque en esta ciudad, León de Nicaragua, él fuera considerado en estos momentos como uno de los vecinos más ricos e influyentes, junto con su compañero Hernán Ponce de León.

Está demasiado absorto en sus negocios de fletes con Panamá para interesarse por intervenir personalmente en la

defensa de la tierra. Cuando Gabriel de Rojas pide auxilio desde las lejanas minas de Gracias a Dios, asediadas por tropas indígenas, Hernando de Soto se limita, a requerimiento de Pedrarias, que tampoco presta mucha atención a este problema, a enviar a un hombre a su costa.

Porque desde hace meses, el puerto de la Posesión, cercano a la ciudad de León, es un hervidero de gentes que pretenden escapar de la tierra, acosados por la miseria y las deudas, para enrolarse en la armada que Almagro está preparando en Panamá, a la espera del regreso de Francisco Pizarro que ha viajado a la Corte con el fin de obtener la capitulación que autorice y respalde la conquista del Perú.

La compañía de Hernando de Soto y Hernán Ponce de León ve entorpecido su proyecto de construir navíos con destino a esa armada, por causa de la insaciable avaricia de Pedrarias Dávila, que acapara y reclama toda la energía disponible de los carpinteros de ribera del puerto de la Posesión para construir sus propios navíos. El anciano justifica esta actitud en la necesidad que tiene, para mantenerse en la gobernación de Nicaragua, de intensificar el comercio con Panamá; pero lo cierto es que los problemas de esa gobernación le preocuparon poco en los últimos años de su vida. Los pobladores españoles se veían desamparados y empobrecidos, y los indígenas, con el pretexto de que hostigaban las minas y las ciudades, eran capturados como esclavos para ser vendidos en Panamá, proporcionando unas ganancias más rápidas que los fletes de cualquier otra mercancía.

Y en verdad, Soto y Hernán Ponce tampoco desdeñaron este negocio como medio para obtener una riqueza que pensaban invertir en la empresa perulera. A pesar de los obstáculos puestos por Pedrarias consiguieron construir el mejor navío que surcaba por esas fechas las costas de la mar del

Sur, y que fue prenda lo suficientemente apreciada como para que los agentes de Almagro y Pizarro ofrecieran a Hernando de Soto —el capitán curtido en las campañas del istmo, el jinete experimentado en la organización de marchas arriesgadas— la tenencia general de la hueste conquistadora que se aprestaba en Panamá para aventurarse por las costas meridionales en busca de un imperio desconocido.

Para Hernando de Soto, como para muchos de sus antiguos compañeros, el horizonte de Nicaragua se le queda pequeño. Presiente que aquel mundo, nuevo para ellos, aquel mundo que están descubriendo al conocimiento de la vieja Europa, ofrece espacio abierto más allá de los escenarios del triunfo de Cortés; que la Nueva España no termina en el río de Pánuco. Que la mar del Sur se abre de manera insospechada más allá de las tierras que Pizarro alcanzó a vislumbrar, con los trece de la Fama, desde las costas de Chincha. Y se siente fascinado por la idea de ocupar el segundo puesto en la organización militar de aquella empresa. No le importa romper con su vida establecida de vecino respetado, con una casa de las mejor construidas en León de Nicaragua, con el reposo del entorno doméstico que le brinda la convivencia de dos hijos habidos en sus amoríos con mujeres indígenas. Una niña, María, será reconocida como tal, y recordada por el padre en su testamento, años después, como doña María de Soto. Otro pequeño mestizo, Andrés, será también mencionado, aunque con la sombra de la duda sobre su paternidad.

La convivencia con la madre de María, o las aventuras ocasionales con cualquiera de las hermosas mujeres de la tierra de los volcanes, parecen haber terminado para el vecino influyente, que busca la compañía de una española, Juana Hernández, con la que no obstante, no llegó a casarse y de la

que no tuvo descendencia. Pero esa pequeña familia no retiene al inquieto capitán.

La oferta de Francisco Pizarro era demasiado tentadora, y su dependencia de Pedrarias, ya inexistente, después de abiertas discrepancias ventiladas en un sonado proceso que enfrentó al viejo gobernador con el nuevo Alcalde Mayor, nombrado por la Corona, el licenciado Castañeda, a cuya causa se adhirió Soto sin reservas, no representa para él ningún compromiso.

Su decisión de seguir a Pizarro está tomada. Liquidará todos sus bienes en Nicaragua para armar un grupo que se unirá como refuerzo importante a la primera avanzada de la expedición que sale desde la isla de las Perlas en los primeros días de febrero de 1531.

Apenas un mes más tarde moría en León de Nicaragua su antiguo protector y maestro en el arte de gobernar hombres y haciendas.

El jefe que se hizo en las aventuras de otros, empezará a arrastrar a otros muchos en las suyas. Son cien hombres los que le siguen en su empresa, los preparativos de la expedición requieren tiempo y cautela. Y aunque se reciben noticias de Pizarro, en un navío que éste envía desde Coaque a Nicaragua, y que regresa pronto con algunos hombres reclutados por Sebastián de Belalcázar, veterano de la Tierra Firme y de la conquista de Nicaragua, Soto no se apresura en su empresa. Pizarro necesitará más gente y bien pertrechada, más adelante.

A fines de 1531 ya tiene dispuestos dos navíos para llevar a sus cien hombres y cincuentas caballos, con bastimentos suficientes para remediar la situación, posiblemente difícil, de Pizarro y su hueste. Pero Soto no parece querer renunciar al calor de la compañía femenina o a las delicias de la vida

galante. Juana Hernández lo acompañará, siendo la primera mujer blanca que llegó a pisar las tierras del Perú, y de cuyo destino posterior se desentendió al audaz y gentil extremeño.

En diciembre del año 1531 arribaba finalmente Hernando de Soto a la isla de la Puná, última escala costeña de la expedición de Pizarro, que a la espera de nuevos refuerzos no había decidido aún adentrarse en las tierras continentales andinas.

Sus largas estancias en puntos de la costa le habían permitido conocer la verdadera existencia de aquel reino rico y bien organizado del que viera muestras evidentes en su exploración de 1528. Y pudo percibir, además, que la situación del país estaba alterada por guerras y conflictos que enfrentaban a sus habitantes entre sí. Y que este reino no se extendía sólo hacia el sur, hacia la lejana Chincha. Sus fronteras llegaban por el norte hasta las tierras no muy lejanas a la Puná, que se extendían más allá de las montañas que apenas alcanzaban a divisarse tras el horizonte de la ciudad de Túmbez.

Los puneños mantenían una abierta enemistad con sus vecinos de la ciudad de Túmbez, y Pizarro trató de intervenir en sus diferencias buscando entre los tumbecinos un apoyo que necesitaba frente al ataque que fraguaban los isleños contra su gente, maltrecha por el largo cabotaje a lo largo de las costas ecuatorianas.

La situación de casi impotencia era angustiosa para el gobernador, *que estando en la dicha isla con mucha xente enferma de las verrugas ya dichas, aguardando gente para poder salir de allí, porque por tener tanta gente mala no había salido, llegó Hernando de Soto de Nicaragua con la gente que tengo dicha, en dos navíos de lo cual el Marqués y los que con él estaban rescibieron mucha alegría, aunque ellos no ninguna por*

haber venido, porque como habian dexado el paraíso de Mahoma (que era Nicaragua), y bailaron la isla alzada y falta de comidas, y la mayor parte de la gente enferma, y no oro ni plata como atras habían hallado algunos, todos se holgaran devolver de donde habian venido, si el capitán de vergüenza no lo dexara y los soldados por no poder.

La llegada de Hernando de Soto con sus refuerzos, en ese momento crítico, fue una ayuda considerable, y con ella pudieron hacer frente los españoles a una emboscada que terminó mal para el señor de la isla, capturado con tres de sus hijos por los de Pizarro. Durante casi un mes los indígenas se vieron hostigados por los españoles que estaban ya ansiosos por abandonar aquel lugar para adentrarse en el continente; y la travesía entre la isla y las costas de Túmbez ofrecía serias dificultades si el pesado bagaje con los caballos se veía atacado por los hábiles balseros con cuya ayuda era preciso contar.

Soto llegaba cuando se iniciaba una ofensiva en la que su puesto como lugarteniente de Pizarro habría debido ser preeminente. Pero en el acto sufrió la primera de sus decepciones en aquella empresa en la que él pretendía hacer valer el prestigio y la autoridad del primer jefe militar.

El gobernador Francisco Pizarro había otorgado ese puesto a su hermano Hernando, aunque sin duda la experiencia de Soto era muy superior en ardides de guerra.

Posiblemente, rumiaba su desencanto, pero las circunstancias no le permitían, o su prudencia no le aconsejaba presentar reproches o reclamaciones inútiles. El recuerdo de las rencillas que vivió en los duros años de la fundación de Nicaragua le prestaron el temple suficiente para colaborar como un capitán más, que se ganaba el respeto de los suyos, en la pacificación de un territorio donde la lejanía y el aislamiento

les hacía más vulnerables. Todos los esfuerzos debían aunarse para salir de aquel casi cerco al que se veían sometidos y avanzar en la consecución de la empresa que ya empezaba a desanimar a muchos, tentando con proyectos de deserción a algunos, entre ellos, nada menos que el tesorero Riquelme, uno de los funcionarios reales delegado por la Corona para supervisar las ganancias que la empresa pudiera proporcionar.

La represión de los puneños fue dura. Pizarro no podía permitirse debilidades que envalentonaran a sus posibles adversarios en futuras etapas, pero no quería dejar tras de sí la huella de la destrucción que provocara represalias contra los grupos que siguieran llegando desde Panamá, y *por ser la isla tan poblada y abundosa y rica, porque no se acabara de destruir, acordó el gobernador de poner en libertad de cacique, porque recogiese la gente que andaba derramada, y la isla se tomase a poblar.*

Había llegado el momento de abandonarla y se proyectó la travesía hasta la tierra firme, valiéndose de los tres navíos de que disponían, y pidiendo ayuda a sus aliados de Túmbez que enviaron varias balsas para transportar el bagaje más voluminoso y buena parte de los hombres. Pero la amistad de los balseros fue fingida; intentaron hacer zozobrar sus embarcaciones y aun consiguieron escapar con parte de los enseres de los desprevenidos españoles, llevándose, además, a tres de ellos que murieron a sus manos.

El equipo de Hernando de Soto y de algunos de sus hombres de Nicaragua desapareció, aumentando en todos ellos el sentimiento de fracaso de sus expectativas de ser los mejores de la hueste. Soto hubo de hacer frente por primera vez a las quejas de aquellos a los que él había arrastrado en su aventura, pero no se dejó vencer por el desánimo. También, en

Túmbez, sus primeras actuaciones tuvieron el carácter de intervenciones militares, de acuerdo con su rango.

El señor de la ciudad había huido. La amenaza de un nuevo cerco se cernía sobre los españoles, y fue preciso organizar una enérgica ofensiva persiguiendo a los atacantes que se protegían en la orilla opuesta de un río turbulento. Fue Hernando de Soto quien recibió del gobernador la comisión de reprimir aquel ataque y de intentar rescatar a los tres cristianos capturados en la balsa de los traicioneros aliados. Eran sus hombres y era su equipo el que había sufrido las consecuencias de aquella acción, y los de Nicaragua estaban ansiosos para vengarla. Su experiencia en el manejo de las canoas se puso a prueba en aquel paso del río.

Dirigió una operación con sesenta jinetes y ochenta peones. La persecución de los rebeldes, que se replegaban hacia la sierra cercana fue tenaz, hasta reducirlos en una zona de la que no pudieron escapar. Todo un día duró la batalla que terminó, al fin, con la rendición del fugitivo señor tumbecino y buena parte de sus principales. La persecución —durante quince largos días— de los que consiguieron escapar por los vericuetos intrincados de la sierra, puso por un momento, a Hernando de Soto, en la tentación de continuar hacia el norte, allá por donde decían sus guías que se encontraban las tierras de Quito, una ciudad floreciente de donde había salido, hacía ya muchos meses, uno de los dos señores que se disputaban el poder del inmenso reino en el que acababan de entrar los españoles.

En los campamentos de la Puná habían tenido todos ocasión de informarse de unos hechos que parecían conformarse con la realidad. Las disensiones de puneños y tumbecinos obedecían a esa situación de guerra generalizada que parecía sacudir a todo el país. Y los de Nicaragua estaban ansiosos

por llevar a cabo las conquistas con las que soñaran en la lejana ciudad de León. Pero Soto supo resistir a esta tentación de un protagonismo que al parecer Hernando Pizarro le había hurtado, valiéndose de su influencia sobre el gobernador. Él no quería repetir la historia de su antiguo capitán, Francisco Hernández de Córdoba. Le debía lealtad a su nuevo jefe, con el que había empeñado su palabra, y por otra parte, muchos de los que llevaba con él, eran hombres de Pizarro, que posiblemente no secundarían aquella tentación desertora.

Pero en los corrillos del real los comentarios sobre ese posible proyecto, desechado apenas surgiera en la mente de algunos impacientes, llegaría a conocimiento del gobernador, que, en adelante, haría acompañar siempre a Soto, en todas sus empresas, por alguno de sus hermanos, Juan o Gonzalo.

Pedro Pizarro denuncia abiertamente esa intentona de Soto: *Mandó el Marqués al capitán Soto que, con sesenta de a cavallo, fuese en busca de Chile Masa (que asi se llamava el señor de Túmbez) y asi lo hizo, y andando en su busca el capitán Soto, con la gente que llevava, trató un medio motín contra el governador, disimulado fingiendo de ir a cierta provincia hacia Quito, y porque algunos no vinieron en ello, y Juan de la Torre y otros se le huyeron y vinieron a dar aviso al Marqués Pizarro se solapó fingiendo otras cosas. El Marqués lo disimuló, y de alli adelante quando Soto salía a alguna parte, enviaba con él a sus dos hermanos Juan Pizarro y Gonzalo Pizarro.*

El regreso de Soto a Túmbez, con su cautivo, fue el primer éxito importante y personal que el entrépito y joven compañero de las antiguas empresas de Pizarro, se apuntó en aquella otra, nueva y difícil de la conquista de un imperio que extendía los límites de los nuevos reinos de las Indias con los

que la Corona de España ensanchaba sus dominios, dejando atrás la antigua frontera del Atlántico.

Y al igual que en la isla de la Puna, Pizarro dedicó algún tiempo a dejar asentada la paz con los rebeldes tumbecinos, ya sometidos, comprometiendo a su cacique Chilimasa en una cooperación que necesitaba para proseguir las etapas de su viaje. Aquellos noticias recibidas en la isla y conocidas, también, por Hernando de Soto en su avanzada hacia los serranías del interior de Túmbez, de la existencia de un poderoso país en guerra, se veían ahora confirmadas con mayor exactitud.

Era preciso organizar con prudencia la continuación de aquella marcha que se inició el día 1 de mayo de 1531. En Túmbez quedaron los enfermos y los oficiales reales encargados de custodiar el botín de oro conseguido hasta ese momento, obtenido mediante saqueos en los encuentros con los indígenas pero también ofrecido, en parte, como presente de paz por Chilimasa, o a cambio de la entrega de pequeñas baratijas que los tumbecinos se afanaban por obtener de aquellos extraños visitantes.

La salida de Túmbez fue más sencilla que la entrada en aquella ciudad, abandonada y devastada por la guerra. Los españoles quedaron admirados por las cuidadas calzadas que cruzaban en aquellos valles costeños y que en pocos días les permitieron llegar hasta nuevas poblaciones. En Poechos asentaron su real y recibieron ayuda de los habitantes comarcanos. El valle, fértil y poblado, ofrecía buenas perspectivas para asentar en él un pueblo de españoles, cuya fundación legitimaría la posesión de la tierra en nombre de la Corona de Castilla.

No en vano la más exigente de las condiciones impuestas en la Capitulación Real que autorizaba la empresa de con-

quista imponía a Pizarro la obligación de fundar y poblar en nombre de Su Majestad. Un reconocimiento de la comarca puso de relieve la oportunidad del lugar, cercano a la costa, con puerto de fácil acceso. Pero también advirtieron que no todos sus habitantes aceptarían sin resistencia la presencia de los cristianos.

Un día llegó una embajada desde el interior lejano de aquel reino. Su señor daba la bienvenida a los visitantes y les pedía su ayuda para enfrentarse a los ataques de un hermano suyo, que desde el norte avanzaba hostigando a sus súbditos para desposeerlo de su autoridad. Los habitantes del valle de Tangarara, donde estaba asentado Poechos, le eran leales a él, y podían contar con su amistad. Pero a poco llegaron emisarios del opositor de aquel poderoso soberano, cuyo nombre ignoraban, y que era el Inca Huáscar.

Atahualpa, su contendiente, también tenía noticias de la presencia de los extraños en aquella tierra. Sus enviados no se dirigieron a los españoles, sino a los caciques de la región, amenazándolos con la guerra si secundaban a los forasteros, y la pacífica actitud de los pequeños jefes locales se trocó en belicosa oposición a los hombres de Pizarro. El temor a las duras represalias de que Atahualpa había hecho objeto a todos los pueblos del norte, que se negaron a reconocerlo como nuevo señor de la tierra, los impulsaba a un notable cambio de actitud. Y de nuevo Pizarro se empeñó en someter sus voluntades, y de nuevo fue Hernando de Soto uno de sus más eficaces colaboradores, aunque la sombra de sus sospechas lo inquietaba. Pero en esta ocasión resultaron completamente infundadas. Soto cumplió con rapidez su cometido en los valles altos, mientras Pizarro sometía a su obediencia a las poblaciones de la costa ejecutando crueles castigos entre algunos de sus jefes.

Por fin, se puso en efecto el proyecto de fundación de un pueblo, en las tierras del señor de Tangarara, que se llamó de San Miguel, después que se les unieron todos los que habían quedado en Túmbez, a donde había ido Hernando Pizarro para conducirlos al nuevo emplazamiento. La llegada hasta este puerto de un barco, con la noticia de que Almagro se retrasaba en su salida para unirse a la hueste del gobernador, impulsó a éste a proseguir su marcha sin más dilaciones en busca del señor de la tierra, aunque, todavía, no tenía bien decidido a cuál de los dos contendientes, Huáscar o Atahualpa iba a dirigirse. La fundación solemne del pueblo implicaba el reparto de solares, y el nombramiento de los cargos que regirían el nuevo municipio. Su demarcación era amplia. Sus términos comprendían hasta la ciudad de Túmbez, y se adjudicaron, también, a los nuevos vecinos, los indios que atenderían a su servicio y al de la flamante población.

Aunque Hernando de Soto no fuera uno de los nuevos vecinos, unos cincuenta en total, todos ellos hombres de menguadas fuerzas para emprender las duras etapas que esperaban a la hueste, recibió como distinción especial el señorío de la tierras y los habitantes de Túmbez. Pizarro parecía compensar de este modo el incumplimiento de su promesa de hacerlo su lugarteniente.

Pero las miras de Soto fueron siempre más allá de la obtención de este tipo de privilegios. Nunca volvería a pisar las tierras de su pequeño feudo. También dejaría atrás a su audaz compañera Juana Hernández. Porque ahora empezaba en verdad su camino hacia la meta que se fijara en Nicaragua. Aunque esa meta de su fortuna y sus aventuras quedaría reducida a una de las etapas, brillante y enriquecedora, en mundos nuevos. Todavía lo esperaban, como a todos sus

compañeros, los momentos de mayor riesgo y mayor ventura de esta empresa que él no vería totalmente culminada.

Lentamente, a finales de septiembre de 1532, el grupo dirigido por Francisco Pizarro se alejaba de San Miguel, para adentrarse en el corazón del Tahuantinsuyu, el país fabuloso al que aquellos hombres llamaban el Perú. Y Soto, con sus hombres, sería el que tuviera ocasión de comprobar, el primero, cuál era la verdadera grandeza de aquel auténtico Imperio.

Siguieron en principio la calzada de la costa, hasta Piura, un lugar no muy lejos de San Miguel, a donde más tarde se trasladaría esta población. Pizarro dudaba, todavía, sobre el camino que había de seguir. Las noticias de la guerra entre los dos hermanos lo decidirían por dirigirse al que llevaba la ventaja en ella, Atahualpa, asentado en un valle interior, en las alturas de aquellas serranías que se divisaban hacia el oriente.

La hueste, después de la fundación de San Miguel, había quedado reducida a ciento dos hombres de a pie y sesenta y dos jinetes. En Piura *mandó el gobernador que hiciesen armas los que no las tenían para sus personas y para sus caballos, y reformó los ballesteros, cumpliéndolos a veinte, y puso un capitán que tuviese cargo de ellos.*

La caballería quedaba a las órdenes de Hernando de Soto, el más ágil y diestro de todos los jinetes. A él encomendó Pizarro jornadas más adelante, ya adentrándose en las asperezas de la sierra, una incursión hacia el norte para reconocer si era cierta la existencia de un ejército numeroso en una ciudad llamada Cajas. Toda aquella región serrana había sido conquistada recientemente por el empuje de las tropas de Atahualpa que había dejado en ella sus guarniciones, mientras él avanzaba victorioso hasta un valle más meridional, el

de Guamachuco, aunque su cuartel general lo había dejado establecido unas leguas atrás, en la ciudadela de Cajamarca.

Pizarro decidió dirigirse a este lugar, pero necesitaba un conocimiento cierto de las verdaderas proporciones del ejército al que tendría que enfrentarse y de las características de aquella geografía difícil que representaba por sí misma un obstáculo casi insuperable.

La misión de Soto era difícil y arriesgada. Iba hacia lo desconocido con un grupo de cuarenta hombres a los que debía conducir por senderos casi inaccesibles hasta alcanzar las cumbres de las montañas, más allá de las cuales estaba Cajas.

Hernando de Soto fue el primero en percibir la verdadera grandeza de un imperio que contaba con plazas fortificadas, ciudades planificadas para alojar una población numerosa. Cajas no estaba asolada como Túmbez, sus fortalezas estaban intactas, y ocupadas por gentes armadas al mando de un jefe militar, que no obstante, no se enfrentó a aquel pequeño grupo de hombres, cuya presencia, por su aspecto extrañó, por los monstruosos animales que cabalgaban, los intimidaron, limitándose a observar cómo actuaban.

Los españoles, por su parte, contemplaban atónitos aquella ciudad de piedra. Un enorme edificio, aislado y recogido, a cuyas puertas vieron colgados por los pies los cuerpos de varios hombres, despertó especialmente su curiosidad.

Los intérpretes que los acompañaban explicaron la razón de aquel espectáculo sorprendente. La casa era un recinto inaccesible para todos, en la que vivían retiradas quinientas mujeres que, le dijeron, tenían como misión tejer las ropas para los guerreros de Atahualpa, y a las que ningún varón podía acercarse. Aquellos hombres habían tenido la osadía de violar su retiro y habían sufrido el castigo que penaba semejante delito.

Y la arrogancia de Soto llegó en este momento a rozar los límites de la prudencia que venía marcando la conducta habitual de Francisco Pizarro. El gobernador procuraba no provocar la enemistad de las gentes con la que iba entrando en contacto, aunque no rehusaba defenderse si se creía amenazado por algún ataque.

Pero Soto se confió en la actitud, meramente expectante, de los soldados de Atahualpa, y de su capitán, que se había limitado a ponderar la fuerza de que disponían, y la grandiosidad de una lejana y magnífica ciudad a la que se dirigía su señor, treinta jornadas más al sur de aquel lugar.

Como un desafío ante la descripción de semejante poder, Soto ordenó a sus hombres abrir las puertas de aquel recinto, casi sagrado, y sacar a las aturdidas mujeres a la plaza para destinarlas a su servicio. Es éste un hecho que ensombrece la figura del capitán generoso y gentil. Él mismo lo justificaría más tarde asegurando que le fueron ofrecidas por el general de Atahualpa, cuya actitud pasiva ante los inesperados huéspedes de la ciudad, resultaría incomprensible si no supiéramos que en los ejércitos incaicos la toma de decisiones personales por los jefes intermedios no se daba jamás. La disciplina de la obediencia a las órdenes superiores, o la pasividad si éstas no se daban, era respetada estrictamente. Y aunque todavía los españoles no lo supieran, ésta sería una circunstancia que jugaría más tarde en su favor.

Hernando de Soto observaba el funcionamiento de ese ejército disciplinado, generosamente abastecido por las abundantes vituallas acumuladas en unos ordenados depósitos. Supo que un poco más al sur, continuando un camino perfectamente trazado, y de sólido firme, que salía de Cajas, se encontraba otra ciudad mayor aún, la de Huancabamba, y envió un mensajero a Francisco Pizarro, informándole de la

situación de aquella zona y pidiéndole instrucciones. Estas llegaron con rapidez: debía dirigirse a Huancabamba para confirmar si también en este lugar se encontraban guarniciones de Atahualpa. El capitán de Cajas lo acompañó en su corto viaje, de apenas una jornada, hasta esa ciudad, mayor que la de Cajas, donde encontró un señor principal, enviado por Atahualpa desde Guamachuco, para informarse también él del aspecto y el peligro que los hombres de los extraños caballos podían representar para la seguridad de su tierra.

Fue una entrevista cordial, en la que la arrogancia de Soto hubo de compensar la del enviado de Atahualpa. Ambos disimularon sus mutuos recelos con pretendidas promesas de amistad y alianza. En el discurso del gran señor indígena no dejó Soto de advertir, como una velada amenaza, el énfasis puesto al describir el poderío de Atahualpa, y la grandeza de las dos ciudades que enlazaba aquel magnífico camino por el que llegara a Huancabamba. Al norte, Quito, al sur la capital del Imperio, Cuzco, *que tiene la cerca un día de andadura, y la casa y aposento del cacique tiene cuatro tiros de ballesta, y que hay una sala donde está muerto el Cuzco viejo, que el suelo está chapado de plata y el techo y las paredes de chapas de oro y plata entretejidas.* La descripción de tanta riqueza, de los tesoros que acompañaban el cuerpo muerto de aquel *Cuzco viejo* el gran Huayma Capac, padre de Huáscar y Atahualpa, encendió la fantasía de aquellos soldados, que se sintieron capaces, desde aquel momento, de arrostrar cualquier dificultad que se les presentara en su camino para llegar hasta aquel lugar que parecía superar los más locos sueños de una mente alucinada.

Hernando de Soto consideró que aquella descripción no era fruto de la exageración. Había vivido ya acontecimientos de maravilla, que a fuerza de cotidianos parecía que dejaran

de ser maravillosos en sí mismo y parecían haber agotado la capacidad para la sorpresa.

Recordó su entrada, en los años ya lejanos, de la primera juventud, en la estancia funeraria del viejo cacique de la región de Parise, en Panamá, cuando la luz de las antorchas de los hombres de Espinosa alumbraron un espectáculo que parecía introducirlos en un ambiente irreal. Los cuerpos muertos del cacique y sus principales, envueltos en ricas esteras labradas *como lian fardales en Flandes*, aparecieron a sus ojos cubiertos con los más ricos y sorprendentes adornos de oro. *En cada uno de ellos, en un lio luengo, cubierto la cobertura encima de unas hamacas de paja muy primas e muy bien labradas, de las muy buenas que hay e se hacen en esta tierra e encima, liado con unos cordeles de cabuya como lian fardales en Flandes; e más dentro otro envoltorio e cobertura, de muchas mantas, muy buenas e muy pintadas liadas de la misma manera con cordeles de algodón. E más de dentro otro envoltorio de mantas delgadas de algodón e más primas, liadas de la misma manera con cordeles hechos de cabellos de indios e adentro el cuerpo del difunto muerto, asado el uno de los cuales dijeron que era el cacique viejo que había desbaratado al capital Gonzalo de Badajoz, e a los cristianos que con él fueron e los había tomado el oro; que había fallescido después que de allí nos partimos, el qual estaba todo armando de oro, e en la cabeza una gran bacina de oro a manera de capacete, e al pescuezo cuatro o cinco collares fechas a manera de gorjal e en los brazos armaduras de oro fechos como cañones, todos cubiertos de las dichas armaduras e en los pechos e espaldas muchas piezas e patenas, e otras piezas fechas a manera de piastrones, e un cinto de oro ceñido todo de cascabeles de oro, e en las piernas asi mismo armaduras de oro. Por manera que el dicho cuerpo del dicho cacique estova armando, parecían ameses o correletes*

trenzados. Tenía a la cabecera una mujer muerta e a los pies otra, las cuales tenían asi mismo muchas piezas de oro puestas. En los otros dos envueltos, estaban otros dos caciques que diz que habían sido sucedido después dél, e se habían muerto. Los cuales estaban en la misma manera armados, de oro, aunque no tan rico ni tan apuestamente, con mucha cantidad como el dicho cacique Antatara. Los cuales se desenvolvieron e se sacó el dicho oro de todos ellos el qual avaliamos que podía haber en ellos hasta 10.000 pesos.

Y si aquellas riquezas se acumulaban en honor de un pequeño señor, de un pequeño poblado de chozas pajizas ¿qué no cabría pensar del soberano de un imperio que se extendía en cientos de leguas sembradas de magníficas ciudades y habitado por gentes ricamente ataviadas?

A su regreso al campamento de Pizarro, todos repetían a sus compañeros aquellas noticias que el capitán de la guarnición de Cajas, que Soto llevó como acompañante en su viaje de vuelta, repitió ante el Gobernador. Pero a éste le interesaba más la minuciosa descripción que Hernando le hizo de aquellas ciudades de la sierra que él había visto, del orden y limpieza de los sólidos edificios de piedra de las casas de las mujeres recogidas como monjas de un convento, de la variedad de productos almacenados para el abastecimiento de los ejércitos, del control estricto a que estaban sometidos los habitantes de los pueblos, de los increíbles puentes colgantes que salvaban los abismos de aquella inmensa cordillera para dar continuidad a los caminos amplios y bien trazados que remontaban las pendientes más altas de sus montañas, y que conducían a Cajamarca, donde Atahualpa parecía esperarlos.

La hueste se puso en marcha, avanzando con cautela, siempre temerosos todos de que un ataque sorpresivo los esperara a cada nueva revuelta de aquellos senderos no tan se-

guros como los de la cumbre de las montañas, que hacían más penosa la ascensión de hombres y caballos con la pesada impedimenta de sus armas. Los numerosos indígenas de los valles de la costo, leales a Huáscar, engrosaban aquella comitiva, pero apenas podían aliviar con su ayuda el agotamiento que producía en ellos la continua ascensión hacia un espacio en el que el frío reinante, y la disminución del oxígeno en el aire, dificultaban más la marcha de los caballos que la de los mismos hombres.

En aquellos parajes desolados, con el viento barriendo la tierra seca entre la vegetación rala de matorrales y algunos árboles dispersos, recibieron una embajada de Atahualpa, que ya esperaba en Cajamarca, de vuelta de Guamachuco. Les hacía saber sus últimas victorias sobre Huáscar, y les ofrecía su hospitalidad y su amistad. Cajamarca estaba cerca, tardarían pocas jornadas en llegar a su encuentro.

Pizarro se dispuso a proseguir, lentamente, hasta cubrir aquella distancia, sin apresurarse, hasta comprobar si aquella espera era en realidad una trampa que se le tendiera en el último momento. Al fin, desde una cumbre de la cordillera, divisaron el amplio valle que circundaba la ciudad.

Al atardecer de un viernes *que se contaron quince días de noviembre, año de 1532*, Hernando de Soto cabalgaba junto a Francisco Pizarro para entrar en aquella ciudad, cuyo recuerdo quedaría por siempre en su memoria. Hacía un año que había abandonado la vida placentera de la lejana León de Nicaragua. Aquella noche viviría una de sus más inolvidables experiencias.

DE CAJAMARCA A CUZCO: AMBICIONES Y DECEPCIONES

A la llegada del grupo compacto de jinetes y peones, seguidos por su escolta de indígenas costeños, una fuerte granizada barría las calles y la plaza de la ciudad de Cajamarca, que los visitantes encontraron casi desierta. Pronto se percataron de que Atahualpa estaba en realidad fuera de aquel recinto, y vieron su enorme campamento extendido unas leguas más allá, en el valle. Después de un rápido recorrido para inspeccionar el lugar, en busca de un espacio apropiado para asentarse, Pizarro se apresuró a enviar uno de sus intérpretes como mensajero al campamento, anunciando su llegada, pero en vista de que no recibía respuesta ninguna, decidió que un grupo de sus jinetes se presentara con toda la solemnidad de una embajada formal.

Y también en esta ocasión fue Hernando de Soto la persona que más confianza le inspiraba para desempeñar ese oficio de embajador, porque del éxito de aquel primer encuentro podía depender el desenlace de su empresa. Esa confianza quedaba patente en el hecho de encomendarle el mando del grupo, y de representar al Gobernador, que dispuso que fue-

ran también sus hermanos Juan y Gonzalo. El resto era gente de la confianza de Soto, compañeros de Nicaragua, entre ellos, su fiel Pedro Cataño.

Ni Soto ni Pizarro ignoraban el riesgo que entrañaba la misión, y el gobernador recomendó especialmente a los quince jinetes que habían de acompañar, a su capitán que mantuvieran una actitud pacífica si es que conseguían llegar a la presencia de Atahualpa. El grupo se alejaba ya de la ciudad cuando Pizarro, al observar su marcha desde lo alto de la ciudadela, sintió el temor de la suerte que tan exigua tropa pudiera correr al adentrarse en aquel inmenso campamento donde bullía tan gran número de guerreros *y porque los cristianos que habian ido no se viesen en detrimento si les quisiesen ofender, para que pudiesen más a su salvo salirse de entre ellos y defenderse, envió otro capitán con otro hermano suyo con otros veinte de a caballo.*

Cuando Hernando Pizarro llegó a la entrada del campamento, ya Soto se había adelantado entre sus tiendas, acompañado de sólo algunos de sus hombres. El resto quedaba aguardando para cubrir una posible retirada si encontraban una acogida hostil.

La experiencia de su encuentro con las guarniciones de Cajas y Huancabamba prestaba a Soto y los suyos cierta confianza al dirigir lentamente sus caballos entre las filas de los soldados atónitos y curiosos.

Atahualpa esperaba solemne la llegada de sus visitantes, pero se sintió decepcionado al ver llegar a tan pequeño grupo en el que ni siquiera figuraba el principal de ellos. Oculto tras una cortina que levantaban ante él dos de sus mujeres, no se dignó contestar a las palabras de Soto que su intérprete, a la grupa de su propio caballo, iba trasmitiendo al señor del Tahuantinsuyu. Uno de los principales de éste daba las

respuestas que Atahualpa dictaba, cortantes y secas, sin alzar su cabeza, la mirada fija en sus manos que jugaban distraídas con un anillo que Soto había entregado a aquel principal intermediario, en señal de paz y confianza.

El discurso de Soto parecía que no era atendido ni entendido por su absorto interlocutor. La impaciencia y el desconcierto empezaban a alterar su ánimo templado, cuando oyó a su espalda sonido de cascos de caballo.

Hernando Pizarro llegaba con dos de los suyos en el momento más oportuno. Un rápido diálogo entre los dos jinetes puso al recién llegado al corriente de la situación y éste se dirigió con mayor arrogancia a Atahualpa para hacerle saber que él era hermano del Gobernador y que Soto era un capitán tan importante como él, y digno de dirigir su palabra y su mirada a un gran señor.

El cambio de actitud fue rápido; la cortina transparente cayó de las manos de las mujeres y Atahualpa empezó a hablar sin perder de vista a los caballos y los jinetes.

Su tono acusador e inquisidor fue cambiando al hilo de un diálogo en el que Soto y Pizarro intervenían, distendida su tensión ante la oferta de un vaso de chicha, la bebida de la tierra, que fue servida para los tres hombres; en vasos de oro la de Pizarro y el señor, y de plata para Hernando de Soto, que en el momento de la despedida quiso dejar patente su superior habilidad en el manejo de su caballo, que, había advertido, llamaba en especial la atención de Atahualpa. Cortésmente preguntó si quería contemplar las evoluciones del animal, y complació con cierto ribete de arrogancia la curiosidad del gran señor.

Soto quería llamar la atención sobre su persona, compensando, así, la pequeña humillación sufrida a su llegada. La arrancada repentina del caballo no consiguió inmutar el ros-

tro de Atahualpa, ni tampoco la parada súbita ante su misma persona, cuando el aliento del jadeante animal rozó ligeramente su frente. Las miradas del jinete y del señor se cruzaron en silencio porque en ambos había surgido un mutuo sentimiento de admiración y de respeto, que pronto se transformaría en una profunda simpatía, y aun en un sincero afecto.

La noche transcurrió, no obstante, para los de Cajamarca en una vigilia tensa y sobresaltada. No sabían con certeza qué les esperaba en la jornada del día siguiente, cuando aquel magnífico señor se presentara ante ellos, como lo había prometido, en la plaza de aquella ciudadela cuyos puntos estratégicos ellos trataban de dominar para defenderse ante un posible y más que previsible ataque.

La experiencia que todos tenían de la profunda impresión que causaba en aquella gente el estruendo de la artillería y el aspecto imponente y terrorífico de los caballos, hizo que Francisco Pizarro concediese una especial atención a estos dos medios de ataque. Él era poco hábil como jinete, le faltaba el dominio y la agilidad que el joven Soto demostraba. Su propio hermano, Hernando, era muy inferior, también, en este sentido, y aunque le confió la dirección de uno de los tres grupos en que dividió a la caballería, asignó el primer asalto al grupo comandado por su joven paisano. Sebastian de Belalcázar, hombre también forjado en las campañas de Nicaragua, pero que no pertenecía al grupo de Hernando de Soto, capitaneaba el tercero.

Fueron los más audaces compañeros de éste, con su inseparable Pedro Cataño, los que al anochecer de aquella jornada que les brindó un éxito superior al que ellos esperaban, con la captura rápida del señor de los Andes, los que recorrieron el valle de Cajamarca persiguiendo a los fugitivos

que consiguieron escapar de aquella plaza que se había convertido en su propia trampa.

Y en la mañana del día siguiente a su increíble victoria, también fue Hernando de Soto el que recorrió, una vez más, la calzada que conducía al campamento del que ya era su prisionero.

Las riquezas del ajuar real, los rebaños de llamas que esperaban dispuestos para la proyectada partida de aquel ejército hacia el Cuzco, los servidores y mujeres de Atahualpa, que permanecían en su puestos, indecisos y casi paralizados ante lo imprevisto de la situación, fueron conducidos hasta la plaza de la ciudadela, en una de cuyas estancias permanecía su señor, sometido a la estrecha, pero respetuosa vigilancia de sus afortunados vencedores de la víspera.

Se iniciaba, así, una etapa más larga y cargada de sucesos sorprendentes para indígenas y españoles. Durante ocho meses convivirían en aquel espacio relativamente pequeño, observándose mutuamente, aprendiendo a conocerse, estudiando las posibles salidas que para todos podía tener aquella situación prolongada.

La oferta hecha por Atahualpa de una inmensa cantidad de riquezas que debían ser traídas desde lugares lejanos, en pesadas cargas a hombros de sus servidores, mantenía la espera inquieta de aquello españoles que vivían con el continuo resquemor de ser atacados por un ejército expectante que podía caer sobre la ciudad si Atahualpa daba las órdenes oportunas.

Pero éste parecía confiar en que las riquezas que había prometido, y que poco a poco iban llegando, despertando el interés y la codicia de sus guardianes, le valdrían su libertad. La espera continuaba en largas y monótonas jornadas para Hernando de Soto que vio partir, entre tanto, a Hernando Pi-

zarro, como lugarteniente del gobernador, dirigiendo una expedición camino del lejano santuario de Pachacamac, en la costa, cercana a aquel valle de Chincha, de cuyas riquezas oyeron hablar desde sus primeros días de estancia en las tierras de Tahuantinsuyu.

Soto sentía la decepción de una inmovilidad que no cuadraba con su ánimo inquieto. Pero consumía gran parte de sus horas en la compañía, que se hacía amistosa, más que de mera vigilancia, de las horas, también inmóviles, de su altivo prisionero. Volvió a los hábitos adquiridos en las largas urdes de ociosa vida ciudadana en aquella pequeña Corte que Pecharías hubiera establecido en León de Nicaragua. Allí, el empedernido jugador que fue el viejo gobernador, le había enseñado en interminables partidas los secretos del ajedrez, al que era especialmente aficionado y para las que buscaba continuamente contrincantes dignos de su habilidad. En más de una ocasión las apuestas habían sido partidas de hasta cincuenta o cien esclavos.

Y ahora Soto iniciaba al sagaz e inteligente prisionero que había aprendido las palabras más elementales de los cristianos, en aquel duelo incruento en que ambos se desafiaban para demostrar sus dotes de estrategas.

La vida tranquila de Cajamarca se vio súbitamente alterada a mediados del mes de abril de 1533. En el plazo escaso de unos días llegaron desde el norte don Diego de Almagro con un considerable refuerzo de hombres, y Hernando Pizarro, desde Pachacamac, con su escolta de españoles e indígenas conduciendo al más importante de los generales de Atahualpa, al que había encontrado en la gran ciudad de Jauja, obligándolo a acompañarlo. Las esperadas riquezas del antiguo santuario distaban mucho de completar la oferta que los es-

pañoles, y esto lo percibía Atahualpa, consideraban como un rescate por la libertad del prisionero.

La situación de éste no cambió, y por el contrario vio hacerse más estricta la vigilancia a que lo sometían, también extensiva a su general Chalcochina. La situación prolongada empezaba a alterar los nervios de todos. Pizarro sospechaba que el fiero general había ocultado los tesoros de oro y plata que no llegaban a ver. Y Soto, avezado al trato arrogante con que había visto presionar a los caciques de Panamá y Nicaragua a sus antiguos jefes, decidió someterlo en presencia del propio Atahualpa, que contemplaba impasible aquella escena, al tormento del fuego para arrancarle la confesión de su secreto.

Pero sólo se consiguió obtener, por parte del viejo guerrero, una denuncia contra su señor, al que acusó de haber proyectado en varias ocasiones un ataque a Cajamarca. El lógico resentimiento de Chalcochina contra Soto se mantuvo durante los meses siguientes, pero nunca el capitán extremeño desconfió de las protestas de inocencia de Atahualpa.

Cuando las denuncias se repitieron, por otros cauces, siempre estuvo dispuesto a defenderlo. Su confianza en él, y la lealtad que le inspiraba, el respeto que imprimía en él aquel profundo sentido de la realeza de que hacía gala con una entereza sorprendente, dadas las circunstancias, convirtieron a Hernando de Soto, y con él a sus leales compañeros de Nicaragua, en el más enérgico defensor de la vida de Atahualpa. Y como la veía en peligro por la codicia y ambición de tantos, sobre todo, de los recién llegados con Almagro, que no habían tenido ocasión de dejarse llevar por aquella corriente de respeto y simpatía que inspiraba el prisionero, luchó lo indecible por convencer al gobernador y a los oficiales reales para obtener el permiso de sacarlo de su pri-

sión y conducirlo hasta la costa para llevarlo a presencia de más altas autoridades, en Panamá, o incluso, en España, que juzgaran su supuesta traición a la paz prometida.

Pero todo fue en vano. Pidió entonces, que al menos se le diera la comisión de dirigir un viaje de exploración hacia la región de donde, según el último rumor o denuncia, venía el ejército poderoso que pretendía liberar al rehén y acabar con sus guardianes. No dudó en enfrentarse con sus escasos hombres a aquel peligro, si es que existía. Pero no podía consentir que una denuncia no comprobada hiciera caer sobre su honor de caballeros la felonía de romper con resultados tan dramáticos una palabra tácitamente empeñada por todos ellos.

Fue en el atardecer del último sábado de aquel mes de julio, cuando a su regreso, dos días más tarde, con la noticia tranquilizadora de que toda la sierra estaba tranquila y en paz, supo que a las pocas horas de su salida *se había hecho justicia* del prisionero. Una gran decepción embargó su ánimo y no ocultó al Gobernador ese sentimiento que compartían prácticamente todos cuantos habían participado ocho meses atrás en la captura del hijo de Huayna Capac.

Había sido una hazaña que les había reportado la compensación de inmensas riquezas. Unos días antes se había procedido al reparto de todo el oro y la plata que Atahualpa había ofrecido en los primeros momentos de su prisión, como regalo generoso de un gran señor de los Andrés a aquellos soldados a los que pretendió comprometer de ese modo en un pacto de mutuo respeto por sus vidas.

La ambición por las riquezas que había perseguido desde su juventud aquel pequeño extremeño adiestrado por el hábil Pedrarias en rescates y capturas, se veía ahora ampliamente colmada con un botín como jamás hubiera soñado en aque-

llos tiempos de correrías por el istmo: 80 kilos de oro y 160 de plata, porque su categoría de jefe militar supremo, después del Capitán General, Hernando Pizarro, merecía esa cantidad que doblaba a la del común de los jinetes que habían participado en la empresa.

Pero no era la ambición de riquezas lo único que lo había impulsado a aquella aventura, o debemos pensar que posiblemente ese enriquecimiento espectacular refrenó en él una codicia que algún cronista le achaca cuando menciona sus correrías tras los indios de Túmbez, o el viaje a Cajas. Porque ciertamente en su futura trayectoria no se advierte ese impulso tras unas riquezas que ya había conseguido.

Él no quiso regresar desde Cajamarca a España, como algunos otros. Quería culminarla en algo más que la obtención de aquellos tesoros. El verdadero conocimiento de las tierras del inca, de aquella fabulosa capital, el Cuzco, le atraía desde que oyera hablar de ella en su primer contacto, allá en Cajas, con las primeras señales de la auténtica realidad de ese gran imperio.

Después de la forzada inmovilidad de tanto tiempo, sentía el impulso irreprimible de reiniciar las jornadas de marcha por aquellos caminos que conducían al corazón de una tierra que podía ofrecerle todavía el sueño de nuevas ambiciones de gloria. Su protagonismo, con la ausencia de Hernando Pizarro, que había regresado a Panamá para llevar a España el quinto del botín correspondiente a la Corona, sería, ahora, el del más prestigioso soldado, junto a Diego de Almagro y Francisco Pizarro. Belalcázar salió, también, hacia el norte para prestar defensa a San Miguel de Tangarara.

El día 11 de agosto de 1533, se iniciaba una marcha que, por fin, los conduciría al Cuzco. Tomarían el camino que un año antes habían decidido abandonar, a los pies de la sierra,

en los valles del norte, para dirigirse a Cajamarca al encuentro de Atahualpa.

Y en el Cuzco ya no estaba Huáscar, muerto por orden de su hermano. Era una ciudad ocupada por un numeroso ejército de soldados quiteños, que posiblemente intentarían obstaculizar su marcha por todos los medios. Aunque en el camino contaban con las promesas de paz de los habitantes de los valles de Huaylas y Jauja.

Cerca de esta última ciudad, se dejó sentir la ofensiva de los quiteños del general Quizquiz, y fue Hernando de Soto, acompañando a Diego de Almagro, el que se adelantó a la pequeña vanguardia que dirigían, con apenas algunos escuderos, a inspeccionar la situación. El enemigo los esperaba a la orilla opuesta de un río turbulento, de aguas crecidas por el reciente deshielo, cuyo puente habían destruido los de Quizquiz para impedirles el camino.

Soto pudo conducir hábilmente a sus jinetes arremetiendo furiosamente en un escuadrón que inició la desbandada y al que logró cortar su salida. Almagro y Candía, que lo seguían, pudieron culminar aquella victoria del primer encuentro bélico en muchos meses de estancia en la sierra. Entre los fugitivos que lograron capturar se encontraban tres mujeres de la familia de Huayna Capac, con las que entraron en Jauja cuando ya llegaba Pizarro con la retaguardia. Una de estas mujeres, Tocto Chimbo Curicuillor, joven viuda de un general de Atahualpa, bautizada con el nombre de Leonor, brindó a Hernando de Soto en su trayectoria peruana el amor y el calor de esa compañía femenina de la que le era difícil prescindir.

Doña Leonor Curicuillor no lo abandonaría a partir de este momento. Salió de Jauja con su capitán en la avanzada que Francisco Pizarro envió para despejar el camino hacia Cuzco.

Sesenta jinetes formaban aquella vanguardia que debía dirigirse, sin prisas, esperando al grueso de la hueste. Una emboscada de los quiteños en la agria subida a la ciudad de Vilcas, a pocas leguas, impulsó a Soto a lanzarse adelante, persiguiendo a los guerreros que huían ante la furia del relincho de los caballos. Apenas se detuvo el tiempo suficiente para enviar un mensajero que pusiera al Gobernador sobre aviso, y pidiéndole que acelerara su marcha.

Los puentes destrozados no fueron un obstáculo en su avance; parecía que los ríos estaban empezando a convertirse para él en un camino habitual. Y aunque al otro lado del profundo Abancay encontró el campo libre de enemigos a quien perseguir, decidió continuar su marcha sin tener en cuenta la orden de Pizarro de que lo esperara sin prisas, dejando en Vilcas a veinte de sus hombres.

La tentación de adelantarse a su jefe, de ser el primero en entrar en el Cuzco, lo venció, si no con ánimo de traicionar a Pizarro, si con la ambición de actuar por una vez por encima de mandatos superiores. Y fue una imprudencia y una temeridad que muchos años más tarde todavía le reprochaba el ya viejo soldado Pedro Pizarro recordando que por su causa *estuvimos todos por perdernos.*

La actuación de Soto debió ser duramente criticada por los más afeaos al Gobernador y vieron en ella *mala intención por entrar en Cuzco el primero... doblando sus xornadas finxiendo con la gente que llevava que se dava priesa para tomar este paso de Vilcaconga antes que los indios se xuntasen con haber hartos meses que estovan juntos alli. Pues yendo Soto de esta manera, Almagro tuvo aviso dello, y picando, fue doblando xornadas, no parando de día ni de noche por alcanzar al Soto. Fue el caso pues que el Soto se dió tanta priesa, que cansó los*

cavallos, y no queriendo descansar al pie la cuesta porque Almagro no le alcanzase.

Soto se apresuraba en su camino, sin aguardar los refuerzos solicitados a Pizarro, que había enviado por delante a D. Diego de Almagro. La barrera, casi infranqueable, del Apurimac, su fuerte corriente que hubieron de salvar sin la ayuda del imponente puente colgante que salvaba el abismo entre los tramos del camino real, a una y otra banda de su cauce, no frenó ese impulso que movía a Soto y a sus jinetes: todos desafiaban los riesgos del terreno y el ahogo de la dura bajada y la casi imposible ascensión al otro lado del río que los iba separando de una ayuda que creían que no necesitaban.

Con suficiencia arrogante Soto había desatendido la advertencia que le hicieran dos capitanes de los indígenas leales y aliados a los españoles. Rechazó la ayuda que le ofrecieron para hacer frente a una emboscada de los de Quizquiz de la que ellos habían tenido noticia. Confiaba en que, como siempre, los caballos serían defensa más que suficiente en cualquier ataque.

Pero a medio camino, en aquella pendiente, tuvo que afrontar uno de los más difíciles momentos de su vida de soldado, y dirigir, como jefe, una defensa desesperada.

No queda lugar para lamentarse por su imprudente exceso de confianza. Tres mil guerreros se abalanzaban de improviso sobre el pequeño grupo que luchaba por conducir a los agotados caballos. Apenas tuvieron tiempo de montar para salvar el último repecho.

El desastre del encuentro dejó sobre aquella subida los cuerpos de cinco españoles, sus cabezas destrozadas por las terribles macanas de piedra de los guerreros de Quizquiz. Cinco de los leales de Soto, que habían secundado el proyecto ambicioso de ser los primeros en pisar las calles de Cuzco.

Otros once sufrían heridas considerables y habían perdido algunos caballos. Sólo la caída de la noche puso fin al ataque y Hernando de Soto pudo medir entonces la magnitud de un desastre que en parte él había provocado. Sus palabras de ánimo sonaban huecas para algunos de aquellos hombres que se habían dejado arrastrar en tan loca aventura. El destino que les aguardaba al amanecer, cuando los quiteños reanudaran su ataque era poco alentador.

La vigilia en espera del alba no daba lugar a un descanso que reparase sus fuerzas. De nuevo, como en las jornadas de la subida a Cajamarca, sólo esperaban el socorro divino. Y éste llegó de manera inesperada y rápida. La vanguardia de Almagro, con sus treinta jinetes, conocedora del ataque por los informes de algunos indígenas amigos, había acelerado su marcha sin detenerse al caer la noche.

Y poco antes del alba llegaba junto al pequeño grupo derrotado. El sonido de una trompeta que anunciaba su llegada, y el eco repetido del ruido de los cascos de caballos, alertó a los sitiadores indígenas que pensaron en un refuerzo mucho mayor del que realmente venía. *Luego apagaron los juegos y caminaron al Cuzco. Y era tanta la oscuridad, que no se vió alzar su real, más del ruido.*

A la llegada de Pizarro, Hernando de Soto hubo de justificar su conducta, y una nueva decepción empañaba la confianza de los antiguos compañeros. La cuesta de Vilcaconga quedaba en el ánimo del joven Hernando como el recuerdo de su segundo gran fracaso, muy lejano ya de aquella emboscada de la gente de Gil González, en Nicaragua.

El Gobernador fue, no obstante, generoso con el inquieto capitán. Mientras él pactaba con un hijo de Huayna Capac, Manco Inca, una alianza que a ambos convenía, envió por delante a los jinetes para asegurar la entrada de todo el resto

de su pequeño ejército en la gran capital donde aún podían quedar reductos de los soldados de Quizquiz que ofrecieran resisitencia. Hernando de Soto, con Juan Pizarro, pudo al fin divisar desde las montañas que circundan el valle, el magnífico espectáculo de aquella gran ciudad que todavía era la capital del Imperio de los Incas, y en la que era uno de los primeros españoles en llegar a pisar sus calles. Poco después lo hacía el Gobernador con toda su hueste. Era el 15 de noviembre de 1533. Había pasado un año desde que hicieran aquella otra entrada en la lejana Cajamarca.

Y como en Cajamarca, aquella primera noche se sintieron sitiados, porque sabían que las tropas de Quizquiz no estaban lejos de la ciudad; se montaron las tiendas en la plaza y se organizaron las guardias. Pero ahora contaban con una gran ventaja. El joven Manco, al que Pizarro había prometido su ayuda para que fuera reconocido como nuevo soberano del Tahuantinsuyu, tenía un ejército leal y numeroso que estaba dispuesto a secundar los intereses de los españoles.

Las fiestas de la proclamación y solemne coronación de Manco hicieron revivir, como un espejismo, a los habitantes de la ciudad sagrada, el esplendor de los viejos tiempos gloriosos del Imperio. Y Francisco Pizarro *hizolo tan presto para que los naturales no se juntaran con los de Quito, sino que tuvieran un señor separado al que habían de reverenciar y obedecer.*

La expulsión de los odiosos ocupantes quiteños fue precisamente la primera empresa en la que Manco y sus nuevos aliados se empeñaron en los días inmediatos.

Pizarro había repartido los antiguos edificios del Cuzco para que en ellos se alojara su gente, y Hernando de Soto vio reconocida su preeminencia cuando el Gobernador le adjudicó el magnífico palacio de Amarucancha, antigua residencia

de Huayna Capac, cuya propiedad habría de compartir con Hernando Pizarro cuando éste regresara de España.

En él instaló el capitán a doña Leonor, que volvía así a ocupar las estancias que le eran familiares, rodeada del respeto de sus servidores. En ellas aguardó el regreso de Soto que fue encargado por Pizarro para acompañar con cincuenta jinetes al flamante inca que dirigía un ejército de cinco mil guerreros. Iban en persecución de Quizquiz y los suyos, y en el imponente cañón del Apurimac tuvo lugar un duro encuentro, que aunque no aniquiló las fuerzas de sus enemigos, tuvo el efecto de hacerlo desistir definitivamente de un ataque a la capital. Iniciaron una huida hacia el norte, que más tarde intentarían cortar las tropas aliadas de Manco y Pizarro.

Esta nueva ofensiva requería una preparación más cuidadosa. Los ochenta españoles que el gobernador había dejado en Jauja, corrían el peligro de sufrir las represalias de los fracasados quiteños que podrían resarcirse en ellos del desbarato de Apurimac.

De nuevo, Soto, pero en esta ocasión con la ayuda de Almagro, encauzaría el ataque de un ejército de veinte mil indígenas, cuya dirección, también, en esta ocasión dirigiría Manco junto a uno de sus hermanos. A fines de enero de 1534, se puso en marcha aquella lucida hueste, cuyo avance dificultaban los ríos, crecido por las lluvias del verano austral, cuyos puentes habían destruido los fugitivos.

Los expertos hombres de Manco se apresuraron a reconstruirlos con increíble habilidad y rapidez, pero aun así, cuando llegaron a Jauja ésta ya había sido atacada. Afortunadamente para sus defensores, los de Quito tenían más interés en seguir su marcha hacia el norte que en mantener un ase-

dio a la espera del ejército que sabían muy bien que le pisaba los talones.

Apenas habían tenido tiempo de preparar una barrera, que resultó eficaz, en un primer momento contra el ímpetu de los caballos que Soto y Gonzalo Pizarro lanzaron tras de ellos. Diego de Almagro había seguido directamente en un viaje precipitado hacia el norte, siguiendo el camino de la costa, desde Vilcas. Habían llegado noticias alarmantes para sus planes y los del Gobernador. Pedro de Alvarado, el conquistador de Guatemala, se acercaba a las costas del norte de Guayaquil, con una magnífica armada, y con la intención de adentrarse hasta las tierras de Quito.

Soto quedaba así, como autoridad máxima de las tropas españolas que debían asegurar la defensa de Jauja, y con un ejército escogido de cuatro mil guerreros; y en compañía de Manco, mantuvo la persecución de los de Quizquiz, por los valles serranos. Al llegar a Huánuco se convencieron de que era inútil pretender darles alcance. Fue una jornada larga, que dieron por finalizada en los últimos días de junio.

En sus largas veladas Hernando de Soto había tenido ocasión de establecer con Manco una amistad que le recordaba la de Atahualpa. La personalidad del joven inca era menos brillante que la del prisionero de Cajamarca, pero con ambos aprendió a conocer el capitán extremeño la psicología de los grandes señores de las Indias, a entender su sentido de la autoridad, a valorar su idea de la estrategia, a respetar su propia escala de valores.

Era una nueva lección en la forja de su propia personalidad. Sus ímpetus juveniles se templaban en la reflexión; los naturales de la tierra podían ser tratados como amigos y aliados. Aunque posiblemente de la convivencia con los grandes señores aprendiera, también, de aquella arrogancia no exenta

de crueldad con que podían ser capaces de tratar a sus vasallos y a los siervos más humildes.

Su propia unión con una princesa de la estirpe real, lo introdujo en ese mundo de señores que también entre los indígenas separaba a los fuertes de los débiles, a los poderosos de los sometidos.

En Jauja, a su regreso de la jornada de Huánuco, encontró Soto a Pizarro, que esperaba noticias de la aventura de Alvarado y las gestiones de Almagro en Quito. Supo de su encuentro y de las hábiles gestiones de su socio, que había llegado a un provechoso acuerdo con el antiguo capitán de Hernán Cortés.

Ambos se dirigían a Pachacamac para que el gobernador lo ratificara, y allí se dirigió, en compañía de Soto, pensando buscar en las cercanías del antiguo santuario, un lugar adecuado para trasladar la población de Jauja, demasiado alejada de la costa para mantener de ella una comunicación fácil con Panamá y con la estratégica fundación de San Miguel de Tangarara, enlace con la lejana tierra de Quito.

En Pachacamac se encontraron Pizarro y Alvarado, dispuesto éste a abandonar sus pretensiones —y aún a ceder la mayor parte de su gente al conquistador del Perú— a cambio de una fuerte suma de oro, que sólo en el Cuzco, donde un rico botín comparable al de Cajamarca había sido repartido entre los conquistadores, podía conseguirse.

Y el gobernador confió a Hernando de Soto la misión delicada de allegar aquella cantidad establecida en cien mil castellanos (equivalentes a 460 kilogramos de oro). La experiencia de Soto en las negociaciones de muchos repartos y fundiciones, su habilidad para establecer acuerdos, su mesura para mediar en discusiones, había quedado patente desde las primeras diferencias surgidas entre los conquistadores y los ofi-

ciales reales en su estancia en Túmbez, y desde luego, en Cajamarca y en Cuzco.

En esta ciudad había quedado como representante del Gobernador su hermano Juan, pero la situación reclamaba una persona de más experiencia y más prestigio. Hernando de Soto era el más adecuado para ostentar la tenencia de la gobernación de aquella ciudad, en donde las ambiciones y la codicia de tantos nuevos pobladores podían poner en peligro la paz y alianza pactada con Manco, cuya amistad con el nuevo teniente era una garantía para mantenerla, y cuya autoridad sobre los españoles bastaba para poner freno a las alteraciones urbanas de las que Pizarro estaba bien al corriente.

Las minuciosas instrucciones dictadas por el gobernador se plasmaron en enérgicas medidas adoptadas por Soto como primera autoridad y Justicia Mayor del Cuzco legendario. En ellas primaba el respeto por la vida y las posesiones de los antiguos habitantes de la ciudad.

Con habilidad y tacto cumplió su cometido de reunir el oro solicitado por Pizarro, a costa, incluso, de préstamos o donaciones de los enriquecidos vecinos españoles, además de la rigurosa supervisión de todo lo conseguido por éstos, cuya quinta pane correspondía a la Corona, y de cuyos fondos no se podía tomar nada para la transacción del Gobernador. Los depósitos de Bienes de Difuntos, entre ellos los cuantiosos de los caídos de Vilcaconga, resolvieron, por fin, aquel problema.

Hernando de Soto gobernaba con prudencia y con cautela, orillando las dificultades que suponían la reticencia y la arrogancia de los dos hermanos del Gobernador, Gonzalo y Juan. Sobre todo éste, que se había visto desbancado en el ejercicio

de su autoridad, impuesta muchas veces, de forma arbitraria y arrogante, incluso, frente al propio Inca Manco.

Se inicia de nuevo para él una etapa de su vida alejado de las campañas. Las marchas agotadoras han dejado paso a los días de vida ciudadana como antaño en León de Nicaragua, y de nuevo, como allí, los intrigas, los ambiciones grandes o pequeños absorben su tiempo y requieren su atención.

A finales de aquel año de 1534 los ánimos de la comunidad española del Cuzco se ven profundamente trastornados. Su gestión como teniente de gobernador parece llegar a su fin con el nuevo nombramiento para ese cargo de don Diego de Almagro. El Gobernador sigue en Pochocomac, buscando el emplazamiento de una nueva ciudad, y envía a su socio a la capital de la sierra. Pero a poco de emprender éste su camino, madurando el proyecto de nuevas expediciones hacia el sur, llegan noticias de España que se anticipan al regreso de su portador oficial, Hernando Pizarro. La corona ha concedido una nueva gobernación para el Mariscal Almagro; y éste calcula que la ciudad de Cuzco entra en sus términos. No cuadra con su nueva condición tomar posesión de su cargo en nombre de Pizarro: *Se hinchó de viento en tanta manera, que puesto que llevaba las provisiones y poderes del Gobernador, tan largos y bastantes para gobernar la ciudad del Cuzco, no quiso usar de ellos pareciéndole seria apocamiento suyo usar inferiormente de cargo en tierra donde se tenía por superior*. Esperaría la llegada de las provisiones reales. Entre tanto, Soto siguió actuando como Justicia Mayor y superior autoridad en un ambiente en que empezaban a decantarse odios y simpatías junto a Almagro o los hermanos del Gobernador.

Las suyas propias no debían ponerse abiertamente de manifiesto. Todo su tacto y diplomacia los puso al servicio de la

tranquilidad de los vecinos. Pero en el fondo de su corazón o en la base de sus razonamientos interesados, estaba más cerca de la causa del Mariscal. El Gobernador —ya lo había visto — lo pospuso a un segundo plano. Y ahora, también —lo había percibido en su corta estancia en Pachacamac y en las negociaciones con Alvarado— aquél empezaba a rodearse de gente nueva. Gente muy hábil, de armas o de leyes. Nuevos capitanes y sagaces aprendices de cortesanos, como el intrigante escribano Antonio Picado o el prudente licenciado Hernando de Caldera.

Entre los nuevos de Guatemala, había muchos buenos capitanes y soldados, y muchos aduladores y ambiciosos, de los que el Gobernador se rodeaba con agrado, relegando a algunos de los antiguos y arriesgados compañeros.

A algunos de ellos confió la gestión de marchar a Cuzco para dejar en suspenso su provisión a nombre de Almagro, y dársela a su hermano Juan, si aquél no había sustituido aún a Soto. Pero si éste siguiera en sus cargos, debía mantenerse con ellos. El resentimiento de los Pizarro en el Cuzco se ensañó con el imparcial Hernando.

A la recién fundada ciudad de Los Reyes de Lima llegaban noticias falseadas y contradictorias de la situación en el Cuzco, como resultado, nos dice Cieza de León, de las *industrias de hombres alborotadores que deseaban ver enemistados a los dos compañeros.*

Lo cierto es que Soto hubo de hacer valer en una ocasión su autoridad de Justicia Mayor contra Juan Pizarro, apercibiéndole para que no abandonase la ciudad, y que el encuentro terminó airadamente: *salieron inflamados en ira a la plaza dándose lanzadas, donde cierto si durara mucho se recreciese gran mal. Mas Juan Pizarro y Gonzalo Pizarro con sus valedores, temiéndose no saliese Almagro en favor de Soto, no pasa-*

ron adelante, ni el mismo Soto lo permitió por excusar el escándalo, no dejando de estar sentido de los que se habían desmesurado. Requirieron de nuevo a Juan Pizarro y a su hermano y a otros, que no saliesen de sus posadas: las cuales les mandó que tuviesen por cárceles y al mariscal encastilló en la suya, estando todos tan turbados, llenos de envidia los unos de los otros, que fue espanto no salir matarse todos ellos. Afirmóse que fueron estas las primeras pasiones que hubo en esta tierra entre los Almagros y Pizarros, o causado por su respecto.

Las presencia del Gobernador se hacía necesaria en el Cuzco. Llegó rodeado de su pequeña corte de capitanes y hombres de leyes. Hernando de Soto se sintió relegado cuando el licenciado Caldera lo sustituyó en su oficio de Teniente general del Gobernador y Justicia Mayor de la ciudad, y cuando el día 12 de junio de 1535, en un solemne acto, los dos socios juraron en la catedral de la ciudad que ninguno de ellos *calumniará ni procurará cosa alguna que en daño y menoscabo de su honra, vida y hacienda al otro pueda suceder ni venir.*

Soto no fue convocado en esta ocasión, como en tantas otras en que Francisco Pizarro lo requiriera, para actuar como testigo de calidad. Durante aquel mes de junio sus últimas gestiones en el Cuzco se centraron en la colaboración para efectuar una nueva fundación de metales obtenidos como botín o como tributo de los indígenas. Pero su brillo como vecino influyente se opacaba, y su destino como capitán no parecía iniciarse de nuevo en otras campañas.

Cuando poco después de estos hechos el mariscal organizaba su expedición a Chile, no aceptó el ofrecimiento que Soto le hiciera de su persona y su fortuna, prefiriendo a Rodrigo de Orgóñez.

Con una nueva decepción y desencanto veía partir aquel lucido grupo de soldados, encandilados con las noticias exageradas que los cuzqueños habían dado de las riquezas de Chile. Querían verse libres de la presencia en su ciudad de tantos soldados españoles.

No fue suficiente para retenerlo el afecto de doña Leonor, ni el nacimiento de una niña, a la que reconoció, dándole su apellido.

Liquidó su hacienda, dejó su Amarucancha, y en sus estancias, a la pequeña mestiza, a la que nunca más mencionó, y se dirigió hacia Lima. Pero si hubiera pensado en afincarse en la nueva capital, debió desechar pronto su proyecto; ni siquiera solicitó solar en ella, como lo hiciera su antiguo socio Hernán Ponce que ya se le había unido en los meses anteriores.

También, la nueva capital de la Gobernación de Pizarro se veía envuelta en intrigas y litigios. La Corona había enviado al obispo de Panamá para realizar una pesquisa sobre la conducta de Pizarro y los oficiales reales, y para arbitrar en los términos de las Gobernaciones de los dos socios de la conquista.

El testimonio que Soto prestaba en sus declaraciones del día 20 de agosto de 1535 deja traslucir su despego del Gobernador, cuya causa había defendido siempre en ocasiones similares. Su reticencia parece alentar las denuncias de la falta de imparcialidad de Pizarro, que descuidaba los intereses de la Corona en beneficio de los propios: *Sabe..., que en los repartimientos del Cuzco no han dado a Su Majestad las cabeceras ni aun indios para un conquistador, y sabe que el Gobernador y sus hermanos, y el tesorero, tiene cada uno dellos más de Su Majestad.*

No quería repetir su experiencia de Nicaragua quemando sus días y sus energías en pleitos y probanzas entre hombres que según el parecer del obispo Berlanga *eran muy cautelosos y de poca verdad.* ¿Presentía la tormenta de ambiciones y traiciones que los envolvería a todos en breve tiempo?

Su sueño de servir a Su Majestad en las lejanas tierras del Perú se había disuelto en un sentimiento de fracaso personal, y recordó, de nuevo, que también en las tierras lejanas de más allá del istmo, la Nueva España, conquistada por Hernán Cortés, no terminaba en la región del río Pánuco.

La armada que llevaba al obispo Berlanga, de vuelta a Panamá, le brindaba la ocasión de un regreso que él proyectaba tan sólo como el comienzo de nuevas empresas personales que empezaba a fraguar en su imaginación de soldado.

A fines de noviembre de 1535, veía por última vez, en la lejanía, las cimas de los Andes, que exactamente cuatro años antes había contemplado como meta de un nuevo destino.

EL CONQUISTADOR QUE NO QUISO DEJAR DE SERLO. UN NUEVO ADELANTADO

En el puerto de Panamá, una vez más, desde que tres años antes llegara la primera gran remesa de oro del Perú, conducida por Hernando de Pizarro, se contemplaba el espectáculo de la llegada de un grupo de aquellos afortunados compañeros de Francisco Pizarro. Porque no era Hernando de Soto el único de ellos que regresaba con el obispo Berlanga.

La ciudad, bulliciosa de mercaderes y armadores, no distrajo mucho tiempo a aquellos hombres enriquecidos que tenían prisa por volver a sus tierras. La Corte del Rey Carlos los atraía; querían ver reconocidos en ella los méritos adquiridos en la brillante empresa que seguía alucinando y atrayendo hacia las tierras del Perú a tantos hombres que llegaban continuamente a estos puertos de la mar del Sur.

Hernando Soto y sus compañeros apenas dieron lugar a un descanso en su viaje. El antiguo capitán de Pedrarias, no dejó de informarse de la situación de aquella Gobernación de Nicaragua, que tan alterada había dejado cuatro años atrás, tras la muerte del viejo Gobernador y cuya sucesión se arro-

gó el que fuera efímero aliado del extremeño en sus pleitos por los cargos concejiles de León, el Alcalde Mayor, licenciado Castañeda.

Supo que la tierra atravesaba una época de relativa tranquilidad, gobernada prudentemente por Rodrigo Contreras, casado con doña María de Peñalosa, la hija de Pedrarias, que éste había prometido como esposa a Núñez de Balboa en prueba de sus interesados tratos de cooperación en la conquista de Panamá. La estrella de la familia no se había apagado con la muerte del viejo luchador; su viuda, doña Isabel de Bobadilla, seguía gozando de las más altas influencias en la Corte, gracias a su amistad entrañable con la Reina. Aquellas dos adolescentes, hermanas de doña María, con las que Soto compartiera tantos ratos de esparcimiento en sus años mozos, y de las que se había separado hacía ya tantos años, vivían en la Corte, solteras todavía.

Algunos de los biógrafos de Soto han tejido alrededor de su figura un idilio juvenil, interrumpido, pero indestructible, entre la mayor de ellas, Isabel, y el gentil mozo, que fuera escudero y paje en la casa del Gobernador. En todo caso, es presumible que Soto pensara en ella, ahora que su fama y su fortuna le permitían pretender, a través del matrimonio, al que se mostró siempre remiso en sus uniones con otras mujeres, entroncar con una de las más prestigiosas casas de Castilla. Sus afectos y sus amores en las Indias no suponían ningún lastre ni ningún compromiso para él. Quería apurar el tiempo de su estancia en Panamá.

Lo justo para organizar la travesía del istmo, conduciendo en pesadas carretas, por un camino continuamente transitado en los últimos años, aquella carga dorada que les abriría en la lejana península las puertas de una sociedad cortesana donde podía esperarles lo que según Fernández de Oviedo

era el mejor destino que cabría a cualquiera de estos hidalgos encumbrados: casarse *con mujer rica y de buena casta* y vivir *muy honrado y a su placer donde podía emplear muy bien el tiempo y gozar de lo que tiene, sirviendo a Dios como caballero honrado, en buena edad, para que con sus bienes temporales pueda granjear los de la vida eterna* siempre que no pretendan embelesarse y buscar títulos de vana señoría.

El trayecto de Panamá a Nombre de Dios hacía recordar a Soto, cabalgando al pairo de sus tesoros, que colman los sólidos carretones, aquellas sus primeras y accidentadas correrías por las tierras de Parise y Urraca, las largas jornadas, a pie, con la hueste de Espinosa, en los años ya lejanos de su primera juventud.

Y aunque el primero de los presupuestos de Fernández de Oviedo cupiera, sin duda, en sus proyectos inmediatos, casarse con mujer rica y de buena casta, no desdeñaría el embeleso de nuevos títulos de señoría, porque el embrujo de las tierras de las Indias había prendido en él, después de tantos años, y no podría sustraerse a ser él mismo, en estas tierras que a pesar de todo habían sido de aventuras para él, el héroe que dirigiera una gran empresa, capaz de situarlo a nivel de los honores y la fama conseguidas por Cortés o por Pizarro.

Había vencido, en su momento, las tentaciones de Cajas o de Vilcaconga, que de todas formas, aunque le hubieran conducido a una gloria y a un éxito más o menos efímero, siempre le habrían dejado el resquemor de haber sido el resultado de una deslealtad para su jefe.

Pero ahora, con estas riquezas conseguidas en su calidad de capitán y de soldado, podría costear una armada que le condujera a la gloria de los grandes jefes. Y de su larga experiencia en Indias había aprendido que las provisiones y títu-

los necesarios para llevar a cabo sus proyectos debían conseguirse directamente en la Corte de los poderosos Señores del Consejo, y si fuera posible, a partir de una entrevista personal con el Emperador.

Porque aquellas tierras inmensas y prodigiosas podrían deparar, todavía, el hallazgo de nuevas maravillas, comparables a las de Tenochtitlan o Cuzco. El camino de los rumbos australes estaba abierto, aunque en ellos, sus ambiciones se habían visto frustradas por el rechazo de Mariscal Diego de Almagro. En cambio, el norte podría ofrecerle todavía nuevas expectativas. Es cierto que en la floreciente Nueva España se amplían constantemente las fronteras de un verdadero Estado, que sigue una política centralizadora. Pero los intereses de Hernán Cortes, el ya Marqués del Valle, Capitán General de aquel Reino nuevo, se habían orientado, fundamentalmente, hacia las tierras meridionales (Soto recordaba muy bien los conflictos con Cristóbal de Olid y la presencia del mismo Cortés en los límites de la gobernación de Nicaragua), y después, hacia las regiones que bañaba la mar del Sur. Aunque no hubiera descuidado, en un principio, el conocimiento y aun el dominio de las costas de la mar del norte, buscando buenos puertos al septentrión de Veracruz. Aquellas tierras del río Panuco de donde las leyendas indígenas decían que había llegado el fundador de Tenochtitlan *con cuatrocientos hombres bien armados a su modo con armas de plata o de oro.*

También Cortés se había dejado seducir por el espejismo del Estrecho del Norte, por descubrir los secretos de la costa entre el Pánuco y la Florida descubierta por Ponce de León y aquellas remotísimas tierras de los *Bacaellaos*. Pero al fin, abandonó el quimérico proyecto nacido de confusas informaciones que él había creído ciertas porque, como dice Fernán-

dez de Oviedo, el conquistador de la Nueva España era *más diestro en las cosas de la guerra que no experto cosmógrafo*. Las expediciones hacia las costas de la California absorbían todos sus esfuerzos en este sentido. Posiblemente, también porque en el año de 1527, la Corona había autorizado a Pánfilo de Narváez a emprender la conquista de aquellas regiones.

Soto recordaba las noticias del fin desastroso de aquella expedición de cuyos integrantes nada se había vuelto a saber.

Pero seguía pensando que las tierras del Norte guardaban celosamente el secreto de paisajes y gentes desconocidas que él podía desvelar para poner un nuevo reino a los pies de su Emperador.

Podría estar en aquellos parajes remotos que mucho tiempo atrás, hacia 1524, visitara el piloto Esteban Gómez, que provisto de una Real Cédula del año 1523, buscara el ansiado paso del norte, durante más de diez meses. En sus correrías por Nicaragua, en las largas acampadas nocturnas, cuando los sucesos de Francisco Hernández y de Olid, todos los españoles que transitaban el istmo en busca de un paso entre los mares —y Soto entre ellos— habían oído contar las noticias de aquella aventura del piloto portugués. Este, después de abandonar con su nave la expedición de Magallanes, pidió licencia para emprender la misma búsqueda hacia el norte. Su regreso en el año 1525 había dado lugar a relatos maravillosos que la imaginación de las gentes agrandaba y que merecieron la atención de los grandes cronistas del reinado de Carlos V. Alonso de Santa Cruz y Fernández de Oviedo mencionan, sin embargo, de pasada, aquella navegación en la que las gentes de Castilla alcanzaron la latitud más septentrional, 42 grados, de todas cuantas llegaron a conocer los exploradores y navegantes que en aquella década, realmente prodigio-

sa, del siglo XVI, abrieron prácticamente todos los caminos de mar y tierra en el inmenso continente americano.

Ambos cronistas apenas se limitan a decir que Esteban Gómez *había ido con un galeón a la costa de la Florida, pensando por allí hallar estrecho para pasar al otro mar de Poniente, para por allí ir a las Islas del Maluco. Vino a España habiendo descubierto un río muy grande, ancho, lleno de muchas islas, en la dicha costa de la Florida, donde halló muy grandes poblaciones de indios y muchos géneros de pescados en el río, muy diferentes de los de estas partes... y marcajitas que los del navío pensaron que eran minas de oro, y trajeron para probarla en España, y muchos indios de la tierra a los que S. M. dió por libres.* Fernández de Oviedo recuerda el aspecto imponente de esos hombres *gente bien dispuesta... a los que yo vi todos eran mayores comúnmente que todos los indios que yo he visto, y tan altos que excedían la común estatura de los hombres, que en España decimos medianos.*

Eran viejas historias que Soto rememoraba en su viaje de regreso a España, como la de la devastadora expedición de Narváez, o aquella otra, también desafortunada, del que fuera uno de los primeros oidores de la Audiencia de La Española, Lucas Vázquez de Ayllón. Había conocido en Nicaragua a alguno de los supervivientes de aquel lucido grupo de quinientos hombres que en julio de 1526 habían salido de la pequeña población de Puerto Plata, conducidos por aquel oidor, que buscaba una tierra donde las perlas, que podían hacer pequeña a la prodigiosa *Peregrina*, abundaban como las arenas de la playa. Contaba con el que él creía un guía fiel y experimentado, capturado en una de las exploraciones que se había limitado a reconocer las costas de la Florida por su extremo más occidental. El indio hablaba de una tierra de promisión que se llamaba Chicora, de la que daba noticias fan-

tásticas, pero una vez llegados a sus costas, y apenas adentrado en el territorio con sus hombres, se vieron abandonados y perdidos.

La rudeza de la tierra, el clima extremado en aquella latitud de 33 grados, el frío intenso que no pudieron soportar aquellos hombres habituados a la vida del trópico, causaron la enfermedad que puso fin a la vida de muchos de ellos, siendo el propio Vázquez de Ayllón uno de los primeros en perecer *día de Sant Lucas, a dieciséis días de octubre de mil y quinientos y veinte y seis*. Después, las rencillas, la falta de previsión y de organización, terminaron con la moral de todos, y sólo unos pocos consiguieron regresar. Pero *con todo cuanto padescieron, loan algunos la forma de la región que vieron, y dicen que llevándose la forma que se requiere para poblar en tal parte, e asaz bastimentos hasta calar y entender la tierra, no podía dejar de ser buena cosa para ser el temple de ella más a propósito de españoles.*

Hernando de Soto estaba en condiciones de organizar una expedición con los bastimentos necesarios y reparar con estas experiencias negativas los posibles errores de los intentos primeros. El ejemplo de la tenacidad y constancia de Pizarro y Almagro para vencer obstáculos, que parecían insuperables, hasta conseguir un éxito final, lo alentaba en sus propósitos.

Él podría buscar, como garantía de éxito, a los pilotos más experimentados, incluso a aquél que sí había regresado con muestras de la tierra más al norte de aquella bahía que fue el final de la expedición de Ayllón: el portugués Esteban Gómez. No ignoraba que su conducta había sido de absoluta deslealtad para su primer jefe, Hernando de Magallanes, al que abandonó en la entrada del estrecho austral, que ya se conocía con el nombre de su descubridor; pero su conoci-

miento de la tierra que el quería buscar podía resultarle útil, y él había adquirido, a su vez, experiencia necesaria en la dirección de grupos de soldados, a los que haría respetar la disciplina.

No obstante, no tendría ocasión de someter a ella a aquel ambicioso piloto. Hacía ya un año que Esteban Gómez había aceptado otra oferta para dirigir una de las naos de la más brillante flota que en los últimos tiempos había cruzado las aguas del Atlántico: aquella que al frente de don Pedro de Mendoza se disponía a asentar la gobernación del Río de la Plata. Porque Esteban Gómez, en su viaje con Magallanes, había conocido, también, aquellas costas, y había abandonado su viejo sueño de encontrar en el norte un estrecho inexistente.

Por estas mismas fechas andaba perdido con los bergantines que remontaron las aguas del Paraguay, conduciendo la expedición que llevaría al capitán Juan de Ayolas a una muerte oscura, con todos sus hombres, víctima de una terrible emboscada de los guerreros *apayaguas*, en el año siguiente de 1537.

Con la llegada de Hernando de Soto y sus compañeros, el puerto de Sevilla revivió una vez más el revuelo causado por cada una de las naves que descargaba en sus muelles parte del fantástico rescate de Cajamarca. Hacía apenas unos meses, les había precedido otro grupo que había abandonado el Perú, después de la llegada de D. Pedro de Alvarado. Pero la admiración y la curiosidad de los sevillanos por contemplar y escuchar las maravillas que contaban los que habían visto las tierras del Inca, parecía no agotarse nunca. Aunque otras empresas, y otras armadas, como la reciente de D. Pedro de Mendoza, se organizaron en las estancias de la Casa de la Contratación.

La presencia de Soto despertaba una mayor curiosidad, porque su figura había cobrado relevancia especial en la *Relación* que había publicado su compañero, el capitán Cristóbal de Mena, uno de los primeros en regresar y aunque en la que publicara, poco después, el secretario de Pizarro, Francisco de Xerez, éste hubiera omitido sistemáticamente su nombre, las hazañas del extremeño en las entradas de Túmbez y Cajas, y su entrevista con Atahualpa, eran suficientemente conocidas y le rodeaban de una cierta aureola de notoridad, entre todos aquellos antiguos oscuros soldados que se habían convertido en hombres envidiados por todos cuantos los conocieron. Y, también, en ejemplo que todos cuantos pasaban a Indias pretendían igualar en audacia, tanto como en fortuna.

Los relatos de las empresas afortunadas hacían olvidar aquellos otros desastres y fracasos como vivieron los más de los que pasaban a aquellas nuevas tierras, Desastres y fracasos que hacían clamar a Gonzalo Fernández de Oviedo cuando se detiene precisamente en la narración de la empresa de Vázquez de Ayllón *y vos, lector, que habéis de venir a Indias, no os pese de leer estos mis libros, e plegó a Jesucristo que sea con más ventura que han tenido los más de los que acá han venido.*

Pero Soto y los de Cajamarca eran la evidencia de los éxitos para aquellos que veían cargar en carretas, desde el muelle de Sevilla, una vez más, desde aquel 5 de diciembre de 1533 en que llegó Cristóbal de Mena, las maravillas que llegaban del Perú.

Por arte y gracia de ellos, vieron muy pronto convertirse a aquellos hombres rudos, curtidos en las asperezas de los climas de las serranías andinas y las tierras y los mares tropica-

les, en gentiles caballeros, vestidos con las ropas más vistosas que eran capaces de confeccionar los sastres sevillanos.

A ellos acudió Hernando de Soto para adquirir una apariencia digna de un hombre que quería presentarse en la Corte como lo que era. Uno de aquellos que habían contribuido, ¡y en qué medida!, a que la Corona de Castilla engrandeciera sus títulos con el del más rico reino de las Indias.

Su ajuar personal, y el de su casa, despertaban la admiración de los vecinos de aquella ciudad, donde bullía lo más lucido de la sociedad de comerciantes, armadores y banqueros.

Las piezas de servicio de casa, de plata labrada, eran muestras de aquellas vajillas que usaron los señores de Tahuantinsuyu. Un rico tapiz de plumería, con argentería de oro, fue una de las más apreciadas pertenencias, que siempre adornó, en adelante, la estancia principal de su casa, allí donde Soto se instalara. Y pensando en ofrecerlas a la mujer que buscara como esposa, ordenó construir *unas angarillas de plata, las riendas de la multa sembradas de flores de plata.*

También lo acompañaría siempre su cama de campaña, con sus vistosas ropas traídas del Perú, aquellas mantas delgadas y labradas en ricos y multicolores diseños que tanta admiración despertaban en los españoles.

Buscó personal para su servicio en la casa que montó con todo el lujo que requerían sus proyectos ambiciosos. Le acompañaba desde Lima Rodrigo Rangel, uno de los capitanes que había hecho sus armas con Hernán Cortés, en Tenochtitlan, y con Alvarado, en Guatemala. La decisión de quedarse en el Perú cuando acompañó a su jefe en la intentona de conquistar el reino de Quito, fue pronto abandonada, cuando Soto le habló de sus proyectos de regresar a España para emprender su gran empresa.

Rangel era un hidalgo honrado, un hombre de experiencia acreditada en el que Soto pensó que podía depositar su confianza para dirigir todos sus asuntos personales. La elección de Rodrigo Rangel como su secretario, cargo en el que lo confirmó en Sevilla, fue el primer paso concreto que pone de relieve lo meditado de los proyectos de Soto para su futuro, ya desde los momentos en que decidió abandonar las tierras de los Andes, después que Almagro ofreciera a Rodrigo de Orgóñez el puesto de lugarteniente en la conquista de Chile.

Las razones y los argumentos de Soto, sus reflexiones largamente pensadas, la confianza en su futuro, convencieron a Rangel, que no dudó en abandonar sus planes de quedarse, como tantos otros de sus compañeros de Guatemala, en la Gobernación de la Nueva Castilla, que él, como Soto, veía amenazada por las intrigas y conspiraciones en que se movían quienes querían estar cerca del favor de Almagro o de Pizarro. Él no debía su lealtad a ninguno de los dos, y su temperamento no se avenía con aquellos modos de medrar.

Él mismo, en sus largas conversaciones con Soto, en el viaje de regreso, sopesaba las posibilidades de encontrar nuevos reinos maravillosos en las fronteras extremas de aquella Nueva España, que él había recorrido bajo las órdenes de Cortés. Él conocía tan bien o mejor que el propio Soto las noticias de aquellos que se habían aventurado en los confines de Pánuco, o en la navegación de las costas al norte de la Florida. Sus propios sueños alentaban los de Soto, animándole a poner su fortuna, bien ganada, al servicio de una empresa deslumbrante.

Su propio convencimiento y su costumbre de moverse entre las gentes de armas y los oficiales reales, prestaron un gran servicio a su nuevo jefe en sus gestiones cortesanas. Él

conocía muy bien los términos en que podían negociarse las cláusulas de una Capitulación con la Corona.

Y Soto emprendió, con Rangel como secretario, su camino hacia la Corte. La ciudad de Valladolid era desde hacía años su asiento más permanente. Pero en los planes de Hernando de Soto entraba, como primer paso, el de buscar aquella esposa digna de compartir el destino que anhelaba. Doña Isabel de Bobadilla, la viuda de Pedrarias, estaba en Madrid. La vieja dama conocía bien los méritos del antiguo protegido de su esposo y la fortuna y la fama que había alcanzado desde que ella dejara de verlo en Tierra Firme.

Era digno de que su hija Isabel enlazara con él su suerte y su destino; y cuando aquel hombre, ya maduro y en la cumbre del prestigio de los grandes conquistadores, la visitó a su paso por la villa, no desdeñó la solicitud que le hiciera de que le otorgara en matrimonio la mano de su hija.

Pero la estancia en Madrid fue sólo un alto en su camino. Valladolid y la Corte era el lugar más apropiado para concretar todos sus planes. Al hilo de los preparativos de la boda, de la redacción de las capitulaciones matrimoniales, que requerían su enlace con una de las más ilustres casas de Castilla, Hernando de Soto quería, también, plantear sus proyectos a los Señores del Consejo de Indias, y solicitar una audiencia al Emperador, de regreso hacía poco tiempo de uno de sus frecuentes viajes por Europa.

Sus hechos y su fama lo hacían acreedor a tan alto honor, y aunque la Cesárea Majestad del Rey Carlos I está en esos momentos pendiente de la política imperial, de sus luchas continuas con Francisco I de Francia, de la defensa de Europa contra la amenaza del turco poderoso, no puede desentenderse del todo de los asuntos de Indias, sobre todo si se trata de dar cumplida satisfacción a uno de aquellos hombres que

han contribuido a enriquecer las siempre exhaustas arcas de la Real Hacienda.

El Emperador descansa sus preocupaciones por las Indias en la eficaz gestión de los hombres de su Consejo, pero parece desentenderse personalmente de los complejos problemas que planteó el Gobierno de aquellas tierras, que al decir del cronista Antonio de Herrera *no sucedían en tiempo del Rey Católico, que atendía con cuidado al gobierno de estas nuevas tierras, sin andar divertido en otras provincias forasteras; porque aunque era grande la diligencia del Consejo Supremo en las Indias, poco aprovechan las órdenes de los ministros cuando no son asistidas de los Reyes.*

La familia de su futura esposa era buena valedora de Hernando de Soto, además de sus propios méritos, para ser atendido y escuchado en la Corte. El orgulloso Conde de Puñonrostro, hermano menor de Pedrarias, desplegaba toda su influencia en favor del conquistador, cuya fortuna quedaba patente en las cláusulas de las capitulaciones matrimoniales que se ultimaban en la ciudad de Valladolid, el día 14 de noviembre de 1536.

Parecía que los grandes momentos en la vida de Soto iban engarzándose al hilo de esas fechas. En un mes de noviembre había abandonado Nicaragua para dirigirse a su meta peruana, y en ese mismo mes, de otros años, y precisamente en ese mismo día, se había asomado por primera vez a las montañas que circundan las ciudades de Cajamarca y Cuzco, escenarios de sus jornadas más brillantes. También, en el mes de noviembre del año anterior, había empezado a madurar sus nuevos planes de abandonar la ciudad de Lima, dejando atrás una realidad que él sabía que ya no podía superar en aquellas tierras.

Su casa de Sevilla le esperaba después de la boda fastuosa, y en ella pasó aquel invierno de 1536, descansando, por primera vez, en muchos años, de las continuas fatigas y sobresaltos de su vida de soldado. Y en Sevilla seguía con atención las noticias que llegaban continuamente de aquellas Indias que llevaba en su corazón y en su mente.

Supo de la gran sublevación que su antiguo compañero de largas jornadas de lucha contra el ejército de Quizquiz, el joven inca Manco, había levantado contra los españoles avecindados en Cuzco y Lima; de las incidencias de la exploración del Mariscal Diego de Almagro por las tierras de Chile; de las hazañas de su viejo compañero, siempre celoso de los éxitos de Soto, Sebastián de Belalcázar, más allá de los extremos septentrionales de Tahuantinsuyu, donde había fundado dos ciudades; que Gonzalo Jiménez de Quesada se adentraba río Magdalena arriba explorando el interior de regiones desconocidas; que en el Río de la Plata se había fundado una nueva ciudad, y que desde ella, los bergantines de Don Pedro de Mendoza se lanzaban, a través de los ríos, para conocer el corazón de aquel continente inmenso de las Indias Australes.

También de la ciudad de México llegaron noticias nuevas. En el mes de abril de 1536 había llegado hasta ella, como un fantasma que surgiera del pasado, el que fuera tesorero y alguacil mayor de aquella expedición malhadada de Pánfilo de Narváez. Álvar Núñez Cabeza de Vaca había logrado sobrevivir, con otros tres hombres, a los desastres del naufragio y había recorrido en un largo peregrinaje el interior de las tierras que se extendían más al norte de los límites de la Nueva España, hacia aquellas regiones que ya empezaban a llamarse Nueva Galicia.

Pero Álvar Núñez y sus compañeros desde las costas de la Florida habían buscado siempre el camino que seguía el sol

hacia el poniente, y en él habían tenido noticias de la existencia de un fabuloso reino, el de Cíbola, donde estaban asentadas siete grandes ciudades. Por el contrario nada nuevo se sabía, desde los días de Vázquez de Ayllón, de aquella otra tierra de Chicora, en las costas del mar del Norte, la de las perlas de magnífica perfección y hermosura.

Los primeros meses del año 1537 los dedicó Hernando de Soto a establecer sus contactos con los oidores del Consejo de Indias. Tenía prisa por conseguir las capitulaciones para dirigir la conquista de las tierras de la Florida, y al fin, el día veinte de abril, vio cumplido aquel empeño. La Corona le otorgaba la autorización para emprenderla, respaldado por el título de Adelantado.

Se encumbra así a las más altas cotas que podía conseguir un hombre de su tiempo. Completaba una nómina de personajes, cuya vida había conocido y cuyos pasos se había propuesto seguir desde que conociera personalmente a uno de los que primero lo ostentaron en Indias, su paisano Vasco Núñez de Balboa. No pensaba entonces en que tal título parecía estar íntimamente ligado a un adverso destino, como observa Fernández de Oviedo: *a la verdad es mal augurio en Indias tal honor e nombre, e muchos de tal titulo han tenido lastimoso fin.*

Él solamente veía abrirse ante sí el camino de la verdadera Florida, que él seguiría, de acuerdo con sus propias iniciativas, sin someterse a dictados de superiores ni gobernadores.

Era éste un extremo que quería también asegurar, y sus gestiones no terminaron en la obtención de su título de Adelantado. La fortuna parecía estar de su parte en aquel año de 1537.

La Corona determinaba, finalmente, en los pleitos que seguía desde hacía largos años con los herederos del Almirante

Cristóbal Colón, y a cambio de otro título, honores y beneficios, *resumió la jurisdicción que el Almirante solía o pretendía de la isla de Cuba e de todas las partes e provincias de las islas e tierra firme del Mar Océano, e de donde estaba en costumbre de poner sus tenientes e oficiales el Almirante, los cuales hubieron fin por la recompensa que es dicha.*

En esta exclusión de derechos, Hernando de Soto vio la posibilidad de conseguir la gobernación de la isla Fernandina, o de Cuba, de la que se consideraban anejas las tierras de la Florida. No en vano él era uno de los más antiguos conquistadores de la Tierra Firme. Y los buenos oficios de los influyentes miembros de la familia de su mujer, inclinaron los ánimos en la Corte para que la vacante que dejaba el último de los tenientes de gobernador de la isla, en nombre del Almirante D. Luis Colón, le fuera concedida ya directamente por la autoridad del Rey al hombre que podía revivir el prestigio y la honra de los Pedrarias.

La concesión del hábito de la Orden de Santiago completaba los honores que la Corona otorgaba al que era, en aquellos momentos, uno de los hombres más observados y admirados en la Corte. Señuelo él mismo, que atraía las ilusiones y los empeños de cientos de jóvenes sin fortuna, y de decenas de caballeros que pretendían seguir al más afortunado de *los de Cajamarca.*

Las gestiones de tantos cargos y honores, las probanzas que requerían la preparación de largos y minuciosos interrogatorios presentando a los testigos en largas sesiones, distrajeron su atención y la solícita colaboración de Rodrigo Rangel durante aquellos meses. Colmaba sus aspiraciones y su propia vanidad la promesa de un marquesado, cuyo título tomaría de una parte de las tierras que conquistase. Su categoría igualaba ya a la de Hernán Cortés y Francisco Pizarro.

Pero empezaban para Soto días de gran ajetreo y preparativos complejos. Debía proceder con gran tino en la organización de la magna empresa, que, por fin, veía próxima. La negociación con los armadores de los navíos que debían conducirle a su flamante gobernación, el séquito personal que reclamaba su ya alto rango, los capitanes de la hueste que debían acompañarle en la conquista de la Florida. Todo reclamaba su atención personal. Amigos y parientes establecían las relaciones necesarias, pero nada escapaba a su propia intervención personal.

Sus riquezas eran muchas y podía hacer frente al riesgo que entrañaba tamaña expedición. Pero el Adelantado, que, en opinión del Hidalgo, portugués que nos ha dejado la Relación de la aventura de la Florida, *no era de condición liberal*, sopesaba cuidadosamente, con los prudentes consejos de su inteligente esposa, los gastos y la financiación de aquel viaje. Los tiempos en que convenía deslumbrar en la Corte con el lujo que le proporcionaban los cien mil pesos de oro traídos del Perú, habían pasado ya. En realidad, al nuevo Gobernador no le gustaban los lujos y, ahora, no tenía reparos en mostrarse prudente en sus presupuestos.

Por esta razón, cuando apareció en Sevilla Álvar Núñez Cabeza de Vaca, recién llegado de las Indias en el mes de agosto, no llegó a ponerse de acuerdo con aquel infatigable viajero cuya ayuda y consejo consideró muy oportuno solicitar inmediatamente, ofreciéndole un puesto importante en su hueste.

Álvar Núñez sintió a su llegada a la Corte con la *Relación* de sus andanzas y aventuras, la desilusión de ver que el Emperador había ya concedido la Capitulación que él venía a solicitar. Y Soto, más generoso de su persona que de sus bienes, se apresuró a brindarle la oportunidad de tomar parte

en la empresa, *le bacía grandes ofertas y estando concertando para ir con él, porque no le quiso dar dinero para pagar un navío que había comprado, se desavinieron y fue por Gobernador al Río de la Plata.*

Después, Álvar Núñez dio otra explicación que era perfectamente comprensible para un hombre como Hernando de Soto. Él esperaba pedir otra Gobernación y no quería ir bajo la bandera de otro a la conquista de la Florida. Pero actuó con una lealtad y honradez que Soto reconoció en lo que valía, en aquellos tiempos en que seguía siendo válida la expresión de Hernán Cortés sobre aquellos que pensaban que si no hacen befas no portan penachos. Álvar Núñez fue, a pesar de todo, uno de los más fervorosos propagandistas de la aventura que ofrecía a tantos hombres el nuevo Adelantado de la Florida.

La leyenda de las ricas tierras de Chicora, en sus costas septentrionales, seguía encandilando a muchos.

TRAS LOS PASOS DE ÁLVAR NÚÑEZ

El plazo de un año, fijado en las Capitulaciones Reales, terminaba en abril de 1538. Hernando de Soto había procedido en los primeros meses de plazo a seleccionar las personas que habían de acompañarle: quinientas al menos. Y esto no supondría mayor problema para él, porque la empresa gozaba de prestigio suficiente; por el contrario, a la hora de la partida *quedaron muchos hombres de bien con sus haciendas vendidas, que no hubo embarcación para ellos, cuando para otras tierras conocidas y ricas suelen faltar*. La persona del Adelantado inspiraba confianza, es cierto, y su capacidad de convicción y persuasión y su entusiasmo eran grandes cuando trataba de hacer valer sus argumentos.

Fue ésta una cualidad que Fernández de Oviedo señala en sus juicios, siempre reticentes sobre la figura de Soto, a quien reprocha el fracaso de su aventura final con el espíritu que caracteriza a tantos hombres mediocres —aunque él mismo no lo fuera en muchas cosas— cuando consideran que una acción es grande si un hombre grande la emprende, pero que sólo si se ha cumplido felizmente es grande en realidad.

Para Oviedo, Soto fue un gran embaucador, porque su gran acción terminó en el fracaso: *conocí yo muy bien a Soto, y aunque era hombre de bien, no le tenía yo por de tan dulce habla ni maña que a personas semejantes pudiese él encargar.*

Y es que entre esas personas que se habían dejado aconsejar por el Adelantado, estaban hombres importantes de la flor de aquella brillante sociedad cortesana: Don Antonio de Osorio, hermano del Marqués de Astorga, que se deshizo de seiscientos mil reales de renta, que tenía por la Iglesia; acompañado de su pariente Francisco Osorio, que dejó, también, un lugar de vasallos en Tierra de Campos; el portugués Andrés de Vasconcelos que renunció a sus cédulas de la Capitanía de Ceuta; hijos de mayorazgos importantes, hidalgos de Castilla, Levante y Extremadura. Incluso dos parientes de Álvar Núñez Cabeza de Vaca, seducidos por los ofrecimientos del Adelantado. Ellos, como todos los demás, animados por las noticias y las medias palabras del antiguo tesorero de Pánfilo de Narváez. Uno de estos últimos, Baltasar Gallegos, *vendió casas y viñas y tierras de rentoy noventa fanegas de olivar en el aljarfe de Sevilla; llevó oficio de alcalde mayor y llevó consigo a su mujer.* El otro, Micer Espinóla, caballero genovés, obtuvo el cargo de capitán de la guardia personal del Adelantado, compuesta de sesenta alabarderos.

La selección de tos hombres era importante. Pero las minucias de los preparativos del bagaje, y la compra de los navíos, ocuparon también el interés personal de Hernando de Soto, en aquellos primeros meses de 1538, ya lejos de las negociaciones en los salones cortesanos.

Recordando los comentarios de los supervivientes de la expedición de Ayllón, tuvo especial cuidado en la adquisición de todas las provisiones y utensilios de hierro, acero, barretas, azadas y azadones, espuertas y serones, sogas y

cuanto fuera necesario para establecer las fundaciones que proyectaba. Todo esto, sin contar las armas y caballos, aunque tenía el proyecto de adquirir varios en la isla de Cuba.

La villa de Sanlúcar vivió una vez más aquel mes de abril el ajetreo del alarde de la hueste, y una mañana de domingo, la flota salvaba la barra del río despidiéndose de tierra con el sonido de las trompetas y las descargas de la artillería.

La *San Cristóbal*, una nao de 800 toneladas, abría la marcha como capitana, transportando toda la casa y familia del Gobernador de Cuba y Adelantado de las tierras de Florida, don Hernando de Soto.

Después de la corta, y casi obligada, escala en la Gomera, llegó a la isla Fernandina tras una feliz navegación, entrando en el puerto de la ciudad de Santiago de Cuba, a fines de mayo, un domingo de Pascua de Pentecostés.

Como gobernador de la isla, dedicó un año entero a atender las necesidades de las seis poblaciones españolas que en ella estaban establecidas, y procedió, con especial cuidado, a la reconstrucción de ciertos edificios de La Habana, que habían sufrido recientemente uno de los frecuentes ataques de los corsarios franceses, que empezaban a poner en dificultades el tráfico de las Indias. Pretendía hacer de ella la digna capital de su próspera gobernación, una vez regresara de la conquista de la Florida, a cuya colonización podría atender convenientemente desde la isla, y debía dejar bien asentada, en ésta, su casa y su familia.

No dejó de vivir en aquel año las inquietudes que suelen ser el precio del ejercicio de la autoridad, ni los conflictos de límites en la jurisdicción de gobernaciones, cuyas fronteras apenas estaban definidas. La suya era contigua a los territorios de la Nueva España, y pronto, desde la ciudad de Santo Domingo, sede de la Audiencia de la que dependía Cuba, lle-

garon noticias que alteraron momentáneamente su ánimo y que lo impulsaron, después, a acelerar en lo posible su partida para la Florida.

El virrey don Antonio de Mendoza se aprestaba a organizar una entrada en la Florida, desde México, y Soto no quería verse envuelto en querellas dramáticas, como las que él conociera en Nicaragua, o como las que envenenaban, en aquellos mismos momentos, los ánimos de sus antiguos jefes en la conquista del Perú.

Las provisiones de su capitulación eran muy claras al respecto, y las hizo trasladar, respetuosamente, al virrey de la Nueva España, para hacerle conocer sus derechos. Además, otra complicación parecía obstaculizar sus proyectos que la larga tramitación de un pleito podría retrasar de manera indefinida: Hernán Cortés presentaba, también, ante el virrey, la reivindicación de sus títulos sobre las mismas tierras.

El afán por extender las fronteras del virreinato nacía de las noticias que llegaron a su capital, con el regreso de Álvar Núñez. Pero el virrey tranquilizó a Soto. La expedición que él proyectaba no seguiría la ruta del oriente hacia las costas del Golfo. Él buscaba por el norte las fabulosas siete ciudades de Cíbola, y había encomendado la empresa al gobernador de la Nueva Galicia, el capitán Francisco Vázquez de Coronado. Su pleito con Cortés estaba referido precisamente a esta expedición.

Lejos de las previsiones del virrey, lo cierto es que los caminos de ambos conquistadores estuvieron a punto de cruzarse, allá en las remotas y desconocidas llanuras de Kansas, cuando el salmantino perseguía as quiméricas noticias de las tierras de Quivira, y el extremeño remontaba el curso del río Arkansas, al final de la primavera de 1541, cuando ya los res-

pectivos viajes que ambos proyectaban en ésta de 1539 parecían tocar a su fin.

Hernando de Soto ultimaba los preparativos de la reorganización de su gente y su armada, al mismo tiempo que enviaba a uno de sus capitanes, Juan de Añasco, en un viaje de reconocimiento a los lugares donde desembarcara Narváez, en busca de un puerto adecuado para dirigirse directamente a él, y para capturar, si era posible, algunos indígenas que luego pudieran ser guías e intérpretes de toda la expedición. Aunque el perfil impreciso de aquellas costas era más o menos conocido desde el año 1516, y a ellas se habían dirigido varias expediciones, éstas no tuvieron otra meta ni otro efecto que la captura de indígenas para el trabajo en las minas de *La* Española o la Fernandina, sin haberse jamás aventurado hacia el interior desde el desastre de Narváez.

Y pocos días antes de partir, dejó todos los asuntos del gobierno de la isla y de su casa bien organizados. Su prudencia le aconsejaba dejar como lugarteniente a un hombre conocedor de la realidad de los problemas de aquella Gobernación, y nombró para el cargo a un antiguo vecino, Juan de Rojas, pero proveyó al mismo tiempo a su esposa de un poder que le otorgaba la capacidad de decidir libremente en todo aquello que se refiriera a la gestión económica de la propia armada y de las necesidades respecto del apoyo que posiblemente necesitara solicitar desde las tierras de la Florida. Porque todo ello dependía de su propia fortuna personal. Y confiaba ampliamente en la capacidad y prudencia de doña Isabel, que no en vano se había educado junto a la hábil negociadora que fue siempre su madre.

Aunque la dejó asistida por alguno de aquellos caballeros venidos con él desde España, y rodeada de una pequeña corte de damas y servidores, era doña Isabel la responsable de

hacer cualquier transacción para la compra o flete de navíos, o contratación de servicios de soldados; incluso quedaba autorizada para revocar cualquier poder que con anterioridad hubiera otorgado el Adelantado a cualquier persona.

También, y en la misma fecha, el 13 de mayo de 1539, dictaba su testamento, consciente de que la empresa que iniciaba entrañaba el riesgo que él había conocido tantas veces de cerca, declarándolo, así, en su encabezamiento: *Sabiendo que la muerte es cosa natural y que cuanto más aparejado de ella estuviere, mejor satisfacción recibirá de mi...*

Y así, con su bien aparejada armada, *tan abastada de todo bastimento que más parecía estar en una ciudad muy proveída, que navegar por la mar*, salió de la villa de La Habana, el día dieciocho de mayo. Llevaba seiscientos veinte hombres en nueve navíos, cinco de ellos de gavia, y dos carabelas, más dos bergantines ligeros, de fácil maniobra para el servicio de toda la armada.

Surtieron en la bahía de Tampa, que ellos llamaron Bahía Honda o del Espíritu Santo, no sin dificultades; y pronto, al adentrarse una avanzada, tuvieron noticias de que estaban en los lugares en donde había desembarcado la armada de Narváez. Los habitantes de la tierra los esperaban alzados y se enfrentaron bravamente a los cristianos, hiriéndoles los caballos.

Hernando de Soto dirigía la avanzada de un pequeño grupo, que abrió camino hasta llegar a un pueblo que hallaron abandonado. Sólo veían por toda la costa muchas hogueras que los indígenas encendían para avisarse unos a otros de la presencia de los extraños. Sus experiencias anteriores le aconsejaban la huida, esperando que, como otras veces, aquellos navíos abandonaran pronto las costas, sin aventurarse los hombres que los conducían por el interior de la tie-

rra cenagosa y de vegetación enmarañada. Ignoraban la voluntad de los que ahora venían de establecerse en ella y reconocer el interior del territorio.

En el desolado y pequeño pueblo de Ucita, plantó el Adelantado su primer campamento:

> *El pueblo era de siete u ocho casas; la casa del Señor estaba junto a la playa en un cerro muy alto, hecho a mano, por fortaleza. A otra parte del pueblo estaba la mezquita y encima de ella un ave de palo, con los ojos dorados. Allí se hallaron algunas perlas de poco valor, dañadas del fuego, que las taladran así los indios, para enfilarlas como cuentas y las traen al pescuezo y en el codo del brazo y estimanlas mucho. Las casas eran de madera y cubiertas con hojas de palmera. El gobernador se aposentó en las casas del señor, y con él Vasco Porcallo y Luis de Moscoso. Y en otras, que en el medio del pueblo estaban, el alcalde mayor, Baltasar de Gallegos, y en ellas mismas se recogió en una habitación el bastimento que venía en los navíos. Las demás casas y mezquita fueron desbaratadas y cada tres y cuatro compañeros hacían una casa pequeña en la que se recogían. La tierra de alrededor era muy embarazosa y ahogadiza, de mucha y alta arboleda. El gobernador mandó desbrozar un tiro de ballesta alrededor del pueblo, para que pudieran correr los caballos y los cristianos pudieran batir a los indios, si por caso los quisieran acometer de noche.*

Soto procedió a la organización de su hueste, dividiéndola en cuatro grupos de a caballo, y dos de a pie, con los ballesteros y arcabuceros, nombrándoles sus respectivos capitanes. Y envió inmediatamente dos de estos grupos, por rumbos diferentes, en busca del camino más adecuado para proseguir la marcha de todos. Volvió pronto uno de ellos, con las mejores

noticias que cabría esperar, dada la falta de buenos guías y de intérpretes eficaces, para hacer comprender a los indígenas que sus intenciones no eran capturar esclavos y llevárselos de la tierra, sino lograr ellos mismos un buen lugar donde establecerse.

A escasa distancia de Licita, Baltasar de Gallegos y sus hombres habían topado con un extraño grupo de diez o doce indígenas que en principio y en contra de lo que habían visto hasta el momento, no les hostigaron con las largas y duras flechas que emplearon en sus ataques anteriores, capaces de taladrar las espesas mallas de sus corseletes, o la resistente piel de los caballos. Simplemente se limitaron a huir cuando los jinetes intentaron abalanzarse contra ellos, excepto uno, que levantando su lanza clamaba invocando la protección de Santa María Madre de Dios, *por donde fue conocido ser cristiano.*

Era uno de aquellos desgraciados náufragos de la expedición de Narváez, perdido del resto de sus compañeros que había ido a dar en un poblado cercano, y salvado milagrosamente la vida, pero sometido a servidumbre por el cacique. Llevaba doce años entre aquella gente y aunque en este tiempo había sido capturado por otro señor, enemigo del de Ucita, *tenía tan poca noticia de la tierra, que de veinte leguas de allí no sabía ninguna cosa ni por vista ni por oídas.* Pero sabía algo que era de vital importancia para los españoles. Conocía a la perfección la lengua de la tierra, y sus servicios como interprete fueron siempre de gran ayuda para el Adelantado, que tuvo en lo sucesivo gran estima para aquel esforzado sevillano llamado Juan Ortiz.

Ciertamente sabía poco de lo que sucedía más allá de los límites del Señorío de Mucozo, su dueño de tantos años, que a poco del reencuentro de Ortiz con sus compatriotas se

acercó al real de Soto a saludar a estos visitantes. Pero amo y señor informaron al Adelantado de que, más allá de esos límites, gobernaba un poderoso cacique que tenía sujetos a muchos pueblos. Se llamaba, según las diferentes versiones que nos dejaron algunos de aquellos esforzados exploradores de tierras desconocidas y extraños nombres, Paracoxis o Hurripacuxi, o Hirrigua. A él le tributaban todos los pueblos de aquellas costas. Y Soto decidió enviar a uno de sus capitanes, Baltasar de Gallegos, en busca de confirmación de esas noticias que le parecieron una justificación suficiente como para iniciar desde ese lugar su camino tierra adentro.

La presencia de la armada en la bahía ya no era necesaria y era conveniente que en Cuba tuvieran alguna noticia de ella, por lo que envió los navíos grandes, quedándose sólo con los bergantines y las dos carabelas pequeñas, a la expectativa de los resultados más inmediatos de una exploración incierta. En una carta fechada a 9 de julio de 1539, tranquilizaba a doña Isabel sobre su presente y su futuro, aunque sin exagerar el tono de aquellas noticias que tenía, *porque yo solamente creo de estos indios lo que veo.*

La llegada de un emisario de Gallegos no amplió mucho las noticias dadas por Ortiz y Mucozo. Era cierto que más allá gobernaba aquel Paracoxis, escurridizo, que jamás se dejó ver de los cristianos pero que les dejaba percatarse de su existencia y de su autoridad, que llegaba hasta otra tierra, más rica que la suya, llamada El Cale.

Esto fue suficiente para que Soto levantara su campamento, en el que dejó un retén de 60 peones y 26 caballos con bastimentos suficientes para muchos meses, al amparo de los bergantines. Allí debían esperar hasta que recibieran nuevas órdenes de unirse al resto de la hueste.

El Adelantado hubo de resignarse en este momento a ver partir para Cuba, en una de las dos pequeñas carabelas, a su lugarteniente general, Vasco Porcallo, que había ido con Gallegos tras las huellas de Paracoxis, y que volvió desilusionado por el poco provecho que veía en aquella aventura. No en vano, como antiguo vecino de Cuba, él estaba acostumbrado a las simples *razias* de capturas de esclavos en las costas de Florida, y su idea de la exploración y conquista de ella difería de los proyectos colonizadores de Soto, siempre en busca de una tierra mejor, *y aunque alguna diferencia entre él y el gobernador había, por donde no se trataban ni conversaban de buen gesto, con palabras de amor le pidió licencia y se despidió de él.*

Baltasar de Gallegos, entre tanto, sólo conseguía, intercambiando mensajes con Paracoxis, que éste le brindara alguno de sus hombres como guías y servidores, que prestarían más tarde una ayuda considerable a los cristianos en los enfrentamientos que éstos tuvieron con otros grupos de los que ellos eran enemigos irreconciliables: aquellos de los señoríos del Cale, los feroces timucuanos.

La marcha lenta de aquel ejército que ya llevaba consigo un buen número de servidores indígenas, se inició el quince de julio y apenas avanzaban por la tierra cubierta de ciénagas y lagunas, hasta encontrar a Gallegos en las tierras de Paracoxis.

La impaciencia del Adelantado lo empujó pocos días después a dirigir una exploración personal de las tierras de Paracoxis y El Cale, llevando con él a sólo diez jinetes, el fiel Rangel entre ellos; el resto, con el caballero Luis de Moscoso como maestre de campo, lo esperaría en un pequeño pueblo que encontraron vacío, pero cuya campiña podía ofrecer alimento para los hombres y caballos, así como para la piara de

cerdos que penosamente era conducida por aquella tierra pantanosa como parte de la despensa de unos hombres acostumbrados a incluir la carne en su dieta, pero que muy pronto aprendieron a moler el maíz, empleando como cernedero sus cotas de malla.

Los poblados desiertos y los campos vacíos, aunque adivinaron entre la maleza la presencia de ojos que los observaban de lejos, era todo lo que iban encontrando. Los indígenas presentían de antemano la llegada de aquel nutrido grupo, porque la tierra se llenaba de sonidos extraños con los relinchos de los caballos y el ruido de sus cascos, y la noche se impregnaba de olores desconocidos y penetrantes de hombres y animales, que anunciaban, desde lejos, su próxima presencia.

Al fin Soto encontró un buen pueblo, grande y abundoso que pertenecía al señorío de El Cale, y envió a uno de sus diez jinetes en busca del resto de la gente, que había tenido que hacer frente al continuo hostigamiento de grupos indígenas que se acercaban al real con paso rápido, pero furtivo. En las tierras de El Cale pudieron reponerse y saciar el hambre que empezaba a dejarse sentir en su anterior alojamiento, mientras de nuevo Hernando de Soto intentaba el día once de agosto una nueva descubierta hacia una tierra de la que le habían hablado allí mismo: la región de Apalache. Tenía noticia de la fiereza y valentía de sus guerreros y esta vez se hizo acompañar de un grupo más nutrido, cincuenta de a caballo y cien peones. Pero todavía estaban en la región donde señoreaban los no menos belicosos timucuanos, y en su marcha, el grupo se veía hostigado, sin cesar, por las flechas que daban certeramente en los petos de los caballos. Soto maniobraba hábilmente con el suyo, impidiendo muchas veces la

caída de aquellos audaces jinetes a los que no rehuían sus atrevidos atacantes.

Avanzaban con dificultad, pero avanzaban; y a pesar de todo, mantenían un cierto nivel de relación con los indígenas porque si los españoles capturaban a alguno de sus atacantes, el resto no los dejaba abandonados a su suerte. Se daban cuenta de que aquellos blancos no intentaban simplemente hacer prisioneros y huir. Preguntaban continuamente por sus caciques a los que querían hablar. Uno de ellos les envió un mensaje pidiendo la devolución de treinta de sus hombres. Soto accedió viendo la posibilidad de entablar algún trato con él, pero cuando el señor intentó huirse, no dudó en retenerlo por la fuerza, con toda su gente. Necesitaba su ayuda para construir puentes con los que cruzar ríos y lagunas en aquellas tierras donde los senderos que se abrían entre una vegetación exuberante parecían no conducir a ninguna parte.

La desesperanza de algunos empezaba a alimentar la discordia entre los cansados españoles. Pero el Adelantado no cejaba en sus ánimos. Él, que había oído relatar a Francisco Pizarro las penalidades de su gente en los manglares de la costa ecuatoriana, no se dejaba amilanar por el paso de ríos a cuyas márgenes crecían los pinos corpulentos que podían facilitarle el avance hacia esa tierra de Apalache que iba buscando tanto por su propio interés como por ofrecer un estímulo a la hueste, a medio camino entre el desencanto y el cansancio.

El azar parecía situarle alternativamente entre situaciones que parecían casi desesperadas, sufriendo hoy una añagaza de indios aparentemente amistosos, para ofrecerle en la jornada siguiente el descanso en un pueblo bien abastecido y además vacío de guerreros, como aquel Aquacaleiquen, don-

de tuvieron, además, la fortuna de encontrar y retener a varias mujeres, entre ellas la hija del señor.

Estaban ya en la tierra de Apalache, allí donde había llegado Narváez con su gente. En los corrillos se murmuraba, recordando el mal fin que para aquellos había tenido la ruta que ahora seguían en la que según contaba Álvar Núñez, no había *camino para adelante, que no había otra población, antes todo era agua a una y otra parte. Todos se entristecieron con esta nueva y aconsejaban al gobernador que volviese al puerto y saliese de la tierra de la Florida, porque no se perdiese como Narváez; que yendo adelante, cuando quisiese volver atrás, no podría; que ese poco maíz que había lo acabarían los indios de alzar. A lo que el gobernador reconoció que no volvería atrás sin ver con los ojos lo que decían, que no lo podría creer y que estuviésemos allí con los caballos ensillados.*

Y así ordenó a un pequeño destacamento que retrocediera para dar orden a Luis de Moscoso de que fuera a su encuentro. También, en aquel grupo, más numeroso que el que acompañaba a Soto, y sin el estímulo de la presencia, siempre animosa, del Adelantado, cundía el sentimiento de fracaso. Convencidos de que tendrían que retroceder en breve, enterraban en secreto, para aliviar su pesada marcha, herrajes y utensilios que pensaban recuperar en breve. Menguaron así las posibilidades de defensa para jornadas posteriores, porque su Capitán General estaba firmemente decidido a continuar adelante.

Con todo el ejército reunido, ordenó la marcha hacia Apalache el día diez de septiembre de aquel primer año de su peregrinaje. Llevaban consigo, como rehén que garantizaba la fidelidad de al menos los guías y algunos indios para carga del bagaje, al señor de Aguacaleiquen, que no había querido dejar a su hija en manos de los blancos. Todavía contaban és-

tos con la colaboración de los que Paracoxis, enemigo de este señor, había entregado a Soto con el mismo fin, y que con la compleja mediación de Ortiz, como intérprete de lenguas a medias conocidas, informaban puntualmente de los propósitos que albergaban realmente aquellos apalaches. Los habitantes de la comarca salían al encuentro de la lenta comitiva. Se acercaban a saludarle y Soto les atendía con buenas razones. No quería provocar un ataque; les respondió que no tenía realmente preso al reyezuelo *pero que quería que fuese con él basta Uzacbil.* Le habían dicho que en este lugar gobernaba un poderoso señor, pariente y aliado de su rehén.

Un día sufrieron una emboscada que pudo ser terrible para ellos, pero que pudieron conjurar a tiempo gracias a los informes recogidos por Ortiz de los indios de Paracoxis. Habían proyectado dirigirse en son de aparente paz, una vez más, ante Hernando de Soto, siempre acompañado de su prisionero, que había convenido con los suyos una señal para lanzarse sobre los que ellos creían sus desprevenidos vigilantes. El ataqué se produjo, en efecto, pero la celeridad de la respuesta de jinetes y peones puso en huida a los atacantes. El mismo Adelantado, que iba a pie junto al cacique, y aparentemente despreocupado, tuvo dispuesto su caballo, en el momento, para dirigir la ofensiva. Él fue el blanco de los primeros ataques y su magnífico animal cayó de un certero flechazo, pero al momento, siguió la pelea en otro que le brindó uno de sus jinetes.

La noche se pasó en una persecución tenaz a unos fugitivos que no pensaban en abandonar totalmente el campo al enemigo. Refugiados en una laguna, sufrieron hasta el amanecer el cerco a que los sometieron los españoles, ayudados por los hábiles nadadores de Paracoxis, que obtuvieron la

rendición de todos los guerreros, menos la de sus indómitos y valientes jefes que prefirieron morir antes que entregarse.

Soto fue magnánimo después de su victoria sobre tan valientes enemigos y se limitó a someterlos como prisioneros. Mantenía su actitud de tratar de ganarse la confianza de aquella gente. No esperaba de su tenacidad, aun estando sujetos por cadenas, que intentaran de nuevo alzarse contra ellos y cuando iba a dirigirles la palabra tratando de convencerles de su intención de respetar sus vidas, sufrió el tremendo ataque de uno de aquellos casi gigantes encadenados, que intentó atenazarle la garganta y sólo alcanzó a darle un empellón que arrojó al suelo al arrogante Adelantado con la mandíbula destrozada y los labios sangrando. El desconcierto paralizó, por breves momentos, a los acompañantes de Soto, y la fortaleza de los prisioneros parecía ser suficiente para lanzarse sobre ellos, con sus cadenas.

Al fin, aquellos doscientos hombres, que se movían como energúmenos, pudieron ser reducidos, y en esta ocasión, la clemencia de Soto cedió paso a su enérgica represalia: *los mandó ajusticiar amarrados a un madero, en el medio de la plaza. Y los flecharon los indios de Paracaxis.*

Se levantó de nuevo el Real, era el día 23 de septiembre de 1539. Todavía tardaron un mes en alcanzar el centro de aquella región de Apalache, cruzando siempre ríos caudalosos o lagunas extensas que hacían torcer continuamente su rumbo. Pueblos vacíos y a veces incendiados, sin cosechas ni alimentos que aliviaran las necesidades de aquel ejército cansado, iban jalonando un itinerario que en cada etapa mermaba sus fuerzas y su entusiasmo. Hasta que llegaron a la vista de un asiento que ofrecía las mejores posibilidades: cosechas abundantes de alimentos que empezaban a apreciar, el maíz, el fri-

jol y la calabaza, junto a una gran variedad de árboles frutales.

En las orillas de un pueblo vacío establecieron de nuevo el campamento. Estaban en Ivihaico, cerca de la actual Tallahassee. Y pudieron saber por algunos indígenas que merodeaban por orden del cacique, oculto en los bosques vecinos, que hacía muchos años habían estado cerca de allí, en una bahía, unos hombres como ellos, construyendo unos barcos en los que habían embarcado, para no regresar nunca más. Seguían el rastro de Narváez, reconocían los lugares que les hubiera descrito Álvar Núñez, e incluso algunos de los nombres de los pueblos.

Para Hernando de Soto era un reto continuar más allá de donde Narvaéz había dado por fracasada su empresa en la Florida. Aquel sería precisamente para él el comienzo de su propia aventura, internándose en unas tierras que aún no conocían la huella de las herraduras de los caballos españoles.

Un grupo de jinetes reconoció aquella bahía donde quedaban aún las huellas del paso de Narváez: huecos troncos de árboles convertidos en improvisados pesebres junto a los huesos y las calaveras de los caballos, abandonados o sacrificados para alimentar a aquellos hombres desesperados, y el asiento de la fragua que había servido para forjar la clavazón de las embarcaciones que no pudieron resistir una navegación hasta Cuba.

Ivihaico fue un asiento duradero para Soto, y su tropa se dispuso a pasar aquel invierno en un lugar que parecía adecuado, no queriendo aventurarse por parajes desconocidos, hacia el norte, antes de haber reparado las fuerzas de hombres y caballos. Era el momento de llamar a su lado al retén que esperaba en Tampa, aquella bahía del Espíritu Santo; y esta otra de Achusi, la actual Apalachicola, podía servir de

resguardo seguro para aquellos pequeños bergantines que habían montado la guardia brindando la esperanza de un posible regreso de aquel ejército varado.

Juan de Añasco fue el encargado de ir en busca de aquellos impacientes compañeros, que regresaron con relativa facilidad y rapidez, por tierra, siguiendo el itinerario ya marcado por los de Soto.

El propio Añasco, después de remitir a Cuba la carabela con noticias de la expedición y algunas jóvenes indígenas capturadas, para el servicio de la esposa del Adelantado, regresó con los bergantines hasta aquel último puerto de la flota de Narváez.

Hernando de Soto, prudente, quería reconocer aquellas costas y enviar la información más segura de su situación para que pudiesen llegar hasta allí nuevos socorros desde Cuba.

En los últimos días de diciembre, había llegado Añasco, y a poco salió en los bergantines Francisco Maldonado con la misión de llevar a cabo aquel reconocimiento hasta el norte. *Tardó en esa jornada dos meses que ya a todos nos hacían mil años, por detenernos allí tanto, según teníamos noticias de la tierra de adentro.*

El factor Hernández de Biedma, que así se expresaba después, en un informe al Consejo de Indias, era uno de los que mantenían vivas las ilusiones alentadas por el Adelantado. Los indios hablaban de una tierra rica, hacia otro mar, al oriente. La leyenda de Chicora renacía otra vez en las esperanzas de Soto.

Y así, después de enviar a Maldonado, que también traía muestras y noticias alentadoras de la costa arriba, para pedir refuerzos a La Habana, inició el Adelantado de la Florida una

nueva etapa en su camino. Era el mes de marzo de 1540, y había citado a Maldonado allí mismo, para seis meses más tarde. Él iba, por tierra, camino del otro mar.

EL CAMINO DEL ORIENTE A TRAVÉS DE LOS GRANDES RÍOS

La orden de marcha movilizaba de nuevo aquel ejército, ahora repuesto de tantas jornadas por yermos y ciénagas. La larga estancia en Apalache, fértil y de mantenimientos abundantes, les había deparado una tregua en su cansancio, pero también les había dado la oportunidad de aprender a defenderse de las continuas emboscadas de unos guerreros que se movían incesante y sigilosamente alrededor del campamento. Habían causado algunas bajas entre ellos, y también, contaban con menos caballos; pero todavía disponía Soto de unos efectivos que le permitían enfrentarse con los riesgos de un camino por lugares desconocidos, que pretendía explorar con atención para proceder más tarde a una colonización eficaz, basada en una experiencia previa sobre las posibilidades de la tierra y las características de sus habitantes.

La geografía les había mostrado profundos contrastes, y las gentes que la ocupaban no parecían tener relación ninguna entre sí, ni siquiera un conocimiento preciso de lo que había más allá de los límites que cada pequeño señorío parecía considerar como su único mundo.

El Adelantado estaba decidió a comprobar por sí mismo que aquellos pequeños mundos conformaban la realidad de un territorio tan extenso como el que existía en las regiones australes, y buscaba en él un centro de poder comparable al Cuzco.

Las noticias que le dan unos indios jóvenes, capturados durante su estancia en Apalache, y que dicen haber recorrido los confines de las regiones vecinas, le recuerdan las primeras descripciones que él escuchara, en los caminos de Túmbez, de la gran capital del Tahuantinsuyu.

Y sin dudarlo, decide lanzarse en su busca, pero a cada nueva etapa encontrará que esas noticias se refieren siempre a una tierra que está más allá, y siempre al otro lado de alguno de los ríos bravos y caudalosos que parecen fragmentar hasta el infinito un espacio inacabable.

El norte va marcando siempre la ruta de la hueste que avanza lentamente. El paso de los ríos que encuentran al final de cada sendero, apenas trazado en una vegetación espesa, los detiene cada jornada. Aquí se arriesgan a cruzarlo en canoas que tienen que amarrar los nadadores más expertos con cadenas resistentes lanzadas de una a otra orilla. Más allá, se ven forzados a construir puentes con troncos de pino, que afortunadamente abundan en la región. Y todo ello, asediados por el ataque de los pequeños grupos de indígenas que lanzan sus flechas a distancia con increíble puntería.

Después de veinte días de una marcha siempre penosa y difícil, encuentra, al fin, un pueblo grande pero sólo puede brindarles un albergue pasajero con su comida no muy abundante, y sus casas subterráneas, revestidas de bálago, que los habitantes utilizan en los inviernos crudos. Es gente pacífica que no sabe de la presencia de este ejército numeroso, y que le brinda su colaboración con tal de ver liberados a los des-

prevenidos que habían sido capturados en los alrededores. Pero solamente podían compartir con los recién llegados su propia pobreza.

No es este pueblo de Toa el que buscaba Soto, y pretende continuar inmediatamente. Pero por primera vez advierte en su gente una actitud de franco rechazo a seguir sin discusión sus órdenes. No ve la amenaza de un motín, pero su prudencia le aconseja no forzar la voluntad de una hueste cansada, si no quiere provocarlo realmente. Por esto, se arriesga a convocar discretamente a cuarenta de los hidalgos que forman entre la hueste, apelando a su sentimiento caballeresco y a su voluntad de servir a su Majestad. A media noche, cuando el cansancio vence a la tropa, salen en silencio de Toa en busca de un camino que los conduzca a mejor sitio.

Una vez más, Hernando de Soto abre el camino que pueda facilitar la marcha de su ejército, y siguiendo su intuición, o confiando en lo que Ortiz ha conseguido averiguar de aquellos cautivos de Apalache, a los que lleva como guías, se dirige con seguridad a una región más allá de una ciénaga. Cabalgan incansables los cuarenta, una noche y un día, reviviendo aquellas jornadas de Nicaragua; y su confianza se ve confirmada al llegar al centro de una nueva provincia, la de Atapaha, donde en el poblado de Chisi, asentado en una isla de un río caudaloso, encuentran una cordial acogida de su sorprendido cacique. Estaban en las tierras del actual Estado de Georgia. Y habían llegado el 25 de marzo de 1540, día de Jueves Santo y de la Encarnación de Nuestro Señor. Es un buen augurio.

El Adelantado se dirige con respeto al cacique, que quiere saber quiénes son, de dónde vienen y qué quieren aquellos hombres que acaban de surgir con sus caballos cansados, de las aguas del río. Por primera vez, y valiéndose de la confusa

mediación de Juan Ortiz y de uno de los muchachos que lleva por guía, Soto cumple con la formalidad de exponer los extremos del Requerimiento que la Corona quería que se hiciese a los habitantes de cada región recién descubierta. El cacique sólo entiende que aquellos visitantes no van en son de guerra, y pronto los ve alejarse.

Cuando cuatro días después aparecieron de nuevo, pero acompañados de un grupo de algunos centenares de compañeros semejantes a ellos, les preparó un recibimiento de acuerdo con las mutuas declaraciones de amistad que se habían hecho. Hermosas muchachas cubiertas con vestidos blancos les ofrecieron frutos de la tierra. La calidad del tejido admiró a los cristianos, que hasta allí sólo habían visto criaturas semidesnudas y de aspecto que a ellos les parecía salvaje. A Fernández de Oviedo le contaron después que habían visto cómo la fibra era de cáscaras de morera, que las mujeres hilaban con tanta habilidad que lograban *hacerlo tan bueno como hilo de Portugal, de lo más precioso que procuran en España las mujeres para labrar, y más delgado y parejo, y más recio.*

Aquella buena tierra parecía ser indicio de otra mejor, y Soto aceleró su marcha por ella sin que nadie manifestara disgusto por la premura. Ya no era preciso avanzar vigilando las espesuras de los bosques adivinando la presencia de enemigos huidizos. Y cuando una vez más encontraron el obstáculo de un río grande, el cacique del pueblo ribereño les brindó sus canoas para cruzarlo con comodidad y rapidez. Era el caudaloso Ocmulgee, cuyo curso, observaron —por primera vez desde que caminaban por aquellas tierras—, se dirigía no al sur, de donde ellos venían, sino al este.

Estaban en la ruta adecuada para encontrar la mar del norte y el interior de las tierras de Chicora buscadas antaño,

desde sus costas, por el oidor Lucas Vázquez de Ayllón. Y en efecto, los habitantes de aquel pueblo les dieron noticias de una provincia rica, a muchas jornadas de aquel río, pero de la que los separaba un espacio desierto y de travesía difícil.

Hernando de Soto convocó al principal del pueblo, del que le dijeron que era un valiente guerrero que jamás se despojaba de sus armas, ni siquiera para dormir, porque *estaba en la frontera de otro cacique llamado Cofitachiqui, su enemigo, e que no vendría sin ellas*. El Adelantado sabía tratar a aquellos jefes guerreros y dialogar con ellos si no se adelantaban a sus intenciones pacíficas con actitudes hostiles. Y como hacía muchos años oyera decir a Francisco Pizarro, en los mensajes intercambiados con Atahualpa la víspera de su captura, tranquilizó a los emisarios afirmando que un guerrero está bien con sus armas y que no dudara en presentarse con ellas.

Y lo trató como a un gran señor, al ofrecerle un vistoso tocado, aunque sabía que no era sino un sujeto del jefe principal de aquella región, que vivía en un gran pueblo llamado Ocute. Pretendía atraer su curiosidad y conseguir que éste viniera, también, a entrevistarse con él; pero quería asegurar, con la compañía del guerrero, la actitud pacífica de todos sus sujetos cuando atravesara el territorio. Y Ocute llegó para acompañarlo hasta su pueblo. El ejército iba descansado, con la ayuda de los cargadores brindados por el pueblo que abandonaban. El de Ocute era mayor y mejor abastecido.

Hernando de Soto tuvo que hacer valer su autoridad para impedir que sus hombres saquearan sin medida los depósitos de su generoso anfitrión, que empezaba a mostrar señales de hostilidad. No era conveniente despertar recelos inútiles cuando preveía una marcha larga y difícil hasta aquella región de Cofitachique, de la que todos hablaban como una provincia de enemigos. Y el de Ocute era pariente del señor

de otra provincia colindante y amiga, la de Cofaqui, en la que él pensaba disponer con cuidado sus futuras jornadas.

Ocute fue de nuevo un paréntesis de descanso. Obtuvieron cargadores y víveres para llegar hasta Cofaqui, y en recuerdo de su estancia plantaron una gran cruz en la entrada del pueblo. Las noticias de la presencia de aquellos guerreros que tenían unas extrañas armas y montaban en unos grandes animales, que parecían ser valientes y poderosos, habían llegado a Cofaqui con rapidez. Podrían ser unos magníficos aliados para enfrentarse a sus temibles enemigos de Cofitachequi, que asediaban continuamente sus fronteras, sin dejarlos jamás acercarse hasta su tierra.

Mediaba ya el mes de abril de 1540, cuando entraron en Cofaqui, y se le ofrecieron en nombre del señor los más principales guerreros del pueblo para acompañarlos en su marcha a Cofitachequi, que al parecer ellos nunca se habían atrevido a realizar por miedo a cruzar una tierra inhóspita y peligrosa.

Soto aceptó el ofrecimiento de aquella compañía que supondría, además, la ayuda de más de quinientos cargadores para transportar el bagaje de sus hombres. No calculó que eran, también, muchas bocas para alimentar, porque los atrevidos guías que los habían conducido de forma tan segura hasta el comienzo de aquella buena tierra, en la provincia de Chisi, aseguraban que los temores de los de Cofaqui, eran pura exageración, que en sólo tres jornadas llegarían a la provincia de Cofitachequi, la de las perlas y la riqueza.

Aquella de Cofaqui es tierra fértil, de amplias vegas bien cultivadas por los laboriosos pueblos de las tribus de los *creek*, donde los cristianos sólo echan en falta el condimento de la sal para aderezar sus comidas de maíz o de carne de pequeños perros mudos, cebados para servir de alimento espe-

cialmente apreciado, que permite ahorrar la carne de cerdo. Pero no les importa dejarla atrás para ir en busca de las riquezas de Chicora.

Todos apremian al Adelantado a proseguir su marcha, y aquel pesado ejército camina con lentitud, con sus aliados indígenas. Sin perder el Norte, se dirigen siempre hacia el Este, y cuando a duras penas vadean el río Oconee, entran en un territorio en el que sus guías se sienten perdidos. La alta y espesa arboleda puede ser refugio de indios de guerra, y se hace totalmente inasequible a los caballos. Pero cuentan con la ayuda de los hábiles flecheros que comanda un valiente guerrero de Cofaqui, llamado Patofa.

No encuentran esos enemigos, porque la tierra está absolutamente despoblada, y cruzada por ríos y torrenteras numerosos. Los víveres se acaban, y no hay cosechas a la vista para reponerlos. Los cristianos no son hábiles en el arte de la caza, y apenas cuentan con lo poco que sus aliados indígenas pueden conseguir con sus flechas. El hambre, como en las jornadas desde Ucita a Apalache, parece amenazar la supervivencia más de los hombres que de los animales. Pero la situación es ahora más angustiosa. No tienen cerca la salida del mar, con los bergantines esperando. Se encuentran aislados en una tierra que parece no tener fin. El desánimo vuelve a adueñarse de todos, menos del infatigable y tenaz Adelantado.

El mismo dirige un pequeño grupo para buscar un camino en aquel laberinto que parece impenetrable, mientras su ejército descansa. Pero sólo encuentra nuevos brazos de algún río que parece adueñarse de todo el bosque.

No tiene objeto agotar fuerzas y alimentos en una marcha que siempre va a tropezar con la barrera de un río. Es preciso tomar una decisión bien pensada, agotar todas las posibilida-

des para salir de un lugar en el que los guías se encuentran totalmente desorientados.

No es suficiente que algún grupo salga al azar, en cualquier dirección, para regresar en la noche, exhausto y desalentado, con miedo a alejarse demasiado del Real. Hernando de Soto emplea una táctica que presume como la única eficaz, aun a riesgo de ver momentáneamente menguados sus efectivos. Y decide enviar hacia los cuatro rumbos otros tantos equipos de exploradores integrados por los mejores nadadores de la hueste, y con los caballos más resistentes y ligeros. Llevan víveres para diez días, al cabo de los cuales, todos deben regresar traigan las noticias que traigan. Y él se dispone a la espera con un ejército cansado y hambriento. También piensa en despedir a Patofa, con sus guerreros y cargadores, porque no puede alimentarlos a todos. Se arriesgará, solo, a lo que el destino le depare más adelante. Pero esta gente es precisamente la mejor preparada para hacer frente a aquella situación de aislamiento y de hambre, y deciden compartir con los cristianos el magro botín de sus correrías como cazadores y recolectores de plantas comestibles que ellos conocen bien.

Fue el afortunado Juan de Añasco, que había seguido el cauce del río cercano, hacia el Oriente, el primero en regresar con noticias de un poblado, aunque pequeño, a sólo una jornada de camino, y Hernando de Soto quiso confirmar personalmente las posibilidades de aquel nuevo lugar, adelantándose hasta él con unos pocos jinetes, antes de arriesgarse a mover inútilmente todo el Real.

Y como las condiciones le parecieron favorables, envió orden de que todos lo siguieran, sin aguardar el regreso de los otros tres grupos de exploradores, para los cuales dejó, en el campamento del hambre, señales bien visibles de una carta

en la que les marcaba el rumbo que habían de seguir para encontrarse todos en el pequeño poblado de Aymay.

Todos ellos llegaron poco después, y todos con noticias de que al fin se encontraban cerca de Cofitachequi, aunque la concreción de esas noticias las consiguiera el Adelantado valiéndose de un método al que ya había recurrido en alguna ocasión en sus experiencias en Nicaragua o el Perú: sometiendo al tormento del fuego a aquellos indígenas que sus exploradores habían conseguido capturar, para que les sirvieran como guías y como intérpretes, con la complicada mediación de los cautivos de Apalache y el leal Juan Ortiz. Le preocupaba esta actitud hostil y remisa, que no había encontrado en sus últimos encuentros con los habitantes de la región, y descubrió que la razón estaba en que los indios aliados de Patofa estaban llevando a cabo las *razias* sangrientas que los habían empujado a prestar su colaboración a los cristianos.

Con tacto y habilidad, para evitar ir dejando a sus espaldas unos enemigos que pudieran obstaculizar su regreso, si necesitaba pasar de nuevo por las tierras de Cofaqui, despidió a sus agresivos aliados con mensajes de amistad y gratitud para el cacique. Él prefería llegar hasta Cofitachequi con sólo los cristianos. Ya sabía que en aquella tierra gobernaba una mujer, que conocía su presencia, y no quiso aventurarse a un encuentro que diera la apariencia de intentos de invasión; y recordando la actitud de Atahualpa, decepcionado ante una embajada en la que no figuraba el jefe de los blancos que se habían adentrado en su tierra, quiso ir él mismo, precediendo a todo su ejército, a saludar a aquella gran señora.

Pero en esta ocasión fue la prudencia de ésta la que sorprendió a Soto, que al llegar a la orilla del gran río que lo separaba del hermoso poblado donde residía la cacica, vió acer-

carse hasta él una pequeña flotilla, de cuatro almadías, conduciendo una embajada presidida por una joven mujer, pariente de la señora. Hacía saber a sus huéspedes que los recibía de paz y que ella personalmente quedaba disponiendo todo lo necesario para agasajarlos convenientemente.

Cuando Hernando de Soto tuvo todo su ejército dispuesto a la orilla del río, con desconfianza de las verdaderas intenciones de aquella pequeña soberana, pudo observar desde lejos la brillante comitiva que cruzaba el cauce para ir a su encuentro. La cacica iba en *una almadia que tenía entoldada la popa. Y en el suelo estaba ya echada su estera, extendida y encima dos cojines, uno sobre otro, donde ella se sentó. Y con sus principales en otras almadias de indios que la acompañaban fue para donde el gobernador estaba.* Ni la más leve señal de escolta de guerreros se divisaba en el río. Soto esperó confiado, y la entrevista entre ellos se desarrolló en los términos de la más exquisita cortesía. La preferencia por unas relaciones de pacífica amistad eran posibles una vez más.

La joven señora de Cofitachequi observaba con ojos curiosos a sus extraños visitantes, y con su trato gracioso pretendió mantener en aquellos hombres de aspecto rudo aquel tono de gentileza que había advertido en su jefe, cautivándolos a todos con la entrega de una magnífica sarta de gruesas perlas que entregó al admirado Hernando de Soto, como prenda de amistad.

Después puso a su disposición una segura flotilla de almadías que por una vez facilitó a todo aquel ejército cansado la travesía de un río caudaloso. El Savanah corría con calma hacia el S.E.; no muy lejos, le dijo a Soto la Señora, se encontraba el mar. El aspecto de la región era prometedor; nogales y moreras crecían en sus vegas fértiles, pero las cosechas de maíz no eran abundantes. La Señora ofreció a los

cristianos lo que tenía, advirtiendo de la escasez de comida, aunque sus depósitos estaban bien abastecidos en cambio de cueros de venado, primorosamente curtidos, y de ropa de la tierra, consistente en *mantas de hilado de corteza de árboles y mantas de plumas blancas, verdes, rojas y amarillas, a su uso, lozanas y provechosas para el invierno.*

Sorprendía al Adelantado que en un pueblo que daba muestras de ser industrioso y de tener una forma de vida más avanzada, que usaban habitualmente ropa y calzado, a diferencia de los que habían dejado atrás, desde Apalache, existieran numerosos asentamientos abandonados, invadidos por la maleza sus campos de cultivo. Se le informó de que dos años antes, una extraña enfermedad había asolado toda la región y los supervivientes de aquella epidemia se habían trasladado a otros lugares. Ésta era la causa de la escasez de cosechas.

Los enterramientos de sus muertos, numerosos, daban fe de que aquella buena tierra había estado con anterioridad muy poblada. La experiencia de Soto sobre las riquezas que los habitantes de las Indias acumulaban en las tumbas de sus antepasados, lo indujo inmediatamente a hacer una exploración de la importante necrópolis de Cofitachequi. La ausencia absoluta de oro, en los suntuosos adornos de los cuerpos de los principales enterramientos, lo convenció de que no era aquella una tierra de minas. Pero en cambio, las perlas abundaban hasta el derroche, cubriendo casi por completo a aquellos cuerpos apergaminados. La cacica no tuvo ninguna repugnancia en entregárselas, e incluso, les indicó el lugar de los cementerios, de los despoblados, donde podían encontrar más. Las pesquerías del Savanah las brindaban en abundancia. Y recogieron hasta siete arrobas de ellas, aunque aquellos expertos conocedores de tesoros no dejaron de sentirse

decepcionados al advertir que su calidad se depreciaba porque habían sido extraídas de las madreperlas, aplicando éstas directamente al fuego, que las había dañado.

Quedaron mucho más sorprendidos al encontrar, también, cuentas de vidrio, algún rosario de azabache y hachas de las usadas en Castilla.

Habían encontrado las huellas de la expedición de Lucas de Ayllón; parecía que estaban en la fabulosa Chicora, pero la realidad de lo que veían defraudaba sus esperanzas de encontrar otro Cuzco. Y en efecto, los habitantes de Cofitachequi le contaron que hacía muchos años habían encontrado todo aquello en un asentamiento junto al mar próximo, donde habían estado por corto tiempo unos hombres como ellos, pero que no se habían aventurado a abandonar la costa, en la que murieron muchos.

Y Hernando de Soto se enfrentó de nuevo con el desafío de llegar más adelante que su precursor en aquella tierra. Chicora podía estar más al norte, allí donde no consiguió entrar el infortunado oidor de La Española.

La exploración de la costa no tenía sentido para él, era la tierra adentro lo que podía brindarle mayores oportunidades; y desandar su camino tampoco compensaba el enorme esfuerzo que le había supuesto llegar hasta aquellas latitudes. Pensaba que remontando aquel río, por su margen izquierda, podía encontrar mejores tierras; y dispuso su salida con prontitud, a pesar de que de nuevo su gente lo apremiaba a establecer alguna población entre aquellos serviciales *cherokees*. Sus razones para no hacerlo, las expuso con energía después de haber oído el parecer de los suyos. Porque era *hombre duro y seco de palabras; aunque holgaba de escuchar y saber el parecer de todos, después que decía el suyo no quería que le contradijesen, y siempre bacía lo que a él le parecía.*

En esta ocasión Hernando de Soto pensaba que se acercaba el plazo de seis meses que diera a Maldonado para regresar, desde La Habana, a la bahía de Ochusi, en territorio de Apalache, con refuerzos y bastimentos. Y no quería que la falta de noticias hiciera pensar en un nuevo desastre, y que se diera por desaparecido a todo su ejército. Su proyecto de colonización pasaba por un previo reconocimiento de todo el territorio para proceder, después, a establecer su centro de acción en el lugar más adecuado. *Y así todos se conformaron con su voluntad*, una voluntad que se afirmaba en argumentos verdaderamente razonables.

Siguió empleando su táctica de hacerse acompañar, en su marcha, por cada uno de los señoríos que recorría, por el cacique respectivo para asegurarse de la ausencia de posibles ataques sorpresivos. La señora de Cofitachequi, con su pequeño séquito, formaba parte de aquella expedición que salía de la tierra de las perlas, mediando casi el mes de mayo de 1540. Por la ruta del Norte, siguiendo el valle del río, hacia el oeste, en su nacimiento, recorrieron tierras pobres y devastadas hasta entrar en una región de sierras altas, llamadas de Xuala, donde pensaron encontrar vestigios de minas. Se encontraban en los límites del dominio de Cofitachequi.

Lo intrincado de aquellas montañas dificultaba la marcha de los caballos, y el cansancio agotaba de nuevo a aquella hueste, entre cuyos hombres empezaba a surgir la tentación de desertar. Tres de ellos abandonaron allí al Adelantado, que tampoco fue capaz de evitar la huida de la cacica, con su séquito. La Señora se había prendado de uno de ellos, un esclavo negro muy ladino, con el que regresó a su poblado.

Y Soto continuó torciendo su rumbo hacia el oeste. Recorría el extremo meridional del actual Estado de Carolina del Norte, para adentrarse en el de Tennessee. Y por fortuna, a

pesar de no contar ya con la garantía de la compañía de un señor de la tierra, fue bien recibido por los de varios pueblos establecidos, de nuevo, en amplios valles, o en isletas en medio de nuevos ríos. Una vez más, daban tregua al hambre y al agotamiento. Aquellos *cherokees*, hábiles recolectores, les ofrecían, además de su apreciado maíz, frutas de morera y ciruelas, y manjares totalmente desconocidos, o casi olvidados, por todos ellos, y manteca de nueces, derretida en calabazas huecas o panales de miel, que nunca volvieron a encontrar en el resto de su viaje. La hospitalidad del señor de Chiaha, en una isla del Tennessee, parecía superar a la de todos cuantos hubieron encontrado hasta el momento. También, aquellas vegas fértiles parecían un buen lugar para poblar y asentarse, pero Soto permaneció en ella, solamente, treinta días. Pero las exigencias desmedidas del propio Soto, que reclamaba servicios con cierta altanería, y los desmanes de algunos de sus hombres pusieron en peligro la seguridad del grupo.

Sólo las dotes de negociador del Adelantado pudieron resolver la situación. Había recogido noticias de que hacia el sur había tan buenos pueblos como aquel, no muy lejos, y en esta ocasión, prescindió de la compañía del cacique, del que se despidió amigablemente, entregándole piezas de ropa y adornos que halagaron su vanidad, y, posiblemente, despertaron en sus vecinos deseos de entablar amistad con aquellos hombres de los caballos y las armas extrañas, que no les hacían la guerra.

Iniciaron la ruta hacia el sur, cerrando el arco que habían iniciado en Cofitachequi. A primeros de julio entraban en un poblado de características similares al anterior. Coste estaba, también, en una isla del río, y en ella establecieron su campamento. Allí tuvo Hernando que castigar con dureza a algunos de los suyos, que repetían los desmanes de saqueo y pi-

llaje despertando el recelo de los indígenas, cuyo ataque inevitable se vio obligado a repeler con dureza, tomando, una vez más, al cacique como rehén, para dirigirse pronto a otro lugar.

Estaban cerca del gran señorío de Coza, y el Adelantado no quería correr nuevos riesgos. Ordenó, con energía, evitar cualquier acto de violencia; obligó a los suyos a devolver el producto de sus pillajes, en los pueblos que iban recorriendo, para captarse la confianza del majestuoso señor, cuyo poder reconocían todos aquellos pequeños caciques. Y estas medidas dieron el resultado esperado por Soto. Cuando se iba acercando al poblado principal, vio llegar una vistosa comitiva, con una litera conducida a hombros de indios que parecían ser principales, en la que se alzaba la imponente figura del gran señor *sentado en un cojín y cubierto con una ropa de martas, de la apariencia y tamaño de un manto de mujer. Traía en la cabeza una diadema de plumas, alrededor de si, muchos indios tañendo y cantando.* El recuerdo de la plaza de Cajamarca afloraba de nuevo en la memoria de Soto, y sus hombres quedaron impresionados ante aquellas muestras de poder, y esperanzados por el aspecto de aquella tierra, una de las mejores y más abundosas que hallaron en la Florida. Una tierra que tentó a nuevos desertores cuando Soto reinició su marcha haciéndose acompañar por el señor de Coza, hasta los límites de sus tierras. Le inquietaba el estilo de las construcciones fortificadas que iba encontrando en aquella frontera. Parecían entrar en una zona donde los pacíficos recolectores se convertían en guerreros feroces, que le recordaban los continuos ataques de los apalaches, y no quería avanzar a golpe de luchas y emboscadas. Aquellos pueblos estaban bien defendidos, con sólidas cercas *y son desta manera aquellos muros: hincan muchos palos gordos, altos y dere-*

chos, juntos unos con otros; estos téjenlos con unas varas largas, y embarranlos por de dentro y por fuera, e hacen sus saeteras a trechos, y hacen sus torres y cubos repartidos por el lienzo y partes del muro que le convienen: y apartados dellos, parescen a la vista una cerca o muralla muy gentil, y son bien fuertes tales cercas.

En uno de estos pueblos, llamado Talisi, ya en el curso alto del río Cossa, supieron que estaban junto a una nueva provincia, y Soto autorizó a su rehén a regresar, aunque buscó un cierto margen de seguridad, manteniendo junto a él a una hermana del cacique, y enviando mensajeros al señor de la región vecina, Tuscaluza.

No tuvo necesidad de exigir por la fuerza la entrega de muchos portadores o indios para el servicio del campamento: uno de los señores de aquellos pueblos ribereños se los había ofrecido voluntariamente, a cambio de los apreciados espejos y cuchillos, que los cristianos empleaban como artículos de, trueque en sus transacciones personales con los indios.

Pero el paréntesis del avance pacífico y sin luchas estaba a punto de terminar para aquel ejército errante.

ENTRE LOS VALLES DE ALABAMA Y LAS PRADERAS DE ARKANSAS

Cuando Hernando de Soto, en su avance hacia el sur, camino de su cita con Maldonado, entró en la región de Tuscaluza, se enfrentó con hombres cuyo imponente aspecto superaba con mucho al de todos cuantos hubiera visto hasta aquel momento. La aventajada estatura y el pone de fiereza majestuosa de los *chocktaw* hizo pensar a todos aquellos hombres, de talla mediana, enjutos, y, además, agotados por sus largas marchas, que se encontraban ante verdaderos gigantes. Y entre todos, destacaban el señor principal de aquella tierra y su hijo, que acrecentaban su distinción en lo vistoso de sus adornos e insignias, y que mostraron desde el principio un tono desdeñoso con los blancos que se acercaban.

El Adelantado, a la vista del pueblo, grande y fortificado, como los que había dejado atrás, envió un pequeño grupo de quince jinetes, dirigidos por su lugarteniente Moscoso, para anunciarle una llegada que los del pueblo ya conocían y esperaban.

El gigantesco cacique aguardaba en una plaza, a la puerta de sus aposentos, bajo una gran balconada, y rodeado a distancia de sus principales guerreros. Solamente uno, el mayor entre todos ellos, permanecía al lado del Señor, protegiendo su persona de los rayos del sol con una vistosa pantalla redonda, de piel de venado, sujeta a un asta pequeña que *de lejos parecía de tafetán por ser los colores muy perfectos*. Moscoso quiso emular a su jefe en aquella memorable jornada de Cajamarca, cuyo relato había oído contar cien veces, desde que llegara al Perú con su pariente el Adelantado Pedro de Alvarado, y que el propio Soto le había referido en más de una ocasión.

El tono imperturbable del cacique Tuscaluza, que escuchó su mensaje con aire ausente y distraído, lo tentó a provocar en él algún signo de sobresalto y, si era posible, de temor, haciendo evolucionar los caballos en el espacio de la plaza. Pero su reacción, como antaño la de Atahualpa, fue la de limitarse a levantar, apenas, los ojos, sin inmutarse ante aquel espectáculo desconocido para él.

Y cuando poco después llegó el Adelantado rodeado de su guardia personal con sus más lucidas armas, el gran jefe mantuvo el mismo tono displicente, sin moverse de su asiento. Apenas correspondió al saludo amistoso que Ortiz traducía con palabras y tono adecuados a la majestuosidad de su interlocutor.

Y a la petición de que brindara a los blancos el servicio que necesitaban, de alimentos y hombres, para llevar su impedimenta hasta más adelante, contestó con arrogancia que *él no acostumbraba a servir a nadie, antes todos le servían a él.*

Soto se percató al instante de que el juego de la simulación de amistad y la diplomacia que tan bien sabía desplegar con aquellos jefes de guerreros, le iba a resultar difícil en esta

ocasión. Y no dudó en mostrarse arrogante a su vez, sometiendo al de Tuscaluza a una ostensible vigilancia de todos sus movimientos, desde el primer momento. Por su parte, el astuto jefe de guerreros aparentó ceder a las pretensiones de su huésped, prometiendo la ayuda solicitada, pero no en aquel pueblo, sino en otro, más al sur, donde le dijo que contaba con mayores efectivos. Era el asentamiento de Mavila, a donde él enviaría mensajeros con orden de que se dispusiera todo lo necesario para recibir a los viajeros que iban camino de la mar.

Pero Soto desconfiaba del auténtico sentido de aquel mensaje, y se apresuró a enviar por su parte a dos de sus más ágiles exploradores, duchos ya en las correrías sigilosas por aquellas tierras de vegetación espesa, cruzada por torrenteras. Aunque no desechó su política, ya habitual, de halagar la vanidad de los caciques indígenas, y había regalado al gran Tuscaluza un vistoso manto rojo, que lucía orgulloso, cabalgando junto al Adelantado en uno de los mejores y más corpulentos caballos de la hueste. Porque Soto lo había forzado a acompañarlo en su viaje a Mavila. Así pudo contar con la ayuda necesaria para cruzar en balsas un nuevo río, el Tombeebe, cerca de su confluencia con el Alabama, cuyo curso venían siguiendo para llegar al mar.

En este lugar Hernando de Soto empezó a comprender las razones de la actitud recelosa de Tuscaluza. Aquellas gentes conservaban, todavía, en su recuerdo, la llegada, ya lejana, de las naves de Narváez a las costas de su tierra. Y desconfiaban de los propósitos que pudieran albergar estos hombres, semejantes a aquellos, aunque en esta ocasión hubieran surgido de los bosques y ríos del norte, y no de las ciénagas pantanosas del litoral.

Hasta el pequeño poblado que encontraron al otro lado del río habían conseguido adentrarse dos hombres, uno de ellos, un blanco, y otro, negro. Les enseñaron, orgullosos, un puñal que conservaban como recuerdo de aquella remota visita. Muchos recordaron los relatos de Álvar Núñez Cabeza de Vaca sobre las trágicas jornadas que precedieron a la dispersión de la flota, y que sin duda habían tenido por escenario las proximidades de aquella tierra que ellos pisaban; y recordaban, también, que aquel esforzado viajero hablaba de un caballero griego, Don Teodoro, que acompañado de un esclavo negro, se había aventurado hacia el interior en busca de ayuda, y al que esperaron inútilmente hasta que se convencieron de que había perecido a manos de los indígenas.

Al Adelantado no le quedaban dudas sobre la conveniencia de apercibir a su gente y dar la consigna de que no cedieran a una imprudente confianza en fingidas amistades. Sobre todo cuando, ya a la vista de Mavila, sus exploradores llegaron con noticias de que la plaza daba la impresión de estar ocupada por muchos más guerreros de los que aparentemente se veían en su recinto, no muy grande, pero sólidamente fortificado.

En la mañana del 18 de octubre de 1540 llegó todo el ejército, con el séquito de Tuscaluza, a la vista de aquella pequeña fortaleza. Su cacique, vasallo del gigante, salió a recibirlos, y Soto puso en marcha el plan que había proyectado.

Solamente él, con los caciques y unos pocos de su guardia con su capitán Espíndola y el fiel Rangel, entrarían, en principio, en el recinto. Lo seguiría, a escasa distancia, una pequeña vanguardia. El grueso de la hueste, con D. Luis de Moscoso, quedaba un poco más atrás, a la espera de recibir las órdenes de un avance más rápido, si se hacía necesaria su presencia. Soto parecía querer demostrar confianza a sus an-

fitriones al dejar tras de sí a la mayoría de su gente, pero preparaba el modo de rechazar una posible agresión.

Y ésta no tardó en hacerse patente, apenas pasados los primeros momentos de estancia de Soto con su corta escolta dentro de los muros de Mavila. Tuscaluza intentaba distraer la atención de sus huéspedes con la presencia de un grupo de jóvenes muchachas danzando graciosamente en la plaza, dando lugar a que el resto de la tropa entrara en el poblado. Pero su actitud hizo entrar en sospechas a Soto cuando vio que se introducía en uno de los edificios que rodeaban la plaza.

Discretamente ordenó a Baltasar Gallegos que lo siguiese y éste observó que la estancia estaba llena de guerreros que atendían órdenes tajantes y autoritarias de su señor. Uno de ellos le cerraba el paso con actitud amenazante y el español respondió con no menor violencia, terminando por desembarazarse de él dándole una tremenda cuchillada. Fue como si se hubiese dado una esperada voz de alarma.

La plaza se llenó de gritos y de flechas, que apenas podían esquivar los pocos españoles que a toda prisa intentaron huir de aquella trampa mortal. Cuando alcanzaron la puerta de la empalizada no hallaron más obstáculo que el de sus propios cargadores indígenas que apilaban contra ella los pesados fardos de su bagaje, que quedó dentro del muro.

Por fortuna, los sucesos se habían precipitado con mayor celeridad que la prevista por Tuscaluza, y la vanguardia estaba, todavía, en el llano que rodeaba la ciudad bien limpio de cualquier obstáculo, para poder librar en él la batalla que preveían.

Los ocupantes de la fortaleza cometieron el error de cerrar sus puertas tras Soto y sus jinetes. Ahora eran ellos los que quedaban atrapados, aunque su número muy superior les da-

ba una confianza que se advertía en el tono vibrante de sus gritos de guerra y en su actitud provocativa cuando alzaban por encima de la empalizada los fardos con las pertenencias de los que quedaban fuera. Ni un hueco libre se vislumbraba sobre el perfil de la cerca. Hileras de guerreros blandían sobre ella sus arcos, y los tejados de todos los edificios se convirtieron en atalayas que dominaban la redonda del campo donde estaban sus ya declarados enemigos.

Bajo una incesante lluvia de flechas, la vanguardia de Soto mantenía un cerco que trataba de evitar la salida de los del pueblo, a toda costa, porque por sus pasadas experiencias de la lucha en campo abierto, sabían aquellos jinetes que los caballos eran blanco fácil de aquellos certeros tiradores. Y así, el Adelantado organizó su ataque, no bien hubo llegado el grueso del ejército, prescindiendo de los caballos. Todos pelearon a pie, porque ya en los primeros intentos de acercamiento al muro, habían muerto algunos animales. Seleccionó a los más ágiles y a los mejor armados de sus hombres, peones o jinetes, aquellos que disponían de una defensa adecuada contra las flechas mortales, consistente en corazas más livianas que las pesadas cotas de malla, hechas de acolchados y gruesos chalecos de algodón, que algunos habían aprendido a hacer en sus campañas mexicanas. Hernando de Soto los distribuyó en cuatro escuadrones para atacar a un tiempo los flancos de la empalizada, con orden de abrir un hueco que permitiera la entrada del resto en el pueblo, y de que prendieran fuego a las casas.

Lograron su objetivo, y el horror del incendio, la fiereza de la lucha cuerpo a cuerpo de los duros soldados de Soto, contra aquellos hombres corpulentos y fuertes, constituyen en los relatos de sus protagonistas cuando narran la jornada trágica de Mavila el más formidable canto del arrojo y la va-

lentía de todos ellos. Ninguno deja de admirar la valentía de los fieros *chocktaw*, que pelearon como *bravos leones con tanto ánimo que volvían muchas veces a lanzar a los nuestros afuera*. Incluso *las mujeres y aun muchachos de cuatro años reñían con los cristianos y muchos indios se ahorcaban por no venir a sus manos, e otros se metían en el fuego de su grado*. Cuando los arcos de los últimos defensores, acosados entre el humo y las llamas, les resultaban ya inútiles para pelear, sus cuerdas les sirvieron para ahorcarse con ellas a la vista de sus atacantes, que hicieron también gala del más arrojado valor.

Cuando la noche se iluminaba con los últimos rescoldos de aquella hoguera patética. Soto pudo comprobar que había librado una batalla culminada en realidad en una victoria perdida. Apenas unas pocas mujeres, de entre los defensores —tres mil personas— sobrevivieron al ataque. De los guerreros, sólo Tuscaluza había conseguido escapar, en los primeros momentos del cerco, impulsado, quizá, por sus propios hombres, para que al menos la tierra no quedara sin jefe que la gobernase. En vano buscaron su cadáver entre los escombros.

Pero también para los cristianos la jornada había costado un alto precio. Murieron veinte, y muchos quedaron malheridos. Perdieron también algunos de sus caballos, y todo el bagaje quedó calcinado, junto a la cerca, incluido el único botín de importancia recogido hasta el momento: las perlas de Cofitachequi. Sólo ellos, sin la ayuda de servidores indígenas, con sus armas como única hacienda, quedaban en aquel lugar de desolación.

El contador Biedma resume en una frase, con escalofriante parquedad, la terrorífica sensación de angustia y abandono que debió embargar el ánimo de todos en aquella noche de

horrible pesadilla, en que unos a otros se arrancaban las puntas de flechas, clavadas en sus cuerpos: *curámonos aquella noche con el unto de los mismos indios muertos, que no nos había quedado otra medicina, que todo se nos había quemado aquel día.* Incluso sus ilusiones y su propia sensibilidad.

El Adelantado tuvo que reavivar las suyas, en un esfuerzo supremo, por imponer su voluntad de dominar a aquella hueste desalentada. Entre sus filas, en los días que siguieron a aquella negra jornada, luchando contra el frío, el hambre y las heridas, anidaban los deseos de abandono y deserción. Posiblemente del motín.

Por esta razón, cuando el intérprete Ortiz se le acercó para comunicarle la llegada de unos indios de la costa, que llevaban la noticia de que por ella navegaba Maldonado, con sus bergantines cargados de vituallas, lo conminó a guardar el más absoluto secreto sobre este hecho.

A pesar del desastre vivido, está decidido a no abandonar o no darse por vencido en su empresa, porque sabe que muchos de los suyos, si conocen la posibilidad de regresar a Cuba, se alzarán contra su autoridad. Su acción se concentra en una meta, y todas sus fuerzas y sus impulsos tienden a conseguirla, dejando a un lado cualquier otra consideración. Se hace insensible a los sentimientos de quienes se le enfrentan, o le dificultan el logro de su empresa, por muy lejana que ésta pueda encontrarse.

Y permanece en los campos de Mavila hasta que comprende que sus hombres están en condiciones de reemprender la marcha, sin hacer saber a nadie más el rumbo que se propone seguir cuando da la orden de partida, ya mediado el mes de noviembre. Por esta vez, no se marca para él una fecha memorable en sus éxitos de soldado, o de cortesano de pres-

tigio. Pero puede ser el comienzo de una nueva etapa en su aventura que lo conduzca a esa meta de triunfo final.

La tropa se desconcierta cuando tras los preparativos de marcha inicia una ruta que los aleja de la mar, para tomar de nuevo el camino hacia el norte, esta vez, con un rumbo hacia el oeste, internándose de nuevo en las tierras de Alabama, buscando la región de Chicaza, de la que tiene noticias de que es rica en cosechas. Su gente empieza de nuevo a estar hambrienta y se esfuerza al final, como siempre, por salvar las barreras de los ríos, porque parece que siempre el final de sus jornadas tiene que estar en otra orilla.

Habían dejado atrás, y muy al oriente, las tierras de los *chocktaw*, para llegar a la de los *chickasaws*. Chicaza era, en efecto, una región fértil, donde su numerosa población se asentaba en pequeños poblados dispersos, cuyos caciques no ofrecieron resistencia al avance de aquella columna de hombres maltrechos, que buscaban un lugar para pasar el invierno, que ya arreciaba, con sus bajas temperaturas.

Se limitaron, en principio, a observar aquel extraño campamento que alzaron en las proximidades del poblado mayor. Poco a poco empezaron a acercarse, en respuesta de los mensajes de paz enviados por el Adelantado, y a ofrecerle pieles curtidas con las que pudieron abrigarse del frío intenso.

Soto desplegaba con los caciques su capacidad de acercamiento hacia aquellos señores indígenas. Al principal de todos ellos lo invitaba, con frecuencia, a compartir sus tardes y sus comidas, enviando siempre un escudero, con un caballo, para desplazarse del pueblo al campamento. Pero a pesar de todos sus esfuerzos para impedirlo, algunos de sus hombres entorpecían su política de pacífica convivencia, entrando a saquear las casas de los pequeños poblados del contorno, como respuesta a las visitas furtivas de algunos indígenas que

se habían aficionado a la carne de puerco, y que robaban, alguna vez, las crías de los animales, que representaban para los cristianos, por el momento, su más preciado tesoro. Lo único que se salvó del desastre de Mavila.

La ira y la energía de Soto por mantener la paz y hacer respetar sus órdenes, llegó al extremo de decretar la muerte de dos de sus hombres, denunciados por el cacique de Chicaza. Se salvaron en el último momento gracias a los oficios de Ortiz, que logró hacer creer a Soto que el indio le pedía clemencia, y a éste que el Adelantado cumpliría su castigo, sin piedad.

Aquel invierno permitió un descanso reparador para hombres y animales, y dio lugar a que los ocios se ocuparan en la elaboración de armas y vestidos. El ejército se reparaba, los ánimos se serenaban, se buscaban en rápidas exploraciones noticias de una tierra que los *chickasaws* no conocían, pero de la que habían oído hablar, hacia el oeste.

En una ocasión, Soto, incluso se brindó a ayudar al cacique en una expedición de castigo contra uno de sus sujetos. Al parecer, se trató simplemente de un pretexto que el astuto señor buscó para observar la forma de pelear de los cristianos, sus costumbres y su sistema de vigilancia. Porque cuando en los primeros días de marzo se dispuso la reanudación de la marcha y el Adelantado solicitó de su aliado la entrega de hombres para cargar con su impedimenta, y de guías e intérpretes, la actitud del jefe cambió, y se alejó, de improviso, de la compañía de Soto.

Este conocía muy bien las reacciones de los jefes indígenas, y sospechando una añagaza o un ataque, aquella misma noche ordenó extremar la vigilancia, dando a su lugarteniente las órdenes precisas para ello.

Luis de Moscoso debió juzgar exagerados los temores de Soto y no prestó atención suficiente a aquellas órdenes, provocando con su imprudencia un nuevo y terrible desastre para todos.

En la alta madrugada sólo los centinelas y Soto parecían mantener su vigilancia, pero no pudieron percibir los pasos sigilosos de algunos hombres de Chicaza, buenos conocedores del campamento, que llevaban en sus manos, por toda arma, unos pequeños recipientes de arcilla, con tizones encendidos. Tiendas y cabañas empezaron a arder de improviso. El humo y la oscuridad desconcertaron a los desprevenidos hombres blancos, en lo más profundo de su sueño, y ninguno acertaba a encontrar sus ropas y sus armas, cuando a la algarabía de los gritos de la retaguardia indígena se unieron los relinchos prolongados de los caballos y los gruñidos de los puercos encerrados en sus corrales y cochiqueras.

En aquel desconcierto un solo jinete fue capaz de encontrar su montura, aunque mal aprestada por su aturdido escudero. Era el Adelantado que en vano intentaba organizar una defensa eficaz. Aunque el propio revuelo de los caballos, que consiguieron soltarse y escapar, sembró el pánico entre los asaltantes, que vieron multiplicada la figura de Soto sobre el suyo, y pensaron que toda la caballería se les echaba encima. El ataque terminó así, de manera tan inesperada como había comenzado, pero los estragos causados en el campamento fueron comparables a los de Mavila, porque aunque murieron menos hombres, perdieron más de cincuenta caballos, y casi toda su piara de puercos. De nuevo, sin ropas, y apenas sin armas, portando en angarillas a los heridos, que sufrían horribles quemaduras, iniciaron su salida de aquel lugar para buscar reparo unas leguas más al oeste.

Con el temor constante de nuevos ataques, pero siempre vigilantes para prevenirlos, se mantuvieron en él hasta bien entrado el mes de abril. Fue la peor época que pasó aquel ejército, que parecía ya curtido en todos los desastres, porque a pesar de lo avanzado de la estación, arreciaba el frío sobre sus cuerpos casi desnudos.

La columna avanzaba otra vez, llevando como nuevo lugarteniente a Baltasar Ballegos y, todavía, antes de llegar a la tierra que buscaban desde Chicaza, surcada por un inmenso río, hubieron de hacer frente a otro serio obstáculo en la región de Alibamo. La marcha se hacía trabajosa, en un terrero pantanoso y despoblado, sin pasto para los caballos, ni comida para los hombres que transportaban sus armas y sus enfermos, cuando a primeros de mayo de 1541, alcanzaron, por fin, a divisar un poblado, cuyos campos sembrados parecían ofrecer la esperanza de encontrar comida. Su nombre trajo a la memoria de Soto el recuerdo de sus mejores días de capitán afortunado, cuando combatía junto al joven Inca Manco, en las fronteras de la remota Jauja, al más leal de los generales de Atahualpa. El pequeño poblado se llamaba Quizquiz.

La sorpresa ante la visita de aquella extraña aparición paralizó a los habitantes del pueblo, algunos de los cuales fueron capturados en sus inmediaciones. Uno de ellos fue inmediatamente enviado ante el cacique, con un mensaje que encerraba palabras de amistad, y la respuesta fue una petición de que se le devolvieran los cautivos. Soto no podía arriesgarse a un ataque, y quería captarse, una vez más, la amistad, o ál menos, la confianza del señor del poblado, que no se dejó ver en los primeros momentos.

A poco, dominados por la desconfianza, los de Soto vieron acercarse a ellos un grupo de guerreros que, aunque armados de arcos y flechas, avanzaban lentamente, y en silencio, a su

encuentro, hasta quedar inmóviles a escasa distancia, sin dar muestras de hostilidad. Simplemente los contemplaban y observaban. Hasta que seis de ellos, que por su aspecto eran principales, se acercaron y pronunciaron un extraño parlamento que Juan Ortiz fue capaz de comprender y traducir para el Adelantado. Ellos querían conocer el aspecto de aquellos hombres desconocidos, porque podían ser aquellos de los que sus antepasados hablaron en sus profecías: una gente blanca había de venir un día a someterlos y debían servirles y obedecerlos.

Todos recordaron el relato de una actitud semejante que habían conocido los hombres de Cortés en la lejana Nueva España; pero esperaron en vano la visita del cacique, que aunque no dio órdenes de hostigarlos, no se presentó. Supieron pronto que era un pequeño cacique sujeto, como los de toda aquella tierra, a un gran señor que estaba al otro lado de un inmenso río cercano. Y hacia él se dirigieron Soto y los suyos, llegando el día veintiuno de mayo a avistar la corriente majestuosa del Mississippi, cuya orilla opuesta apenas alcanzaron a divisar con claridad.

Si su tierra de promisión estaba más allá de aquellas riberas, era preciso proveerse de embarcaciones sólidas para cruzar el río, cuyas aguas corrían turbulentas. Buscaron un lugar apropiado para cortar la madera, que abundaba en la zona, y empezó una etapa de febril actividad, en la que todos olvidaron su cansancio y sus recelos. Improvisados carpinteros de ribera, o aprendices en herrería, hidalgos o rudos gañanes, capitanes o soldados, jinetes o peones, todos contribuían con su esfuerzo en aquella tarea, porque todos querían ya seguir adelante. Las tentaciones de deserción estaban conjuradas. La disciplina se imponía, y el cansancio no dejaba lugar a peligrosas confianzas. Hernando de Soto tocaba con

frecuencia alarma para asegurarse de la pronta y eficaz respuesta de sus hombres, si acaso en algún momento tuvieran que hacer frente a cualquier ataque inesperado y sorpresivo. Todos trabajaban sin perder de vista sus armas.

En pocas semanas estuvieron listas cuatro grandes piraguas, capaces para sesenta hombres y varios caballos. Y una madrugada pudieron botarlas con la esperanza de todos puesta en aquellas embarcaciones, de apariencia frágil, pero que resultaron ser absolutamente seguras. Un primer grupo se aventuró, mientras el resto observaba, con el ánimo en suspenso, cómo se alejaban, luchando por dominar la corriente hasta que comprobaron que tocaban la orilla lejana. El regreso, con hábiles remeros, tampoco tuvo especiales dificultades, y tres horas antes de la puesta del sol del día ocho de junio todos pudieron pisar la tierra que se abría al otro lado del río.

Buscaban el poblado de Capaha, cuyos hombres se habían acercado curiosos, en una ocasión, acompañados del propio cacique hasta el pequeño astillero improvisado, aunque sin desembarcar nunca de sus grandes canoas entoldadas.

Pero la corriente los había llevado más al sur. Debían remontar la orilla hasta encontrarlo, aunque el camino se ofrecía difícil con su tierra pantanosa. Hernando de Soto dispuso que se deshicieran las canoas para recuperar su clavazón, previendo un posible retomo a la orilla que habían abandonado, y continuaron incansables su marcha. Pronto encontraron buenos pueblos, cuyos habitantes se le mostraron pacíficos al enterarse de que iban en busca de la tierra de Pacaha, con la que ellos mantenían unas relaciones permanentemente belicosas.

Eran indios *kaskaskias*. Su poblado principal, Cosquis, les brindó descanso y seguridad, aunque Soto quiso salvaguar-

dar a toda costa el regalo de aquella amistad inesperada, y prudentemente se asentó en sus afueras para impedir cualquier tentación de pillaje. Su disciplina era ya absolutamente respetada por los suyos, en este sentido y, ciertamente, la generosidad de aquella gente no hacía necesario buscar más de lo que se le daba.

Los clérigos de la expedición comprobaron que aquellas gentes observaban y repetían los gestos de las ceremonias religiosas que celebraron, y se acercaban, con reverencia, a una gran cruz que clavaron entre el pueblo y el campamento. Hernando de Soto informó al cacique que aquella era la señal de su Dios y que Él lo escucharía si acudía a Él en demanda de socorro.

La sequía amenazaba las cosechas, y el indio pedía con insistencia una muestra del poder de aquel Dios, al que al igual que los hombres blancos, él estaba dispuesto a servir sin condiciones.

Y como un milagro, la lluvia llegó al día siguiente. Los de Casqui se convirtieron en los mejores aliados que jamás hubieron encontrado en su ya larga travesía por las tierras de la Florida.

Con su ayuda pudieron llegar fácilmente a Pacaha. Sus pueblos, numerosos y bien fortificados, justificaban su fama de tierra rica y muy poblada. El mayor de todos, próximo a una laguna, reforzaba las defensas de sus sólidas empalizadas con un foso de agua. Pero, sorprendentemente, estaba semivacío y sin defensores. El gran señor de Pacaha prefería esperar a los blancos en campo abierto en una isleta cercana, donde se había refugiado con cientos de sus guerreros, mientras Soto, con ayuda de los de Casqui, entraba en aquel magnífico asentamiento, cuyo botín dejó íntegramente a merced de los hombres de su aliado. Necesitaba reforzar su posición

ante aquel otro cacique, que ante el temor de una ofensiva, en regla, en la que combinaran sus fuerzas los blancos, y sus antiguos enemigos de Casqui, se presentó ante Soto no bien éste hubiera despedido a sus aliados con su rico botín y sus muchos prisioneros.

Podría haber sido ésta la anhelada tierra que todos buscaban. La abundancia de cosechas y de pescado, de infinitas variedades, saciaba su hambre y su cansancio. Los habitantes, numerosos, parecían dispuestos a prestar su servicio a los hombres blancos.

Pero entre los cautivos capturados en la entrada del pueblo había indígenas de otros lugares, mercaderes que traficaban con sal, a los que Soto preguntaba interesado por sus tierras.

Recordando las noticias de Álvar Núñez, empezaba también él a obsesionarse por conocer lo que hubiera, entre el Gran Río y la mar del Sur. Quería recorrer un paralelo que sabía que terminaba en aquellas costas y que podía albergar aquellas fabulosas ciudades de Cíbola, que según sus cálculos estarían en una latitud un poco más al norte de donde él se encontraba, y que no había alcanzado aquel audaz e incansable jerezano.

De nuevo fijaba su meta en un horizonte más lejano. Quizá mereciera la pena llevar a cabo un último y supremo esfuerzo, exigiéndose y exigiendo a los suyos una prueba más de su voluntad indomeñable.

Al menos, intentaría, desde Pacaha, llevar a cabo algunas exploraciones hacia el oeste, siempre con rumbo norte. Dos de sus hombres tuvieron la fortuna de encontrar en una de estas avanzadas minas de sal, cuya carencia había hecho particularmente difícil las últimas etapas de su viaje. El hallazgo

feliz les compensaba del desencanto de no haber encontrado minas de oro.

Él mismo, con cincuenta jinetes, se aventuró lejos de las vegas del río, mientras el resto de su hueste permanecía en la paz vigilada de Pacaha. Durante ocho días cruzó por despoblados hasta alcanzar una tierra en la que sólo crecía *una yerba tan alta y tan recia, que con los caballos no podían hender por ella*, hasta llegar a unos pequeños asentamientos de tiendas hechas con esteras de enea, sobre un armazón de largueros de madera. Eran los nómadas cazadores de la región de Ocalusa, en la margen izquierda del río Arkansas, que en aquella ocasión ellos no llegaron a ver. Estaban en la tierra de los bisontes, que por esta época del año habían iniciado ya su camino hacia praderas más septentrionales. De ellos alcanzaron solamente a ver sus magníficas pieles, bien curtidas por los nómadas que encontraron a su paso.

El espectáculo de aquellos rebaños embravecidos, que avanzaban ciega y obstinadamente a través de la inmensa llanura, había sido contemplado, en cambio, unas leguas más al occidente, en este mismo verano de 1541, por otra hueste, la de Vázquez de Coronado, que conducida por un guía e intérprete de la región del Mississippi, marchaba alucinada en busca de un mito nuevo, el de Quivira, una vez que habían visto diluirse en el desencanto las magnificencias de Cíbola. En agosto de aquel año llegaría Coronado a Wichita: la tierra de Quivira. Sólo tenía ranchos de indios nómadas, cazadores de bisontes.

El cronista de aquella expedición, Pedro Castañeda de Nájera, describe admirado aquellos rebaños y aquella tierra: *tan llana y encombrada que por doquiera que los mirasen* (a los bisontes) *se vía el cielo por entre las piernas, de suerte que si es-*

taban algo lejos parecían escombrados pinos que juntaban las copas por lo alto.

Entre tanto, en la mente de Soto alumbraba, todavía, el sueño de Cíbola, y tras su regreso a Capaha, intentaría perseguirlo en vano.

UNA TUMBA DE LEYENDA EN EL FINAL DE UNA JORNADA SIN FORTUNA

Aquel sueño lo animaba, todavía, cuando en los últimos días del mes de julio abandonó su refugio de Pacaha. Dejaba tras de sí, por primera vez en muchas jornadas de marcha alertada por luchas y emboscadas, unos pueblos amigos y en paz. Hasta consiguió, con habilidad no exenta de cierto margen de intrigas, no sólo atraerse la voluntad del cacique de Pacaha, sino hacerlo sellar una alianza que a él le convenía, con sus vecinos de Casqui. Ambos lo ayudaron a preparar su marcha hacia occidente, pero abandonando ya el rumbo del norte.

En la hermosa y fértil región de Quiguate, unas leguas río abajo, encontró el mayor poblado que hasta entonces hubiera visto en toda aquella tierra, que para todos seguía siendo la de la Florida. Habían llegado a la confluencia de Arkansas con el Gran Río.

Remontando su curso, pensaba Soto encontrar una ruta para la mar del Sur, que se había convertido en los últimos tiempos en su nueva meta. Buscaba tierras nuevas, lejos de

las vegas fértiles que le brindaban comida en abundancia, y pescado fácil de conseguir. Le habían hablado de otra en la que abundaban los pastos, y grandes rebaños de aquellas vacas, cuyos cueros encontraron en todos los poblados que cruzaron, dispersos por una vasta provincia, la de Cayas, ocupada por nuevas tribus de indios *tunicas*, rica en lagunas, que le proporcionaron gran cantidad de sal.

Como tantas otras veces, Hernando de Soto quería asegurar el mejor camino para su hueste. Sus indios le hablaban de la provincia de Tula, más allá de unas sierras habitada por fieros guerreros cuya lengua ellos desconocían. Y con un grupo de veinte jinetes se adentró en aquella zona montañosa, desconocida de las gentes del río.

Los feroces *tula*, de las tribus de los *caddoan*, más al oeste de Little Rock, casi en los límites de los actuales estados de Arkansas y Oklahoma, hacían honor a su fama. Sus cabezas deformadas les daban una apariencia terrible cuando se lanzaron sobre hombres y caballos, sin dar muestras de temor *como perros dañados*. Treinta de ellos quedaron muertos en el campo cuando el Adelantado se alejó del pueblo, dispuesto a regresar a Cayas para conducir a su ejército hasta aquellas serranías.

El número mayor de los blancos ahuyentó, en esta ocasión, a los *tula*, pero intentaron un ataque en la madrugada del primer día de estancia de Soto en el poblado vacío, aunque no lograron causarles gran daño con sus tres escuadrones lanzados de improviso. Los de Soto habían aprendido a acudir con presteza a sus armas, al menor aviso de sus centinelas, y aunque los asaltantes causasen algunas bajas en hombres y caballos se vieron perseguidos, y muchos de ellos fueron capturados. El señor de Tula, decidió, así, someterse a la voluntad de los intrusos para conocer sus intenciones. Y

con grandes dificultades, merced a la mediación de uno de sus hombres, que entendía a medias la lengua de algunos de los indios cayas, que acompañaban al Real, pudo saber que sólo buscaban noticias de otras tierras.

La de Tula fue así una nueva etapa, no muy larga, de descanso para el ejército, ya muy menguado en efectivos de hombres y caballos; durante unas semanas, las avanzadas de exploración comprobaban las noticias que habían recibido. Hacia el norte se abrían las tierras llanas, desde las cuales los de Tula se proveían de las pieles de bisonte, que empezaban a prestar un magnífico servicio a los hombres de Soto, como protección contra los primeros fríos del otoño. Hacia el poniente, por el sur, el Adelantado empezó a pensar, en aquel momento, que podía alcanzar las costas del gran seno mexicano. Su sueño de Cíbola empezaba a ser abandonado. Si acaso existiera, lo separaban de ella aquellas llanuras inmensas, ocupadas por nómadas, que habían ya aparecido en sus intentos de búsqueda, desde Pacaha.

De momento, necesitaba buscar con urgencia un lugar donde pasar el invierno, que se acercaba, y las desoladas sierras de Tula no ofrecían seguridad de abrigo y de víveres suficientes para una estancia más larga. Dedició buscarlo en los valles más acogedores próximos al Gran Río, pero se dirigió a él buscando en una ruta más meridional la proximidad de la costa, que todos añoraban. El cacique de Tula les aconsejó que se dirigieran al otro lado de aquellas sierras, hacia el sureste y en efecto, después de una difícil travesía, encontraron una llanura que pareció adecuada a sus propósitos, con población estable. Estaban en el curso alto del río Ouachita, un tributario del Mississippi, entre el Arkansas, al norte, y el río Rojo, al sur, menos caudaloso que éstos, pero con muy buenas vegas. Encontraron *mucho maíz encerrado y fréjoles y*

nueces y pasas de ciruelas, de todo en gran cantidad. Soto dispuso la construcción de un campamento seguro para pasar el largo invierno; comenzaba el mes de noviembre de 1541. Ordenó construir una sólida y alta cerca de madera, en un llano, junto al poblado de Autianque, adjudicando a cada uno de sus hombres, pero contando con la ayuda de los indios de servicio, que había conseguido mediante capturas o alianzas —algunas desde las lejanas tierras de Cofitachequi o de Alabama—, un trecho de la misma. Tenía prisa por recogerse en un lugar seguro de los indios y de los vientos helados, aunque estaban al abrigo de una sierra que cortaba los que soplaban del norte.

El cacique de Autianque contempló asombrado cómo en tres días surgió junto al suyo un nuevo pueblo, y al comprobar que aquellos huéspedes se preparaban para una estancia larga, suspendió la entrega de víveres y mantas de pieles que había ofrecido en los primeros momentos.

El monte cercano les proporcionaba leña en abundancia, y muy pronto todos aprendieron a tender trampas para cazar conejos, que completaban una dieta ya muy parca en carne de puerco. Siempre al acecho de la curiosidad de aquellos vecinos, que podía enmascarar intenciones de espionaje, de cara a un futuro ataque, vigilaban día y noche su cercado, dejando pasar, sin apenas trasponerlo, a no ser para buscar leña y comida, los días más crudos del invierno, en los que la nieve caía espesa y sin cesar. El tiempo transcurría con lentitud para aquellos hombres hechos al caminar continuo, al sobresalto permanente, que ahora se limitaban a simples simulacros de alarma, porque Soto no quería que se perdiera el hábito en la organización de una defensa súbita. Añoraba los días de Cajamarca, que en su momento, le parecieron de tediosa inactividad, y que ahora recordaba con sus horizontes

más abiertos que la barrera agobiante y parda de aquella empalizada que oprimía su ánimo tanto como su cuerpo.

Repasaba en su memoria todos los pueblos, las tierras y las gentes que había recorrido en su camino desde que abandonara las costas de Cuba. Había explorado personalmente la más ancha región que ningún otro de sus contemporáneos, jefes de tantas empresas, hubieran conocido hasta el momento. Sus pasos habían medido paralelos y meridianos en aquella tierra de la Florida, donde ya estaba decidido a fundar y poblar una ciudad, en lo mejor de ella, cerca del Gran Río, cuando la nueva primavera le permitiera levantar aquel campamento que empezaba a pesar en todos como un encierro.

Pero, todavía, cuando la nieve dejó de caer, quiso continuar aquella exploración hacia el Oeste, que apenas iniciara desde Tula. Era posible que más al sur la tierra ofreciera alguna buena salida al mar, más fácil que la que preveía bajando el curso inundado del Mississippi. Algún buen puerto, comparable al de aquella bahía de Ochusi, descubierta desde Apalache, podía encontrarse a este lado del río. Pero sus ánimos y sus fuerzas decaían y, además, los fríos de aquel invierno habían acabado con la vida de su fiel intérprete Juan Ortiz, que tanta confianza le inspiraba, y sin cuya ayuda consideraba imposible aventurarse en nuevas tierras desconocidas. A pesar de todo, en los primeros días de marzo de aquel nuevo año de 1542, organizó un grupo de jinetes escogidos para que lo acompañaran en su último intento, y salió en esa dirección suroeste hasta llegar a las tierras de una provincia llamada Naguatex.

Algún indicio de salida al mar debe intuir; aunque con la sospecha de que ésta sería larga y difícil, porque después volvería a ella Luis de Moscoso, ya como jefe de aquella hueste desalentada de la Florida, después dé la muerte de Soto, y en

ella encontraron noticias del paso de un hombre de la expedición de Vázquez Coronado, que se había quedado en Quivira. El español consiguió en realidad, jinete en una yegua, llegar a la Nueva España por esta ruta. No así los desconcertados hombres de Moscoso que decidieron desandar su camino hasta el Mississippi por el que, a pesar de mil calamidades sufridas en su viaje, aportaron, por fin, a las costas del golfo de México.

Lo cierto es que Hernando de Soto no quiso arrostrar nuevos riesgos ni conducir a su gente por aquella ruta incierta, y tomó la determinación de buscar un lugar donde tenía garantías de establecer, por fin, una fundación española.

Todavía el tiempo inclemente de los últimos días del invierno amenazaba con nuevas nevadas, pero levantó el campamento de Autianque buscando por el curso bajo del Ouachita una salida al Gran Río. En la región de Anilco encontró una acogida menos amable que la que le hubiera brindado aquel cacique de Casqui, cuya tierra y gentes parecían ser de características muy similares. Pero la hostilidad que le mostraban le hizo desistir de cualquier proyecto de asentamiento, aunque la tierra muy poblada y de recursos abundantes reunía las mejores condiciones para su propósito.

Contaba ya Hernando de Soto con un numeroso y bien organizado cuerpo de auxiliares indígenas, más de seiscientos, la mayoría de ellos jóvenes, tanto hombres como mujeres, muchos de los cuales hablaban y entendían la lengua de Castilla. Su lealtad y sincera amistad con los cristianos quedó bien palpable cuando meses más tarde Moscoso decidiera dejarlos abandonados a su suerte, en las riberas del Gran Río: *Los más de ellos quedaban llorando, lo que ponía gran lástima, viendo que todos aquellos de buena voluntad fueron cristianos, y quedaban perdidos.*

Con ellos había pensado el Adelantado iniciar una fructífera obra de colonización, y su evangelización había sido celosamente encomendada a los clérigos del ejército. Su ayuda se hizo preciosa en esta etapa, cuando Soto había visto menguar a su propia gente. Ellos le informaban de la verdadera situación de los pueblos por donde pasaban, y así, supo que el señor de la vecina provincia de Guachoya mantenía una guerra larga y constante con los de Anilco. Su larga experiencia lo empujó entonces a ofrecer su ayuda a este cacique, y en él encontró un nuevo aliado, que había observado, por su parte, la eficacia de los cristianos en sus escaramuzas con sus viejos enemigos de Anilco.

En las tierras de Guachoya estableció Soto su último campamento, en el pueblo principal del señor, el día 17 de abril de 1542. Lo encontraron vacío, y se aposentaron en sus sólidos edificios, rodeados de una cerca, al estilo de todas las poblaciones del río, pero no quiso aislarse como en Autianque. Las puertas estaban siempre abiertas, aunque constantemente vigiladas, y los cristianos recorrían incesantemente el campo.

Los de Guachoya tenían más enemigos y buscaban la alianza de aquel inesperado y potente ejército. Con ellos pudo el Adelantado organizar algún viaje de exploración al otro lado del río, buscando ya un buen lugar para construir y botar bergantines que enviar a Cuba en busca de refuerzos para establecer su colonización.

Pero en esta ocasión no pudo él dirigirlos personalmente. Las fuerzas lo abandonaron, y la malaria que empezaba a causar estragos entre su gente pronto hizo en él una de sus primeras víctimas. Apenas podía abandonar su alojamiento, en el que recibía las frecuentes visitas del cacique, aunque disimulaba ante él su debilidad. Se había presentado a aquellos

hombres como jefe de un grupo de seres superiores, en los que la muerte no podía hacer presa, que conocían los secretos del futuro y de la naturaleza. Invencibles a cualquier enemigo. El de Guachoya estaba fascinado por el dulce hablar de Soto en el que veía a un hombre valeroso, sagaz y esforzado, cuya amistad lo enorgullecía y lo honraba ante los suyos y ante sus enemigos.

Ya entrado el mes de mayo, el Adelantado sintió, por primera vez en su vida, la impotencia de no poder enfrentarse al desafío de un enemigo. Guachoya lo empujaba a llevar una expedición de castigo contra un poderoso señor de la otra orilla del río, el de Quigualtanque había lanzado al gran jefe blanco el arrogante desafío de que fuese él, en persona, a imponerle la obediencia que le había reclamado por medio de sus capitanes. Desde su vieja cama de campaña, envuelto en las ropas que lo habían acompañado en tantos viajes, desde sus victoriosas cabalgadas de Túmbez, Hernando de Soto mantenía, todavía, su vigilante dirección de las actividades del campamento, pero sentía que sus fuerzas se rendían, y que la muerte que había visto acercarse tantas veces, le hacía en esta ocasión una llamada definitiva a la que no podía hurtarse con uno de sus gestos de arrojado desprecio por la vida.

No podía hacerle ya un quiebro, en audaz y rápida corveta de su caballo, o con la certera maniobra de su lanza o de su espada, y la esperó blandamente, enfrentándose a ella con la valentía del soldado que se enfrenta a su última batalla, pero con la íntima tristeza que le producía, también, la íntima y última decepción de su vida. Presentía que todos sus últimos esfuerzos habían sido inútiles, que su gran proyecto final de colonizar aquellas tierras, recorridas durante tres años, podría deshacerse, porque sin el impulso de su coraje, aquella

hueste que lo acompañaba perdería la fuerza para proseguirlo.

El día veinte de mayo convocó a sus capitanes porque presentía que sus horas se acababan, y les pidió que eligiesen ellos mismos al jefe que hubiera de sucederlo para continuar su empresa, aunque convencido de que ésta acabaría sin fortuna. Luis Moscoso de Alvarado aceptó una responsabilidad que parecía superar sus fuerzas y sus propias e íntimas intenciones. Al día siguiente, la muerte lo encontró aparejado, y encontró en él, como dejara escrito en el testamento que otorgara en sus días de mayor gloria, la mejor satisfacción.

Pero la fuerza de su espíritu animoso alentó, todavía, en el campamento, durante tres días, en que Luis de Moscoso ocultó a sus ayudantes indígenas y sus aliados de Guachoya la muerte de aquel jefe, que ellos consideraban invencible e invulnerable.

Luis de Moscoso intentó hacerles creer que como un ser sobrehumano había, simplemente, emprendido un corto viaje *al cielo como otras muchas veces hacía y por allá se bahía de detener algunos días* dejándolo a él en su lugar. Y como no podía arriesgarse a que vieran su cadáver, aquella noche lo encerraron en el tronco ahuecado de una gruesa y pesada encina lastrada con gran cantidad de arena; y simularon *que andaban pescando y regocijándose por el río, porque los indios no lo sintiesen.*

Lo condujeron a un lugar, previamente sondado, del cauce poderoso, cuyas diez y nueve brazas de fondo, aseguraban una tumba inviolable para aquel cuerpo que había animado el más esforzado de los espíritus caballerescos de la hidalguía castellana del siglo XVI.

El Adelantado y Capitán General, Gobernador de los reinos de la Florida, había cumplido su destino final. Cuando su

hueste abandonó sus últimos proyectos de permanecer en ellos, él quedaba como inmutable centinela de su Río y de sus tierras.

Su enérgico rechazo al fracaso no le había valido el favor de la fortuna, pero el recuerdo y la memoria de sus hechos habían abierto el camino para otros hombres.

BIBLIOGRAFÍA

Albornoz, Miguel: *Hernando de Soto, el Amadís de la Florida*. 1971, Revista de Occidente, Madrid.

Bayle, Constantino: *Hernando de Soto*. S. A. Razón y Fe, Madrid.

Blanco, Castilla, F.: *Hernando de Soto, el Centauro de las Indias*. 1955, Madrid.

Bravo Guerreira, C.: *Atahualpa*. 1986, Protagonistas de América. Editoriales Historia 16 y Quorum, Madrid, 159 pp.

Cieza de León, Pedro: *La Crónica del Perú. Las guerras civiles peruanas*. 1984, Edición Crítica, notas, comentarios e índices por Carmelo Sáenz de Santa María. C. S. I. C. Instituto Gonzalo Fernández de Oviedo, Madrid.

Elvas, Fidalgo de: *Expedición de Hernando de Soto*. 1952, texto íntegro traducido al español por Miguel Muñoz de San Pedro, Conde de Canilleros, Espasa Calpe, Madrid.

Fernández de Oviedo, Gonzalo: *Historia General y Natural de las Indias*. 1959, Edición y estudio preliminar de Juan Pérez de Tudela Bueso. Biblioteca de Autores Españoles, Madrid.

Garcilaso de la Vega, Inca: *Historia del Adelantado Hernando de Soto, gobernador y Capitán General del Reino de La Florida y de otros heroicos caballeros e indios*. 1965, Biblioteca de Autores Españoles, tomo CXXXII, Madrid.

Hernández, José: *Expedición del Adelantado Hernando de Soto a la Florida*. Notas y documentos relativos a su organización. 1938, Instituto Hispano Cubano de Historia de América, Sevilla.

Hernández de Biedma, Luis: *Relación de la isla de la Florida*. 1865, Colección de Documentos inéditos relativos al descubrimiento, conquista y colonización de las posesiones españolas en América, Oceanía, tomo III, pp. 414-441, Madrid.

Horgan, Paul: *Conquistadors in North American History*. 1963, Farrar, Straus and Company, New York.

Muñoz de la Peña, Arsenio: «Hernando de Soto, biografía novelada». 1960, *Revista de Estudios Extremeños*, XVI: 2, pp. 409-428, Badajoz.

Muñoz de San Pedro, Miguel: *Hernando de Soto, paladín de la Florida y descubridor del Missisippi*. 1954. Novelas y Cuentos, 1224, Madrid.

Muñoz de San Pedro, Miguel: «Informe sobre el lugar del nacimiento de Hernando de Soto». 1961, *Boletín de la Real Academia de la Historia*, CLI, pp. 353-58, Madrid.

Pizarro, Pedro: *Relación del descubrimiento y conquista del Perú*. 1978, Edición y consideraciones preliminares de Guillermo Lohman Villena y nota de Pierre Duviols. Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima.

Serrano Sanz, Manuel: *Expedición de Hernando de Soto a la Florida*. 1933. Tipografía de Archivos, Bibliotecas y Museos, Madrid.

Solara, Antonio de, y José de Rújula: *El Adelantado Hernando de Soto. Breves noticias y nuevos documentos para su biografía*. 1929, Badajoz.

Syne, Ronald: *De Soto, finder of the Mississippi*. 1957, Morrow, New York.

Villanueva Cañedo, Luis: *Ensayo biográfico. Hernando de Soto*. 1929, Badajoz.

CRONOLOGÍA

	HERNANDO DE SOTO	ESPAÑA	EUROPA	AMÉRICA
1500	Nace en Jerez de los Caballeros (Badajoz).	Mapa de Juan de la Cosa. Rebelión de las Alpujarras.	Nace en Gante el futuro Emperador Carlos V. Reparto del reino de Nápoles entre Luis XII de Francia y Femando el Católico.	Viaje de Álvarez Cabral a Brasil. Exploración de la desembocadura del Amazonas por Pizarro.
1505	Infancia con sus padres Don Francisco Méndez de Soto y Doña Leonor Arias Tinoco.	Cortes de Toro. Colón de entrevista con Fernando el Católico, en Sevilla. Expediciones de conquista al norte de Africa.	Miguel Angel finaliza su obra *David*.	
1513-1514	Embarca para las Indias en la expedición de Pedrarias Dávila (1514).	Conquista de Navarra por Fernando el Católico.	Nicolás Maquiavelo escribe *El Príncipe*.	Vasco Núñez de Balboa descubre el mar del Sur (océano Pacifico). Hipotético y discutido viaje de Magallanes a la Isla del Oto.
1515	Estancia en Santa M.ª la Antigua	Nace Santa Teresa de Jesús.	Conquista de Milán por	Expedición de Juan Díaz de Solis

	(Darién).	Anexión de Navarra a Castilla.	Francisco I de Francia.	al Rio de la Plata. Implantación del gobierno de los Jerónimos, en las Antillas.
1519	Participa en la expedición del licenciado Espinosa a través del istmo de Panamá.	Gonzalo Fernández de Oviedo publica en Valencia su obra *Don Claribalte*.	Muerte del emperador Maximiliano. Carlos I, rey de Romanos.	Comienza el viaje de Magallanes. Hernán Conés inicia la conquista de México.
1520-1522	Contribuye al asentamiento de una villa en Natá.	Termina el levantamiento de las Germanías, en Valencia.	Comienzo de las guerras entre Carlos I de Esparta y Francisco I de Francia.	Pascual de Andagoya inicia la exploración de la «ruta de Levante» por el océano Pacífico. Hernán Cortés, capitán general de la Nueva España.
1526	Regresa nuevamente a Panamá.	Francisco I de Francia, prisionero. Firma del Tratado de Madrid. Muerte de Pedro Mártir de Anglería. En 1527 nace el futuro Felipe II.	Expansión del protestantismo por Europa.	Pedrarias Dávila, gobernador de Nicaragua. Saavedra explora el Pacífico. Segunda salida de Pizarro. Muere Juan Sebastián Elcano
1530	Contactos con Francisco Pizarro.	Carlos V en Bolonia. Nace Juan de Herrera, arquitecto de El Escorial.	Melanchton redacta la *Confesión de Augsburgo*.	Pizarro regresa a Indias. Establecimientos portugueses en Brasil. Tensiones hispano-lusas en las Molucas.
1532	Incursión en la Sierra de Túmbez (abril). Entrada en Cajamarca (noviembre).	Nace el pintor Sinchez Coello.	Paz de Nuremberg entre Carlos V y los protestantes. Nace Ariosto.	Pizarro, en Cajamarca. Nace el padre Anchieta, futuro misionero en Brasil
1535	Abandona Cuzco. Estancia en Lima. Sale de Lima para	Nueva guerra de Carlos I contra Francia. Recuperación	Calvino, en Ginebra.	Fundación de Lima. Casa de la Moneda, en

	Panamá (noviembre).	española de la Goleta. Nace el padre Juan de Mariana.		México. Fernández de Oviedo, alcaide en Santo Domingo. Cartier explora el San Lorenzo.
1536	Llegada a Sevilla. Matrimonio con doña Isabel de Bobadilla (noviembre).	Carlos I invade la Provenza. Muere el poeta Garcilaso de la Vega durante esta campaña.	Muere Erasmo de Rotterdam. Decapitación de Ana Bolena	Fundación del colegio de Tlatelolco, México. Andrés de Urdaneta regresa a la península.
1537	Firma de las Capitulaciones para la conquista de la Florida (abril). Nombramiento de gobernador de Cuba y Adelantado de la Florida.	Nueva guerra con Francia.	Solimán en Hungría. Tregua de Niza	Nicolás Federman, en la meseta de Bogotá.
1539	Emprende el viaje a la Florida (mayo). Llegada a Apalache (Tallahasse) (octubre).	Muere Luis Vives. Muere en Toledo la Emperatriz Isabel.	Organización de la Compañía de Jesús.	Pedro de Alvarado regresa a Indias, tras haber obtenido la gobernación de Guatemala.
1540	Salida de Apalache (marzo). Llegada a Cofitachequi (junio). Batalla de Mavila (10 de octubre).	Nace Antonio Pérez, futuro secretario de Felipe II. Muere en Brujas Juan Luis Vives. Muere Femando de Rojas, autor de *La Celestina.*	Reinado de Cristián III en Dinamarca. Muere el médico Paracelso.	Nace el Inca Garcilaso de la Vega. Vázquez Coronado, en Norteamérica. Primer viaje de Urdaneta a México.
1542	Explora la provincia de Naguatex (marzo). Llegada a Guayacocha (abril). Muere en Guayacocha (21 de mayo).	Nace el poeta místico Juan de la Cruz. Nace Juan de la Cierva.	Ejecución de Catalina Howard. Los franceses y los turcas sitian Niza.	Leyes nuevas de Indias. Cabeza de Vaca, en el Paraguay. Ruy López de Villalobos, hacia el Pacífico.

MARÍA CONCEPCIÓN BRAVO GUERREIRA. Catedrática Emérita de Historia de América de la Universidad Complutense de Madrid. Secretaria Académica del Departamento de Historia de América y de la Facultad de Geografía e Historia (1989-1996). Directora del mismo (1996-2000). Miembro de varias asociaciones científicas españolas y europeas del ámbito del Americanismo. Especialista en el estudio de las Fuentes y de la Historiografía Americana, y de las culturas indígenas de América. Sus trabajos se orientan hacia la investigación de las del espacio andino, traspasando el límite cronológico de la conquista para conocer el proceso de transformación y los niveles de su supervivencia durante todo el periodo colonial. Coordinadora del I Encuentro de Estudiantes y Jóvenes Investigadores de Historia de América (Madrid 1993). Investigadora principal del «La ordenación de los te-

rritorios de los Estados Nacionales en el Área Andina» (1994-1998).

ÍNDICE

Hernando de Soto	2
Introducción	5
Un protegido de Pedrarias	13
El joven capitán en la conquista de Nicaragua	30
El Perú como meta	54
De Cajamarca a Cuzco: ambiciones y decepciones	73
El conquistador que no quiso dejar de serlo. Un nuevo Adelantado	96
Tras los pasos de Álvar Núñez	114
El camino del Oriente a través de los grandes ríos	132
Entre los valles de Alabama y las praderas de Arkansas	148
Una tumba de leyenda en el final de una jornada sin fortuna	166
Bibliografía	176
Cronología	179
Sobre el autor	182